



*Algunas cosas a veces
es mejor dejarlos dormir.*

Lorena A. Falcón

EL
DESPERTAR
DE LAS
GÁRGOLAS

EL DESPERTAR DE LAS GÁRGOLAS

Lorena A. Falcón

Copyright © 2017 Lorena A. Falcón

Primera edición.

Todos los derechos reservados.

Diseño de tapa: Alexia Jorques

Capítulo I

Cuando Ferran se despertó esa mañana, había un cielo azul sobre él.

—¿Acaso no había muerto? —susurró.

El sol era tibio y una leve brisa le rozaba el rostro, el aroma a hierba mojada lo envolvió. Inspiró profundamente y espiró desinflándose. Se puso de pie con lentitud. A su alrededor había miles de cuerpos, algunos inmóviles, otros que despertaban, como él. Su pueblo. Ferran sonrió.

—No sé cómo —murmuró—, pero hemos sobrevivido otra noche.

—Mi señor. —Sonó una voz a su derecha.

Ferran se volvió, el capitán del ejército estaba a su lado, como siempre.

—Biel, ¿puedes creerlo? —dijo el rey—, hemos resistido.

El oficial frunció el ceño, lo que hizo que se tensionara la cicatriz que llevaba sobre el ojo derecho. Los hombros estaban tiesos y el cuello, rígido.

—No le des más vueltas, Biel, sobrevivimos, eso es lo importante.

—Aún así, señor, es raro que se hayan retirado. ¿Por qué perseguirnos hasta aquí y luego dejarnos cuando estábamos en nuestro peor momento?

—Vamos, Biel, alégrate por una vez. —Ferran miró a la redonda—. ¿Has visto a Guifré?

—Estoy aquí, padre.

El rey se dio vuelta y sonrió a su hijo. Un joven desgarbado y huesudo le devolvió la sonrisa. La ropa sucia le colgaba en jirones por algunos lados, pero no parecía estar lastimado más allá de unos rasguños en el rostro. Ferran lo abrazó brevemente.

—Señor —interrumpió Biel—, deberíamos comenzar a organizarnos.

—Claro, claro —dijo Ferran y se irguió, con los pulgares en su cinto desgastado—. Necesitamos hacer un recuento de las personas y la comida que nos queda; ver si podemos levantar las tiendas.

—Y enviar a los exploradores, mi señor.

—Sí —suspiró el rey—, claro, los exploradores. Tratemos de mantener a la gente junta, no quiero que se desparramen, tal vez tengamos que seguir avanzando.

—Sí, señor —dijo Biel y, con un breve gesto de asentimiento al rey y al príncipe, se alejó y comenzó a dar órdenes.

Los soldados, con un ligero rastro de verde y carmesí en su uniforme

desgastado, se dispersaron al trote. Eran pocos y estaban bien entrenados, ya que pronto todas las tareas tenían un responsable asignado. Biel los supervisaba de cerca.

—Creo que hay algo en la cima de la colina, padre.

Ferran dirigió la vista hacia donde señalaba su hijo. El verde frente a él se extendía de forma uniforme y, casi imperceptiblemente, se empinaba hacia una elevación de base plana y tan extensa como para construir sobre ella.

—Sí —entornó los ojos—, parecen ser ruinas.

—Tal vez deberíamos investigar —propuso una tercera voz.

Ferran pegó un salto, como siempre que se le acercaba el mago. El hombre, bajo y regordete, solía aproximarse sin hacer ningún ruido y desaparecía con la misma sutileza. En ese momento, lucía una amplia sonrisa que cerraba sus ojos hasta convertirlos en dos rendijas luminosas.

—Hola, Jaume —saludó el príncipe con entusiasmo.

Ferran miró, con labios apretados, al hechicero y contuvo un suspiro.

—Sí —continuó Guifré—, yo también creo que deberíamos ir.

—Bien —Ferran echó una ojeada en torno a sí, los guardias reales, al menos los que quedaban, estaban allí—, demos un paseo.

Se pusieron en camino, seguidos a corta distancia por cuatro soldados. La ladera de la colina era amplia y clara. Casi no había árboles cerca y los arbustos eran demasiado bajos y ralos para que alguien pudiera ocultarse tras ellos. Se veían pocas flores dispersas y ya se estaban secando. El único aroma en el aire era el de la brisa fresca.

—¿Por qué crees que nos dejaron en paz, padre?

—Tal vez solo se cansaron.

Guifré sacudió la cabeza lentamente, con el ceño fruncido.

—Nos persiguieron hasta aquí, durante meses, a kilómetros de distancia de nuestro hogar. Anoche estábamos rodeados —se mordió el labio—, oí algunos gritos y después... creo que perdí el conocimiento.

Ferran observó, pensativo, a su hijo.

—No lo sé, realmente no lo sé, pero creo que debemos aprovechar esta oportunidad que se nos presenta.

Guifré asintió y se volvió hacia el mago.

—¿Tú qué crees, Jaume?

El hombre jadeaba por el leve ascenso. Daba pasos cortos y era el más atrasado del grupo, los soldados de retaguardia no podían evitar sobrepasarlo y tenían que frenar cada tanto. Ferran se detuvo a esperar cuando Guifré

retrocedió unos pasos y repitió la pregunta.

—Es todo muy extraño, mi joven señor, esta colina, el aire, las voces que susurran en el viento.

—¿Susurros? —dijeron Ferran y Guifré a la vez.

—Sí —asintió Jaume—, hay algo vivo por aquí, además de nosotros y de ellos.

Guifré sonrió y Ferran sacudió la cabeza. Jaume no dijo nada más hasta que llegaron a la cima. La muralla frente a ellos estaba algo deteriorada, pero se conservaba en toda su altura en muchos lugares. Aunque lo que más les sorprendió fue lo que encontraron dentro. Había una ciudad pequeña allí. Muchos de los edificios, aunque viejos, se mantenían en pie en buenas condiciones. Y, a lo lejos, se vislumbraban las torres de un enorme castillo.

—¿Habrá alguien? —preguntó Ferran al aire—. Tal vez fueron ellos los que nos protegieron anoche. ¿Escucharon la batalla?

—¿Batalla? —dijo Guifré—. No sé, no creo que haya sido eso lo..., parecía...

—Debemos ir a presentarnos, a pedirles poder acampar en la ladera o a lo mejor alojarnos en la ciudad. —El rey apresuró el paso—. Tal vez una alianza.

—Mi señor.

Ferran se volvió hacia el mago sin detenerse.

—Creo que ya nadie vive aquí —resopló Jaume a la vez que trataba de alcanzarlo.

Se habían internado en las calles empedradas hacía rato. Ferran no se había fijado en los edificios que pasaban a su lado, mientras él se empeñaba en llegar al castillo. Se detuvo y observó las casas: estaban abandonadas.

—¿Padre?

—Sí —suspiró Ferran—, parece que seguimos solos.

—No, padre —El príncipe hizo una seña hacia la dirección contraria.

El rey se dio la vuelta. El duque Acai de Reff, su primo, se acercaba por una de las calles. Iba acompañado de su consejero personal, del cual nadie recordaba su nombre, si es que alguna vez alguien lo supo. El duque se veía demasiado limpio y su ropa estaba en mejor estado que la de cualquiera de los demás, incluido el rey. A pesar de la situación, aún lucía pesados anillos en casi todos los dedos.

—Mi señor —dijo con una brevísima inclinación de la cabeza—, no sería bueno presentarse ante el soberano de este reino sin una corte que lo

acompañe.

—Me temo, primo, que no hay nadie aquí con quien hablar.

El duque frunció los labios y miró a la redonda, con las manos enlazadas en la espalda. Mantenía los hombros tensos y la cabeza erguida, lo que lo hacía parecer más alto que los demás a su alrededor.

—Mmm, sí, parece un reino abandonado —una comisura del labio se elevó cuando agregó por lo bajo—: ¡qué conveniente!

—Pero no estamos solos —le advirtió Jaume, con la mirada extraviada en las murallas que rodeaban la ciudad.

Acai frunció la nariz y se alejó unos pasos. El consejero se hizo atrás instintivamente y mantuvo la distancia.

—Mi señor —dijo el mago—, con su permiso, me gustaría investigar.

—Claro, claro —asintió Ferran.

—Nunca entenderé para qué lo mantienes, primo —manifestó el duque olvidando los títulos, cuando Jaume se hubo alejado.

Guifré echó una mirada al consejero, pero este no levantaba lo vista, y los dos primos parecían ignorar todo lo que no les incumbiera.

—Es un mago, todas las cortes lo tienen —Ferran se frotó la nuca—, además ayudó con la comida durante el asedio.

—Si tuviera una magia que valiera la pena, nos habría hecho ganar la guerra.

—No es tan fácil —dijo Guifré encarando al duque—. Jaume posee un conocimiento extenso, la magia no es sonar los dedos y listo.

Acai no desvió la mirada del rey.

—Ya que está abandonado, bien podríamos alojarnos aquí en vez de levantar las tiendas y tener que acampar como nómadas.

—Eh... —balbuceó Ferran.

—Padre, me gustaría acompañar a Jaume.

—Claro —suspiró el rey—, ve nomás.

El príncipe se alejó con más energía que decoro. Uno de los guardias lo siguió a poca distancia, con caminar relajado.

—Lo malacostumbres, debería preocuparse por la administración del reino, en lugar de esas boberías.

—Es solo un niño.

—Ya es un hombre.

—A su tiempo —dijo el rey.

—No es él el que marca los tiempos —sostuvo Acai—, los imponen las

necesidades del reinado y en este momento...

—¿Primo? —Ferran entornó los ojos—. ¿Qué implicas?

—Solo que es hora de que el muchacho madure.

—Claro —dijo el rey con lentitud—, claro, claro.

Guifré encontró una escalera para subir a la muralla por la cual caminaba Jaume. Había trepado unos cuantos escalones cuando unos dedos se cerraron alrededor de su tobillo. Perdió el agarre con la mano derecha y casi se cayó. Quedó colgado de un brazo mientras escuchaba una risa entrecortada a sus pies.

—¿Qué haces? —gritó la joven que lo miraba desde abajo.

Era una muchacha de unos veinte años. Llevaba el cabello moreno sujeto con una simple tira, pero varios rizos escapaban y revoloteaban alrededor de su rostro. Sus ojos marrones echaban chispas mientras reía.

—Voy a... —se atragantó Guifré— ver qué hace Jaume.

—¿Puedo ir contigo?

—Claro —dijo Guifré con una sonrisa y se apresuró a seguir subiendo.

Tenía un ascender raro (siempre le había costado coordinar sus miembros desgarrados) y Tura lo alcanzó enseguida.

—Vamos —lo urgió—, te mueves más lento que mi abuela.

—Tú no tienes abuela.

—Pero la tuve.

—Nunca me dijiste... —Guifré se detuvo.

—Vamos, sigue subiendo. —Tura le palmeó la pantorrilla—. No es nada grave, todo el mundo tiene abuelos.

Guifré llegó a la cima impulsado por Tura. En lo alto de la muralla había un camino de ronda lo bastante ancho para que transitaran tres personas una al lado de la otra, lo que era inusual.

—No se veía tan ancha desde abajo —murmuró Guifré y cometió la equivocación de mirar en esa dirección.

Tura tiró de él cuando vio que se balanceaba hacia adelante.

—Eh, ¿qué haces?

—Nada —respondió Guifré con el rostro ceniciento—. Solo miraba.

—Pues es mejor no hacer eso. —Tura se puso de puntillas y trató de echar un vistazo entre las inmensas estatuas que invadían el adarve—.

Además, si uno sube hasta aquí es para ver hacia arriba y a lo lejos.

Guifré se acercó a ella, como era más alto podía mirar por sobre su cabeza. Tura se deslizó un poco hacia el costado, sin alejarse demasiado.

—Y ya que estamos aquí, ¿qué hacemos en la muralla?

—Estaba buscando a Jaume.

—Eso ya lo dijiste, pero ¿qué hace el mago aquí? ¿No sería más lógico que estuviera Biel?

—Supongo. —Guifré se encogió de hombros—. Lo que vino a ver Jaume es más..., digamos más sutil, dijo que sentía algo... raro.

—Pues eso no es sorpresa —opinó Tura—, es un pueblo abandonado.

—Sí, sin embargo, es extraño que las casas estén tan bien conservadas.

—Tal vez fue una enfermedad —Tura frunció la nariz—, una plaga que acabó con todos.

Guifré sacudió el cuerpo y se acomodó las gafas.

—Esperemos que no.

—¿Y qué son estas estatuas? —preguntó Tura hincando el dedo en una.

—No lo sé. —Guifré extendió el brazo, aunque no llegó a tocar la escultura—. Es insólito que estén todas aquí tan juntas unas de las otras, no dejan una buena visibilidad para los arqueros.

—Ni para nadie —agregó su amiga.

—No son estatuas —explicó el mago, que se acercaba secándose la frente con un pañuelo y bufando—. Bueno, sí lo son, aunque de una clase especial: son gárgolas.

—¿Qué es eso? —preguntó Tura.

—Son como estatuas grotescas —se animó Guifré—, se caracterizan por las muecas y las alas, pueden basarse levemente en animales.

—No en este caso —explicó Jaume.

Guifré perdió el color y Tura suprimió una sonrisa.

—Es correcto lo que dices, joven príncipe —Jaume le palmó el hombro—, no obstante, también pueden basarse en humanos caricaturizados y estas son de ese género.

Ambos jóvenes elevaron la vista hacia la estatua que tenían más cerca. Estaba de espaldas y era imposible encontrar un ángulo que permitiera ver su rostro.

—Por aquí —dijo Jaume y los guio a través del adarve, entre los escombros.

Los llevó hasta una gárgola que estaba en el piso y recostada sobre la

pared, si bien le faltaban las piernas, por lo demás estaba intacta. Guifré se acercó con entusiasmo.

—Cuidado, mi joven señor —Jaume lo detuvo del brazo—, emana un rastro de magia muy infrecuente.

El muchacho se mordió el labio y dio un paso atrás. La gárgola pudo haber estado basada en un hombre, pero la expresión que le habían dado quitaba toda humanidad a ese rostro. Parecía una máscara.

—Es como si estuviera sufriendo. —Tura se abrazó a sí misma—. Casi puedo escuchar sus gritos.

—Sí, estremecedor —dijo Jaume echando mano del pañuelo otra vez—, ciertamente estremecedor.

—¿Pero para qué querrían tantas? —inquirió Tura sin poder apartar la vista del semblante pétreo—. Como decoración son pésimas.

—Deben de haber sido para espantar al enemigo —supuso Guifré observando la gárgola con el ceño fruncido—. ¿Qué clase de magia tienen, Jaume?

—Eso es lo que no acabo de entender —el mago retorció el pañuelo entre sus regordetes dedos—, no la reconozco, parece amenazante, aunque la siento dormida.

—¿Es la causante de que la ciudad esté vacía? —preguntó Tura.

Guifré y Jaume se volvieron hacia ella.

—En verdad, no lo sé, jovencita. Aunque no lo creo. Todas las gárgolas de la muralla miran hacia afuera. Creo que estaban más bien para proteger.

—Pues no hicieron muy buen trabajo —opinó Tura con las manos en la cintura.

—Parece ser que no —dijo Jaume—. Aún tengo mucho que examinar y todavía más sobre lo que cavilar.

Guifré se inclinó hacia él, con los ojos brillantes y las mejillas enrojecidas.

—Y debo hacerlo solo, joven príncipe, lamento decir.

Guifré exhaló mientras observaba al mago alejarse.

—Vamos —lo empujó Tura a un costado—, hay muchas otras cosas que podemos investigar nosotros.

Guifré sonrió y la siguió con un saltito. Bajaron de la muralla y se dedicaron a entrar en las primeras casas que encontraron. Parecían viviendas humildes, aunque tenían todo lo necesario para una vida confortable. No había rastro de sus antiguos moradores ni señales de lucha. Como si

simplemente un día se hubieran decidido a abandonar el lugar. Había polvo por todos lados, pero no telarañas.

—¿No te parece raro? —preguntó Tura.

—Tal vez las limpiaron antes de irse —dijo Guifré distraído.

Tura lo miró y apretó los labios.

—Vuelven a crecer, Guifré.

—¿Cómo? ¿Igual que las plantas?

—No, son las... Ah, a veces no entiendo cómo puedes leer tantos libros y saber tan poco.

Pero el muchacho ya la estaba ignorando. Había encontrado unos pequeños cubos de madera que tenían símbolos grabados a fuego.

—¿Qué son? —preguntó Tura inclinándose a su lado, con una mano apoyada en su espalda.

—No lo sé —Guifré cerró los ojos por un segundo y se acercó más a ella—, parecen letras, tal vez sea un abecedario.

—¿Puedes leerlo?

—Nunca lo había visto antes, tal vez si consulto algunos de mis libros, en ellos hay de todo y...

El muchacho se desinfló y volvió a colocar los cubos en la vasija donde los había encontrado.

—¿Qué pasa? —preguntó Tura.

—No es nada, solo que..., uf, bueno, no son muchos los libros que pude traer.

—Oh.

Guifré se masajeó la nuca, con las orejas enrojecidas. Evitó la mirada de Tura.

—No importa.

—Siempre puedes conseguir más —sonrió ella—, si nos quedamos aquí, seguro armas una nueva biblioteca.

—Sí —sonrió tímidamente Guifré—, claro que sí.

—Vamos, veamos qué más podemos encontrar.

Antes de irse, Tura miró de reojo la vasija. Se guardó todos los cubos en los bolsillos de su vestido y se apresuró tras Guifré.

En una de las calles se cruzaron con el duque de Reff y su consejero personal y casi se los llevaron por delante. Acai echó un vistazo a Tura y apartó la vista.

—Duque —dijo Guifré con un rígido saludo.

Acai asintió imperceptiblemente, lanzó otro repaso a los dos y los rodeó.

—¿Y mi padre?

El duque se detuvo, pero no se volvió.

—Mi primo se quedó en el castillo. No hay nadie allí, tal vez por eso se siente cómodo.

Cuando se hubo alejado lo suficiente, Tura se acercó a Guifré.

—No deberías dejar que te hable así.

El muchacho suspiró.

—¿Y qué quieres que haga? Además, mi padre dice que no tiene importancia.

—No estoy de acuerdo, te falta el respeto y también se lo falta al rey —se cruzó de brazos—, no confío en él.

Guifré se encogió de hombros y siguió andando.

—No puedes seguir ignorándolo —Tura apuró los pasos detrás de él—, en algún momento tú o tu padre deberán enfrentarlo.

—Exageras, nunca hará nada para dañar a la estirpe.

—Eres demasiado ingenuo.

—¿Quién dañaría a su propia familia?

Tura desvió la mirada. Guifré se internó en otra de las casas abandonadas y la llamó poco después.

—Mira —dijo señalando alrededor—, es casi como la otra.

Tura pasó un dedo sobre la mesa y abrió una línea de madera más oscura que respiró bajo el polvo. El mueble se conservaba bien, como casi todo lo demás.

—Esto es muy raro. ¿Quién abandonaría un pueblo en tan buen estado?

—Es perfecto para nosotros.

Tura levantó la vista. Guifré la observaba, sus ojos grises brillaban y se le enrojecieron las orejas cuando ella le mantuvo la mirada.

—Si la razón por la que se fueron es la que creemos —reflexionó Tura—, entonces tal vez no deberíamos quedarnos.

—Eso habrá sido hace mucho tiempo.

—¿Qué te hace pensarlo?

—Mmm... ¿el polvo?

Tura rio y su cuerpo se sacudió como si el sonido se le escapara por partes.

—No es tanto como crees, además, está el asunto de las telarañas. —Miró el piso con los labios fruncidos—. Tampoco veo ningún otro bicho.

—Deberíamos ir al castillo. —Guifré decidió de repente—. Si hay respuestas, estarán allí.

Se encaminaron lado a lado, el guardia de Guifré los seguía a pocos pasos. El recorrido fue corto y lo hicieron en silencio.

Llegaron a un castillo de gran tamaño y rodeado de otra muralla, más baja que la externa y en peores condiciones. Tanto Tura como Guifré levantaron la vista, pero no se advertían gárgolas por allí. El foso no era profundo y parecía prácticamente seco. El puente estaba bajo y el rastrillo, alzado. Había unos guardias a cada lado de la entrada. Hicieron una leve reverencia a Guifré, pero siguieron con la mirada a Tura.

El patio de armas era bastante grande, aunque no estaba en muy buenas condiciones. Se dirigieron, sin demora, a la torre de homenaje que estaba en muy buen estado, al menos por fuera. Apenas entraron escucharon la voz de Biel, quien estaba dando un informe al rey. Los encontraron en lo que debía de ser la sala de audiencias.

—... el rastro se pierde a poca distancia del pie de la colina. Hacia el sur hay un pequeño pueblo. La gente niega haber visto algo, pero todos actúan nerviosos y sus miradas son esquivas.

—No nos conocen, capitán, recuerde eso.

—Sí, pero...

—¿Señales de ellos en el pueblo?

—No —dijo el capitán con una postura aún más rígida.

El monarca asintió.

—¿Qué hay de los suministros?

—Suficientes para dos meses, con racionamiento. Las tierras son cultivables y en el pueblo se pueden comprar animales.

—Bien, bien, que el escribano se ocupe de presentarme unas opciones. Quiero saber si el castillo y las casas son habitables.

—Estamos en ello, señor.

—Las casas lo son —afirmó Guifré con una sonrisa—, están en perfectas condiciones, solo un poco sucias.

—Hijo —dijo el rey y miró a Tura de arriba abajo—, pensé que estabas con Jaume.

—Estuve —Guifré se acercó a su padre dando una ojeada alrededor—, lo dejamos en la muralla, inspeccionando las gárgolas.

Ferran volvió a clavar la vista en Tura y frunció los labios, ella le mantuvo la mirada conteniendo la respiración.

—¿Y a qué conclusión llegó?

—Todavía a ninguna —se volvió Guifré—, por eso fuimos a investigar las casas. Están en muy buen estado, como te decía, y también están amobladas. Solo habría que hacer una limpieza y Jaume podría realizar una prevención contra enfermedades.

Ferran observó a su hijo y pestañeó con lentitud.

—Esas son excelentes noticias, hijo —sonrió—, podemos empezar a ubicar a la gente.

—Yo creo que primero habría que averiguar qué fue lo que pasó —opinó Tura.

El silencio cayó como un bloque, incluso entre los guardias que permanecían callados y alejados. Biel se irguió y se acercó un paso a ella.

—Señor —agregó Tura entre dientes.

Ferran, con el ceño fruncido, no le quitaba los ojos de encima. Antes de que pudiera hablar, Guifré intercedió.

—Es un poco extraño, padre, no se puede negar. Y Jaume parecía preocupado.

Ferran suspiró.

—Ese mago siempre está preocupado, mas no suele hacer mucho.

—Eso no es así, padre, él es casi un sabio. Quiere tener toda la información antes de actuar, es cauteloso.

Ferran bufó.

—Tal vez podríamos esperar un par de días —murmuró Guifré—, antes de mudar a la gente de las tiendas.

El monarca se encogió de hombros.

—De todas formas, hace falta un poco de trabajo para hacer el lugar habitable. —Se dirigió a Biel—: Revisen primero el castillo, quisiera poder ocuparlo lo más pronto posible. Comiencen con las refacciones mientras Jaume hace... su análisis.

—Sí, señor.

Ferran se dio la vuelta y se internó en uno de los pasillos. Automáticamente, un par de guardias se desprendió del grupo y lo siguió. Biel se volvió hacia Guifré.

—Si me disculpa, mi señor.

—Por supuesto, capitán.

—Lo siento —dijo Tura con tirantez cuando quedaron solos—, no quise decirlo de esa manera.

—Lo sé, pero tienes que tener más cuidado con mi padre, no debes olvidar que es el rey —manifestó bajando el volumen, porque uno de los pocos cuadros de la pared ya había llamado su atención.

Tura apretó las mandíbulas.

—Lo recuerdo.

Guifré estaba de espaldas a ella, Tura esperó a que dijera algo más. Como no lo hizo, luego de unos minutos, ella recogió su vestido y salió del castillo con fuertes zancadas.

—Sé muy bien quién es él —murmuró— y quién soy yo.

Caminó hacia el carromato que compartía con su padre y suspiró cuando no lo encontró a él allí. Rebuscó entre su ropa, la mayoría apestaba. Aun cuando la mantenía alejada de la de su padre, el olor de este impregnaba todo a su alrededor. Tomó unos cuantos vestidos, un pan de jabón gastado y fue en busca de agua.

No fue difícil encontrarla, solo tuvo que dirigirse hacia donde hubiera el mayor bullicio femenino. Había un río que rodeaba parte de la colina; era angosto, pero de caudal importante. Se acercó al agua, en un lugar alejado de las demás y de la constante cháchara que rodeaba al grupo. Algunas de las mujeres mayores la miraron, las jóvenes la ignoraron, como siempre.

Lavó la ropa con empeño, hasta que los dedos congelados se le cuartearon. Entonces se apartó un poco más y se deshizo del atuendo que vestía. Lo fregó mientras se bañaba y toleraba los miembros ateridos. Salió del agua temblando y con el cuerpo enrojecido. Se envolvió en una de las mantas que había llevado y juntó toda la ropa en la otra.

Regresó al carromato entre las miradas desinteresadas de los demás. Rebuscó en el fondo, donde siempre mantenía un cambio de ropa limpio. Luego de vestirse, se guardó en el bolsillo los cubos que había tomado de una de las casas donde había estado con Guifré.

—Se los llevaré mañana —murmuró.

Para cuando terminó de colgar la ropa recién lavada, llegó su padre, oliendo a cerveza y con una botella en la mano.

—Bañada otra vez —gruñó—. No importa cuánto lo hagas, cariño, él nunca se casará contigo, no es ese el olor que le hace arrugar la nariz.

Tura lo ignoró y se puso a preparar el fuego.

—¿Qué hay de comer? —El hombre eructó.

—Solo lo que trajiste —murmuró Tura.

—Yo no traje nada, chica.

Tura le lanzó una mirada acerada y volvió a ocuparse de la fogata. El hombre levantó una mano y la bajó al ver la cicatriz de una quemadura sobre sus dedos flacos y nervudos. Con un temblequeo, alzó la botella y tomó hasta la última gota.

Tura miró con disgusto a su padre mientras este se adormecía en una burbuja de alcohol. Cuando sus ronquidos no dejaron dudas de que estaba dormido, se alejó del fuego y fue en busca de la ración de comida que le correspondía.

La repartición casi había terminado. Tura dijo su nombre al oficial que buscó en la lista y, luego de agregar una marca, le señaló perezosamente la mesa que estaba al costado. Le entregaron un poco de queso, pan y algo de carne seca. Fue comiendo durante el camino de vuelta.

Se sentó en silencio en el suelo y se quedó mirando las llamas mientras masticaba lo último que le quedaba de pan.

—Maldita niña —dijo su padre incorporándose—. ¿Dónde está mi comida?

—Ve a buscarla.

—¡Así no se le contesta a un padre!

—Pero tal vez sí a un borracho. —Tura se puso de pie y se dirigió al carromato.

El hombre tropezó con la botella vacía al seguirla y lanzó una maldición.

—A mí no me vas a faltar el respeto, ¿me oyes? —Alzó la voz—. No lo voy a tolerar.

—¿Qué respeto? —dijo Tura entre dientes mientras rebuscaba entre los bultos de la carreta.

—¡Que no lo voy a tolerar! —Se acercó en dos pasos y la sujetó del brazo.

Tura dio un salto atrás y lo amenazó con un pedazo de madera, que parecía ser parte del carromato.

—Ni te atrevas, yo no soy mi madre.

—Por supuesto que no lo eres. Ella era una mujer obediente, que, casi siempre, conocía su lugar... hasta que nos dejó.

—¿Nos dejó? —Tura aferró el madero—. Tú la golpeaste hasta morir.

El padre entornó los ojos.

—Silencio —siseó—. ¿Quién puso esas ideas en tu cabeza? Debe de haber sido ese príncipe con el cual te refriegas. No eres más que su puta, que lo sepas. Aunque él no sea realmente un hombre. —Escupió—. Cada mujer

debe conocer su lugar —murmuró mientras se rascaba la cabeza rala— y es el deber de un verdadero hombre enseñárselo, como hice yo con tu madre. Quién hubiera dicho que iba a ser tan débil, la miserable. Dejarme solo con una cría como tú.

—Pues por mí puedes irte. —Tura se mantuvo alejada.

—Ya te gustaría, ¿no? Para poder manosearte con tu príncipe donde quieras. ¡Despierta, niña! Nunca vas a lograr más que un revolcón, no importa todo lo que te bañes.

—Cállate.

—¿No lo entiendes? ¿Cómo puedes ser tan tonta?

—Cállate.

—Igual que tu madre, pero mira cómo le salió a ella...

—Que te calles. —Tura volvió a alzar el madero.

—Terminó con una hija como tú, inútil, tal vez por eso se fue.

—¡Cállate de una vez, viejo borracho!

—¿Qué me dices? —Su padre avanzó unos pasos y se sostuvo del carromato—. ¿Quién te crees para hablarme de esa manera? No eres más que una puta. ¡Y una bien barata! Porque no recuerdo que trajeras dinero.

—¡Cállate de una vez! —repitió Tura.

—Ni siquiera para eso sirves. —Babeaba apoyado contra el carro—. Si al menos te abrieras de piernas por unas monedas... ¡pero nada! Tengo que darte de comer y tú ni siquiera cocinas.

—No me das de comer. —Tura hundió los dedos en la madera que sostenía, aunque había bajado el brazo—. ¿Y por qué habría de cocinarte? No soy tu mujer.

—No, eres la mujer de todo el pueblo, ¿con cuántos has estado?

—No sabes lo que dices.

—¿Que no lo sé? ¿Por qué más te dejarían estar cerca del príncipe? A una don nadie como tú, seguro que te acuestas con todo el maldito ejército.

—Eres un bastardo.

Su padre se irguió de repente y se abalanzó hacia ella con más fuerza de la esperada.

—¡No vuelvas a insultarme, puta!

Tura se hizo a un lado, pero su padre alcanzó a agarrarla del pelo. Lanzó un grito y soltó el madero.

—¿Qué está sucediendo aquí?

Un oficial miraba de uno a otro mientras Tura trataba de liberar su pelo

y su padre, de mantener el equilibrio.

—No es su asunto, es mi hija y hago lo que quiero con ella.

—Creo que es mejor que la suelte —dijo el oficial acercándose a ellos.

El padre entornó los ojos.

—Eres uno de los que se acuesta con ella, ¿no? —Se limpió la baba con el dorso de la mano—. ¡Por eso vienes! A defender a tu puta.

El oficial miró a Tura de arriba abajo mientras ella apretaba los labios.

—Está borracho —declaró ella con los ojos encendidos—, no sabe lo que dice.

—¡Claro que lo sé! ¿Crees que puedes engañarme? —Salpicó saliva hacia todos lados.

—Ya es suficiente —dijo el oficial apartando al padre—, creo que es hora de que vaya a descansar.

—¿Descansar? Quieres quedarte solo con ella, eso es lo que quieres.

—Si sigue causando problemas, voy a tener que encerrarlo.

El padre rumió su baba y, con una última mirada a Tura, se soltó de la mano del oficial. Se alejó zigzagueando. El soldado se volvió hacia ella y volvió a evaluarla mientras se relamía los labios.

—Lo que dijo no es cierto, está borracho.

—Por supuesto... pero si estás sola, yo no tengo esposa.

—Arggg... —Tura pateó la madera del piso y se alejó de allí con rapidez. No sin antes escuchar al oficial murmurar algo sobre una niña malcriada.

No volvió a acercarse al carromato hasta que no estuvo segura de que su padre dormía otra vez. Con sigilo, sacó unas mantas y se arrebulló al lado de lo que quedaba del fuego. En el campamento ya casi todos dormían. Solo se oía el rumor de los pasos de los guardias de turno.

Tura tardó en conciliar el sueño. Cada ronquido de su padre la hacía pegar un salto. Al final, se levantó y caminó hacia la entrada de la ciudad. Desde una de las calles, se podía ver el castillo a lo lejos. Se acurrucó contra la pared exterior de una de las casas y se quedó con la mirada fija en la lejana torre.

Se estaba quedando dormida cuando una de las sombras pasó a su lado.

—Guardias —murmuró, mientras los pasos que se alejaban arañaban la piedra.

Capítulo II

La brisa fresca de la mañana había despertado temprano a Tura. Se levantó y estiró su cuerpo al tiempo que dejaba escapar leves gemidos de dolor y hacía muecas extrañas con la boca. Otra vez había dormido en la ciudad abandonada, contra la fría pared exterior de una casa. Miró hacia la torre lejana y sacudió la cabeza. Hacía tres días que no podía acercarse a Guifré y ahora la ciudad se estaba llenando de gente.

Se despegó de la pared cuando escuchó voces que se acercaban a ella. Se acomodó la ropa, el pelo, inspiró y, caminando con decisión, emergió de la estrecha calle donde había pasado la noche. No se fijó en el grupo de hombres que pasaba a su lado. Salió de la ciudad y se dirigió hacia su carromato.

—Que no esté, que no esté —murmuraba a cada paso como una letanía.

Encontró su carreta, aparentemente abandonada en medio de un montón de basura, y corrió a buscar un cambio de ropa.

—Sabía que volverías —su padre salió de detrás del carro—, siempre sientes ese impulso de bañarte luego de pasar la noche con él.

Tura lo ignoró y recogió todos sus enseres para asearse en el río cercano.

—¿Es que ni siquiera te deja lavarte antes de echarte de su cuarto? —El viejo escupió a un lado y se recostó en el carro—. Si es que se digna a llevarte a una cama...

Tura lo fulminó con la mirada.

—Cállate, no tienes idea de nada.

—Conozco la vida mucho mejor que tú, niña malcriada.

Tura lanzó una carcajada amarga mientras apretaba su ropa entre sus brazos.

—Si me criaron mal, fuiste tú el que lo hizo.

—¡Eras imposible! Ya desde pequeña, ese carácter... Siempre supe que sería tu perdición.

Tura apretó los labios y se dio la vuelta.

—¡Espera! —Su padre le clavó los dedos en el brazo que sostenía la ropa.

Tura metió la mano libre en el bolsillo y apretó los cubos de madera que todavía llevaba consigo, los dientes le rechinaron.

—Déjame.

—Esta noche vendrás aquí, ya no quiero más habladurías de la gente. —Tosió un poco—. Además, se supone que nos darán una casa y habrá que limpiarla. —Tura lo miró con una expresión de duda—. Ah, eso te interesa, ¿no? Una casa gratis, ni siquiera tienes que acostarte por ella.

—Eres un imbécil —se zafó del agarre de su padre—, incluso cuando estás casi sobrio.

—¡No vuelvas a hablarme así! —El viejo levantó una mano.

Tura sintió un calor creciente en la mano que sostenía las piedras. La sacó de golpe del bolsillo y, suprimiendo un grito, trastabilló al dar un paso atrás.

—¿Qué fue eso? —Se acercó su padre.

—¡Nada! —Tura reaccionó y salió corriendo.

Cuando llegó al río, comprobó que no la había seguido y que no había nadie más alrededor. Se examinó la mano, no la veía diferente, pero sentía que le cosquilleaba la palma. Sacó los cubos, estaban tibios y las inscripciones en los lados parecían emitir un leve resplandor.

—¿Será posible? —susurró.

Esa misma mañana, después de afeitarse, se dirigió al castillo. Los guardias que estaban apostados a los lados de la puerta la detuvieron con firmeza.

—Debo ver al príncipe.

—El príncipe está ocupado ahora.

—Estoy segura de que querría verme si le avisaran que soy yo.

El guardia sonrió.

—Claro que sí.

Tura puso los brazos en jarra.

—No te rías.

Los soldados se miraron entre sí y ensancharon su sonrisa.

—¡Tura! —Se escuchó la voz de Guifré—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Quería verte, tengo algo para ti.

El muchacho se acercó a grandes zancadas.

—Ven, tengo un rato antes de comenzar con —hizo una mueca— las obligaciones.

—No te preocupes. —Tura le lanzó una sonrisa venenosa a uno de los guardias que dejaba en la puerta—. Será solo un momento, yo también tengo que ir a elegir una casa.

Salió del castillo poco después, cuando Ferran había ido en busca de su hijo. Al pasar por al lado de los guardias, se pavoneó con una sonrisa y caminó alegremente por las calles de tierra y piedra. Hasta que en una de las esquinas, al volverse para mirar el grupo de gente que rondaba por allí, vio a Acai y decidió desviarse.

El duque de Reff frunció la nariz al verla y volteó la cabeza. Volvió a examinar la casa que le estaba mostrando su asesor.

—¿Esto es lo mejor que ofrece este reino? Estas viviendas son patéticas.

—Por supuesto —asintió el consejero—, pero hay algunas que tienen una estructura fuerte y pueden repararse.

El hombre se volvió, al ver que no recibía respuesta, y notó que se había quedado solo. Acai había caminado una cuadra más y se había detenido frente a una imponente casa de tres pisos, la más grande de ese vecindario y del reino. El duque la miraba con la cabeza inclinada a un lado.

—Puede ser —suspiró—, aunque necesita mucho trabajo.

El asesor miró la mole de piedra y madera y apretó los labios. Hizo unas anotaciones en el pergamino que llevaba en la mano y luego hizo una seña al más viejo de los criados que los seguían a unos pasos. El hombre se acercó con la cabeza gacha, escuchó las instrucciones y volvió a alejarse para compartirlas con el grupo.

—Quiero mudarme mañana —manifestó Acai.

—Señor, creo que es un poco rápido para tenerla terminada.

—No tiene que estar concluida —retomó su caminar—, solo tiene que estar lista mi habitación y la cocina.

—Aun así, para mañana...

—¿Por qué no? Tienen todo el día de hoy y toda la noche. —Se limpió unas pelusas imaginarias de la camisa—. No quiero escuchar excusas, estoy cansado de dormir en una tienda, no hay intimidad en ese campamento.

El duque se volvió, los criados estaban lejos y su guardia personal mantenía la distancia.

—Necesito privacidad, tú lo sabes.

—Por supuesto, señor.

Acai exhaló lentamente.

—Necesito poder hablar con libertad, esto se está demorando demasiado y debemos actuar con rapidez. ¿La viste a Ivonne?

—Er... —el asesor bajó la voz—, el último mensaje fue de Jerome.

—No me agrada mucho ese hombre, es demasiado inteligente para mi

gusto. ¿Qué quería?

—Reunirse.

Acai miró a la distancia, a través de la larga calle deshabitada se podía ver el pequeño campamento en las afueras del reino.

—Necesitamos la casa.

—Sería difícil coordinar aquí...

El duque enarcó las cejas.

—¿Estás perdiendo el cerebro? ¡Por supuesto que no aquí! Lo que necesitamos es despejar los alrededores.

—Claro, mi señor.

—Espero que te esfuerces, recuerda que habrá que cubrir muchos lugares, una vez que se establezca el nuevo reino. —Retomó su caminar con largas zancadas.

El asesor agachó la cabeza y marchó tras su duque, una débil sonrisa insinuada en sus labios.

El grupo pasó por enfrente del castillo. Los guardias hicieron un gesto al duque, quien se detuvo ante la puerta y se quedó pensando un momento.

—Creo que entraré a visitar a mi primo —dijo mientras dejaba atrás a los demás.

Uno de sus guardias personales lo siguió a la distancia mientras el consejero se apresuraba a repartir órdenes al grupo de criados, que permanecían de pie y muy juntos.

Acai caminó lentamente por los pasillos desnudos. Cada tanto observaba pasar corriendo a una criada, pero por lo demás el lugar estaba casi vacío. Miró dentro de cada habitación por la que pasaba.

—Esto es mucho más adecuado —murmuró.

En el siguiente cuarto vio a una mujer sacudiendo unas sábanas que habían conocido días mejores, hacía mucho tiempo, mientras otra se ajetreaba por la habitación. Acai frunció los labios y desvió el camino, mientras las voces de las criadas resonaban a sus espaldas.

—No te olvides de ordenar sus habitaciones —dijo la mayor.

—No, mamá. —La joven se apresuró a poner en una canasta todas las telas raídas que estaban quitando de ese cuarto.

—Ponle las mejores sábanas, Roser.

—¿Esas no son para el rey?

Neus le sacó a su hija la canasta que llevaba en los brazos.

—Préstame atención cuando te hablo. —Roser se enderezó—. El rey

tiene sus preferidas, que no son precisamente las mejores. Esas hay que dárselas al príncipe.

—Sí, mamá.

—Y asegúrate de estar ahí cuando él aparezca.

—¿Por qué? —Roser frunció el ceño.

Neus suspiró y se acomodó el cabello gris que se le había salido del tirante rodete que usaba sobre la nuca.

—Para ver si necesita algo más, ¿es que no has aprendido nada?

—Perdón, mamá, pero se supone que soy la costurera.

—Se supone que serás la que se encargue de los hijos del príncipe. La costura es temporal, además ahora somos demasiado pocos como para tener solo una tarea.

—Sí, mamá.

—Apresúrate. —La empujó fuera del cuarto.

—Sí, mamá.

Roser corrió por los pasillos en busca de las sábanas y las cortinas para llevarlas a la habitación designada para Guifré. Dobló en una de las esquinas y se llevó al mismo príncipe por delante.

—Perdón, señor.

—Oh, no hay problema. —Sonrió el príncipe.

Ferran, que caminaba a su lado, frunció el ceño.

—Ten más cuidado.

—Sí, señor. —Roser se alejó con cuidado y sin levantar la vista.

—Es solo una niña —dijo Guifré cuando la joven ya no lo escuchaba.

Siguió caminando con su padre a través de los viejos pasillos del castillo. Todos los días hacían la misma caminata, cada uno mirando las paredes y los pisos con ojos diferentes. En su decadencia, ese castillo era un lugar nuevo para ellos, distinto al que habían abandonado hacía largo tiempo atrás.

—Debe aprender a comportarse, esto es la corte real.

—Somos tan pocos —sonrió Guifré— que más bien somos como una pequeña familia.

—Hijo —Ferran movió la cabeza de un lado a otro—, a veces creo que hay un poco de verdad en los comentarios de Acai.

Guifré se envaró y mantuvo la vista al frente.

—Todavía no estás listo, pero eres joven, aún hay tiempo.

Anduvieron en silencio unos metros más hasta que el príncipe se detuvo

frente a una pequeña ventana. Había una puerta a su lado, pero el picaporte había desaparecido y la madera parecía podrida.

—Parece que detrás de esta pared había un pequeño jardín.

Ferran miró por la ventana. Del otro lado, había un matorral denso y reseco. El rey frunció los labios.

—Tal vez lo hubo en otro tiempo, ahora es solo maleza.

—Lo podríamos arreglar, podría parecerse... —Dejó que su voz se perdiera en el largo pasillo.

Las facciones de Ferran se suavizaron.

—Sí, podría parecerse al de ella. —Suspiró.

—Nos recordaría a casa.

El rey sonrió con debilidad.

—Eso me gustaría, le diré a Biel que lo incluya en las reparaciones, no puede costar tanto. —Negó con la cabeza—. Nos queda tan poco de nuestra vida.

—Pero la reconstruiremos —Guifré le palmeó la espalda—, solo tenemos que tener un poco de fe.

Ferran enarcó las cejas y Guifré rio como un niño. Su padre sonrió un poco.

—A veces te pareces mucho a ella. —Miró hacia el lejano jardín y volvió a suspirar—. Ella también lo hubiera tomado con humor, pero yo no entiendo tanto odio.

—Yo tampoco, aunque no creo que importe, solo debemos mantener nuestro modo de vida, más allá de lo que ellos quieran.

—Ni siquiera sabemos cómo aparecieron ni de dónde, con sus ideas... —exhaló un profundo lamento—, sus ideas bélicas y represoras.

—Tranquilízate, padre, ahora tenemos una oportunidad.

—Sí —Ferran por fin quitó su mirada del jardín—, sí, un poco de paz me vendría bien. Ya estoy viejo.

—No lo estás —dijo Guifré, pero se mordió el labio cuando lo vio alejarse encorvado y con pasos cortos.

—Tal vez la idea del jardín no fue tan buena —murmuró, se acomodó las gafas y se dispuso a seguirlo.

A fines de esa semana, ya casi no quedaba nada del campamento en la ladera

de la colina. Había tantas casas vacías en la ciudad y ellos eran tan pocos que cada familia tuvo la oportunidad de elegir la que más le gustaba. Nadie había discutido cuando las castas que habían sido las más ricas se quedaron con las casas más grandes. Solo quedaban unos pocos que aún no se habían mudado. La familia real se había instalado en la torre de homenaje, junto con Jaume y los pocos asistentes personales, lo que dejaba el castillo bastante vacío.

Esa mañana Guifré estaba en la habitación que sería su futura biblioteca. Había podido llevar tan pocos libros consigo que tuvo tiempo de diseñar varios métodos de clasificación antes de decidirse por uno. Ahora se inclinaba sobre las páginas de uno de sus ejemplares más antiguos. El resto de la mesa estaba vacía, excepto por unos pequeños cubos de madera.

—¿Qué estás leyendo?

Guifré pegó un salto y se volvió hacia su padre, que se inclinaba sobre su hombro.

—Padre, no te oí entrar.

—Deberías, no puedes quedarte tan desprotegido. Si vas a sumergirte en la lectura, al menos pon un guardia en la puerta.

Guifré miró el rostro apagado de su padre, las arrugas alrededor de la boca y en el ceño se habían agudizado.

El príncipe se acomodó las gafas.

—No creí...

—Esos eran otros tiempos, hijo —dijo Ferran y se desplomó en una silla libre— y no podemos volver a ellos, al menos no por ahora.

—¿Hay noticias sobre...?

—Sí y no —suspiró—, de eso hablaremos en la reunión de hoy.

Guifré se acomodó en su asiento.

—Recordabas la reunión, ¿no?

El príncipe frotó con un dedo el libro que estaba leyendo.

—Claro.

Ferran contuvo el temblor del labio. Le dio unas palmadas en el brazo a su hijo y se irguió un poco en la silla.

—¿Qué leías?

—Estaba tratando de encontrar referencias a esos símbolos. —Señaló los cubos.

Ferrán tomó uno y lo hizo girar en los dedos.

—¿No son letras? Puede ser un idioma que no conocemos, estas tierras son extrañas para nosotros, ni siquiera teníamos comercio aquí —miró

alrededor con los hombros hundidos—, el diseño de las viviendas también es diferente.

—Tal vez —Guifré se frotó la nuca—, pero son muy pocas para ser letras, aunque tal vez no tengamos los cubos suficientes. Estos fueron los únicos que encontramos con Tura en una de las casas.

El rey dejó el cubo en la mesa y suspiró.

—Sabes que yo no te diré con quién... eh... pasar el tiempo, aunque ya es hora de que empieces a pensar en la esposa adecuada.

Guifré acarició la página frente a él y no levantó la mirada. Su padre lo observó unos momentos más y luego se puso de pie.

—En fin, no es el momento de decidir aún, pero sí debemos ir a la reunión, comienza en unos minutos.

—¿Es necesario...?

—Sí, lo es.

—Pero...

—No, esto es inamovible. Ya tienes edad más que suficiente para emprender asuntos de estado.

Guifré siguió a su padre arrastrando los pies por los pasillos de piedra desgastada. No quedaban rastros de alfombras en el suelo ni de tapizados en las paredes. El aire frío se filtraba por las paredes.

—Todavía quedan dos meses para el invierno —dijo el rey al ver a su hijo contener un temblor—, confío en que las reparaciones terminen para entonces.

El cuarto de reuniones estaba a un costado de la sala real y se podía acceder desde una puerta cerca del trono o desde el pasillo que conducía hacia la sala real. Esta última fue la única que habían encontrado sin llave. Biel ya los esperaba allí y Jaume se acercaba, resoplando, desde la dirección opuesta. Guifré sonrió al verlo.

Acai apareció poco después, sus zancadas eran largas y pausadas y parecieron durar más cuando notó que lo estaban esperando solo a él. Biel echó una mirada a su rey, pero Ferran optó por esperar pacientemente.

—Bien —dijo el rey cuando Acai por fin los alcanzó—, ya estamos todos. Pasemos.

La mesa de la sala era enorme y no dejaba más que un poco de lugar para las sillas a su alrededor. Ferran se sentó en una de las cabeceras e indicó a su hijo que se ubicara a su derecha. Biel ocupó el asiento de su izquierda. Acai miró al príncipe con los labios apretados y eligió el lugar junto al

capitán de la guardia. Jaume guiñó un ojo a Guifré cuando se sentó a su lado.

—¿Capitán? —Ferran le hizo un gesto cansado.

El hombre asintió y comenzó a relatar, con voz monótona, la situación: las casas ocupadas, las disputas surgidas, la comida restante, las negociaciones con el pueblo vecino...

—Bien —dijo el rey media hora después—, parece que vamos encaminados. ¿Y qué hay de lo otro?

Biel se irguió en su asiento, sus ojeras se acentuaron. Quedaban pocos hombres en la guardia y todos debían hacer turnos dobles. Vigilar un perímetro tan extenso estaba comenzando a pesar.

—No hay novedades, aunque es obvio que siguen allí, están esperando o planeando su próximo movimiento. —Inspiró sonoramente—. Sigo sin entender por qué no se acercan, por qué se alejaron en un principio.

—¿No hubo nadie en el pueblo que pudiera dar información? —El rey se inclinó hacia su capitán.

El hombre tamborileó los dedos sobre la mesa.

—No.

—Biel...

—Nada serio. —El capitán cambió de posición en su asiento.

—Cualquier pista nos puede ser útil.

—La gente del pueblo cree que este lugar está maldito.

Jaume tomó aire ruidosamente, mas no habló.

—No son más que habladurías —dijo Biel con voz tensa.

—Tal vez —señaló Acai—, pero eso no quiere decir que no podamos aprovecharlas. Nuestro enemigo le teme a las maldiciones... —sonrió—, ¿qué más podemos pedir? Dejemos que los rumores se esparzan.

—Me parece, mi señor duque —Jaume habló con lentitud—, que subestima el poder de la fe.

—Al igual que otras creencias, es para hombres débiles, que no pueden aceptar la realidad como es. —Se volvió hacia el rey—. Deberíamos apoyar estas murmuraciones y dejar que su fe haga el resto, incluso puede alejarlos.

—Tal vez —repitió Ferran—, no lo sé. ¿Tú qué piensas, Biel?

—Creo que las supuestas maldiciones solo los detendrán por un tiempo, terminarán atacándonos de nuevo y deberíamos estar preparados. —Miró a Acai—. No olvidemos que su meta es purificar la tierra.

—Hay lugares en los que no se atreven a entrar, este podría ser uno de ellos.

—No se atreven por el momento —remarcó Biel.

—¿Cómo van los arreglos de las murallas y las almenas? —interrumpió Ferran.

—No había muchos daños en las construcciones exteriores —explicó el capitán—, es más una tarea de limpieza que de reparación. Me preocupa más el hecho de que no tenemos los suficientes hombres para cubrir todo el perímetro.

—Opino —habló Acai pausadamente— que el capitán tiene ya demasiadas responsabilidades, yo podría ayudar con la organización del ejército.

Biel apretó las mandíbulas.

—Una generosa oferta, primo —dijo Ferran—, lo pensaré.

—Tal vez, su señoría —habló Jaume—, el duque podría ayudar con las relaciones con el pueblo y la organización civil de los trabajos, algo que requiere de diplomacia y de encanto social.

Acai sonrió al mago. Biel relajó los hombros.

—No descartaría ayuda en ese aspecto, señor. Las disputas entre los civiles consumen mucho del tiempo de los pocos guardias que disponemos. No parecen ponerse de acuerdo en las actividades que debe realizar cada uno.

—Claro, claro. —Se animó el rey—. Acai, ¿crees que puedes ocuparte de ello? Debemos estar organizados antes de que se terminen las provisiones.

—Por supuesto, primo. —El duque recalcó esa última palabra—. Estoy seguro de que al príncipe le gustaría ayudar. —Sonrió—. Nunca es demasiado temprano para acercarse al pueblo, conocer sus necesidades y aprender a gestionarlas.

Guifré miró a su padre, pero este desvió la mirada.

—Por supuesto, Guifré estará a cargo y estoy seguro de que se beneficiará de tus consejos.

—Me siento honrado.

Todos miraron a Guifré, aunque el príncipe no se decidió a contestar.

—¿Jaume? —dijo el rey cuando el silencio parecía llenar la sala—. ¿Algún avance?

—Pues no he podido determinar la clase de magia que opera aquí.

Acai resopló.

—Sin embargo —afirmó con fuerza el mago—, no es una amenaza. Está dormida y mi intuición me indica que se relaciona con la protección de este lugar.

El duque hizo un ruido con la nariz.

—Diría que eso fue obvio cuando encontramos el lugar casi intacto.

—Las cosas más obvias —recalcó Jaume— son las que se deben estudiar con más atención.

Acai bufó.

—¿Te parece que pueda relacionarse con lo que se comenta en el pueblo sobre maldiciones? —inquirió el rey.

—Sin duda.

—Todavía no sabemos lo que es, ¿no es lo que acabas de decir? —dijo Acai.

—Se relaciona con las gárgolas, de eso estoy seguro —manifestó Jaume sin apartar la vista del rey.

Biel se aclaró la garganta.

—¿Capitán? ¿Encaja con los rumores que corren por el pueblo?

—Yo no sé de esas cosas, señor. —Se envaró el capitán—. Pero con respecto a las gárgolas, están esparcidas por todo el camino de ronda de la muralla exterior y nos está llevando mucho tiempo sacarlas. Tal vez si dispusiéramos de más civiles para ayudar...

—Por supuesto —el rey miró a Acai, quien alzó las cejas hacia el príncipe—, eh..., hijo, ocúpate de que Biel cuente con hombres del pueblo para auxiliar en la tarea de limpieza.

—¿Eh? Sí, sí, claro, padre, por supuesto.

—Cuenta con mi apoyo, sobrino. —Sonrió Acai.

Guifré forzó una sonrisa tirante hacia el duque y volvió a mirar a su padre.

—Bueno, con eso aclarado...

—Señor —interrumpió Jaume—, no estoy tan seguro de que remover las gárgolas sea lo mejor.

—¿Por qué?

—No sabría decirlo, no todavía...

—Estorban —dictaminó el capitán—, es necesario tener el camino despejado allí arriba.

—Pero...

—¿Tienes alguna razón que nos convenza, mago? —intervino Acai.

—Necesito más tiempo.

—No podemos esperar —enfaticó Biel—, el enemigo podría atacar en cualquier momento. Nos dieron una semana de descanso, no sabemos por

qué, pero esta tregua no va a durar mucho más.

—Señor —dijo Jaume.

—Primo.

—Mi señor...

El rey miró de un hombre a otro y luego a su hijo, quien bajó la mirada.

—Bien. —Suspiró—. Lo siento, Jaume, a menos que tengas ahora una buena razón, debemos sacarlas.

—Está bien. —Se desinfló Jaume.

Acai sonrió.

Abandonaron la sala poco después. El rey acompañó a Biel en una visita a las murallas y Acai los siguió de cerca. El siempre presente asistente personal del duque había estado esperando en el pasillo y se apresuró tras el grupo.

Guifré esperó a que se alejaran y dejó escapar un leve gemido.

—No te preocupes, muchacho —dijo Jaume palmeándole la espalda—. En realidad, creo que la sugerencia de Acai es buena.

Guifré se volteó a mirarlo y elevó las cejas.

—No, no por lo de las gárgolas, aunque no puedo negar que el capitán tiene un buen punto en ese tema —bajó la voz, aunque estaban solos—, con respecto a ello tengo algo que mostrarte. Me refería a que, si bien dudo de que las intenciones de Acai hayan sido buenas, no es mala idea que te pongas en contacto con el pueblo y que empieces a sentir el peso de la gestión. Después de todo, serás el rey en algún momento.

—Lo sé —asintió Guifré.

—Y no creas que es imposible ser un erudito y un rey a la vez —añadió Jaume—, porque es posible y creo que tú puedes lograrlo.

El príncipe sonrió con timidez.

—¿Qué era lo que mencionabas sobre las gárgolas?

—Ah, eso, eso. —El mago sacó un pañuelo y se secó la frente—. Ven, sígueme, encontré algo de lo más interesante.

Guió al príncipe hacia los calabozos, el muchacho arrugó la nariz apenas puso un pie en esos pasillos sombríos.

—Por aquí —indicó Jaume y aceleró el paso.

Todas las celdas estaban vacías, pero llenas de moho, humedad y mugre. El mago lo llevó hasta una pequeña habitación al final de un solitario pasillo.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Guifré mirando a su alrededor, a un cuarto que claramente no era una celda.

Dos de las paredes estaban cubiertas de estantes, muchos de ellos llenos de papiros y algunos libros.

—No lo sé con precisión —dijo Jaume—, creo que pertenecía al mago de la corte.

El príncipe miró la mesa llena de artefactos extraños y frascos con líquidos de variados colores, así como a los libros dispersos por toda la habitación. Estos eran voluminosos, viejos y parecían tener todas las hojas sueltas. Se aproximó a uno que estaba sobre la mesa. Las páginas estaban amarillas y reseca en los bordes, se partían con solo rozarlos.

—Cuidado, muchacho, es muy frágil.

—Lo noté, descuida, sé cómo manejarlo. —Dio vuelta unas páginas con delicadeza, tenía manos suaves, poco habituadas a la espada—. ¿Qué idioma es este?

El mago se secó la frente y siguió rebuscando en el lío que lo rodeaba, sin mirar a Guifré.

—Eh, no estoy seguro, parece ser un dialecto del idioma antiguo del imperio Mermin.

Guifré se inclinó más sobre las hojas. Con los ojos entornados tras los lentes, una arruga profunda partía su frente a la mitad.

—Eso no es lo más interesante —dijo Jaume con voz pausada, había dejado de ajetrearse.

Guifré levantó la cabeza, el mago sonreía y sostenía una gárgola en miniatura en las manos.

—¿Qué es eso?

—Una réplica a menor tamaño de lo que inunda las murallas, aunque eso no es lo más importante, sino que... mira.

Dejó la pequeña gárgola sobre la mesa, tomó un frasco con un líquido dorado y le tiró unas gotas encima. Luego puso la mano izquierda sobre ella, sin tocarla, y buscó la página de un libro que sostenía con la mano derecha, leyó en voz alta un hechizo. Cuando terminó de resonar la última palabra, la gárgola tembló y levantó un brazo. Guifré se echó hacia atrás y Jaume se rio para adentro.

—Impresionante, ¿no?

El príncipe se inclinó sobre la gárgola con cautela.

—No se moverá más, es lo máximo que se logra con este hechizo en particular, debe de haber otros que todavía no encontré. —Se cubrió la boca con el pañuelo.

—Pero... ¿por qué no comentaste nada de esto a Acai? Hubiéramos evitado que sacaran las gárgolas.

—Porque no es nada seguro, muchacho. Esto pudo ser un prototipo de algo que buscaban, algo que tal vez no funcionó nunca y por eso tuvieron que irse. —Suspiró—. Por supuesto, probé con alguna de las grandes y no sucedió nada. —Tomó la figura en las manos y la dio vuelta—. Creo que se relaciona con las palabras que están escritas aquí, que no son las mismas que aparecen en los ejemplares de mayor tamaño.

El príncipe le arrancó la miniatura de la mano.

—Estas...—murmuró— las conozco.

—¿Perdón? —Jaume se inclinó hacia él.

—Oh, lo siento, Jaume, es que las vi antes. Bueno, en realidad no así, pero sí lo que parecen ser las letras que las componen, tienen el mismo estilo, creo que forman parte del mismo lenguaje. —Guifré sonrió ante la confusión del mago—. Deja que empiece por el principio, el primer día, cuando estuvimos revisando las casas con Tura, encontramos unos cubos de madera en una de ellas. Tienen estas mismas marcas, que al principio pensé que podían ser letras, pero eran muy pocas para ser un abecedario. Sin embargo, ahora que las veo así... Como sea, desde entonces estuve tratando de descifrarlas.

—Ah, muchacho, ya veo que debería haber hablado contigo antes pero, ah... —miró los libros— uno puede perderse entre las páginas y el tiempo pasa sin siquiera avisarte.

—Lo sé —sonrió Guifré—, sé exactamente cómo te sientes.

—Por supuesto que sí, muchacho, lo supe en el momento en que te vi, ese mismo hambre de conocimiento que me guio hacia la magia.

El príncipe y el mago compartieron una larga mirada. Jaume fue el primero en romper el contacto.

—Aquí —dijo mientras revoloteaba entre los libros—. Aquí está, mira esto.

Tendió el libro hacia Guifré, quien lo tomó con entusiasmo y cuidado a la vez. Era bastante pequeño y las páginas, casi ilegibles. Estaba escrito en un dialecto muerto, pero conocido, y los símbolos de los cubos aparecían en varios lados.

—Aquí dice que son una forma de magia... ¿relacionada? ¿Dependiente...?

—Esclavizadora.

Guifré levantó la vista con el ceño fruncido.

—Esa es la palabra —dijo Jaume retorciendo el pañuelo—, no suena bien, lo sé, pero tal vez se deba a que no había un término en este idioma que expresara realmente lo que decía en ese otro.

Miró la gárgola en miniatura, que seguía con el brazo alzado.

—Después de todo, no percibí nada en ese sentido cuando lo probé.

Guifré llevó la mirada de la gárgola al mago y de vuelta a la gárgola y luego al libro.

—Bueno —dijo con lentitud—, habría que investigar un poco más.

—¡Por supuesto, muchacho! —Jaume agitó el pañuelo—. Siempre hay que mantener la mente abierta y..., eh..., creo que todavía no deberíamos comentarlo.

Las orejas de Guifré enrojecieron, se humedeció los labios.

—Tal vez no, hasta que sepamos un poco más; si no, Acai... Sí, mejor será que por el momento no digamos nada.

—Bien. —Sonrió Jaume—. Entonces, ¿qué te parece mostrarme esos cubos?

—Eh, claro, sí, están en la biblioteca, estaba estudiándolos justo antes de la reunión.

—Muchacho, no creo que sea adecuado dejarlos en un lugar de tan fácil acceso.

Guifré rio.

—Créeme, nadie aparte de mí entra en la biblioteca.

—Esa es una de las grandes desgracias de este reino, algo que se debe fomentar desde arriba —opinó Jaume mirando de reojo al príncipe, quien tensó la mandíbula—. Por supuesto, este no es el momento adecuado, pero cuando la crisis pase...

—Todo volverá a ser como antes. —Guifré se encogió de hombros.

—Tal vez sí, muchacho, tal vez no.

El príncipe se detuvo y lo escudriñó con la mirada.

—Cuando sucede un cambio, la gente puede quedar abierta a otro, y esta mudanza, aunque forzada, puede servir para introducir otras innovaciones.

Guifré se frotó la nuca.

—Todo a su tiempo, muchacho, ya se podrá pensar en ello más adelante.

Subieron las escaleras que los alejaban de los calabozos en silencio. Guifré estaba sumergido en sus pensamientos y el mago lo observaba cada tanto, pero no agregó nada más. Guifré encontró la biblioteca tal y como la

había dejado cuando su padre había ido a buscarlo para la reunión.

—Aquí —dijo señalando los pequeños cubos de madera.

—Interesante —murmuró Jaume tomándolos uno a uno—. ¿Y dices que lo encontraste en una de las casas? ¿Dónde exactamente?

—Sobre la mesa, como si se hubieran olvidado.

—Interesante —repitió.

—Es más —Guifré levantó un dedo—, creo que... —abrió uno de los libros que estaban sobre la mesa— pueden estar relacionados con... —hojeó con rapidez—, se parecen a las letras del alfabeto cori, tienen formas similares.

Jaume miró el libro que le mostraba Guifré.

—Sí..., tal vez... No estoy tan seguro de que sean letras.

—Yo tampoco... Tal vez ¿sílabas?

—¿Señor? —dijo una voz desde la puerta.

Guifré y Jaume se dieron la vuelta. Una mujer de mediana edad los miraba desde el umbral, llevaba el pelo recogido en un tirante moño al cuello y la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, como si le pesara.

—Neus —dijo Guifré—, ¿en qué puedo ayudarte?

—Mi señor, no es usted el que debe ayudarme a mí. —La mujer inclinó la cabeza y volvió a su postura rígida—. Su padre ha decidido comer en su habitación y quería saber si a usted le apetecía lo mismo. Mija —se mordió el labio—, mi hija, Roser, puede ocuparse de llevarle el almuerzo.

—Eh... —dijo Guifré—, sí, claro, comeré en mi habitación. —Miró de reojo al mago—. Eh, Jaume, ¿quieres acompañarme?

—Me encantaría —manifestó Jaume con una extensa sonrisa y una mano en el voluminoso estómago—, claro que me gustaría, ya siento hambre.

Guifré sonrió.

—Será comida para dos, Neus, gracias.

La mujer asintió y dejó caer los hombros. Tiró la cabeza más hacia atrás y miró al mago por sobre la nariz.

—Como usted diga, mi señor.

Se alejó con el mismo sigilo con el que había aparecido, sus pasos apenas sonaban sobre la piedra desnuda.

—No creo que le agrade a esa mujer. —Suspiró Jaume.

—Pensé que no te importaba lo que opinaran los demás.

—Los demás no —dijo Jaume retorciendo el pañuelo—, pero la mujer que condimenta mi comida...

Guifré sonrió mientras acomodaba los libros antes de retirarse. Cedió a la recomendación de Jaume de guardar los cubos bajo llave. Por fortuna, la mesa contaba con unos cajones con cerradura. El príncipe les echó una mirada antes de cerrar el cajón, acarició suavemente uno de ellos.

—Pareciera que estuvieras enamorado de ellos —expresó Jaume con el ceño fruncido.

—¿Eh? —Se le enrojecieron las orejas—. No, yo solo... Nada.

—Para seguir el camino de la erudición —explicó el mago—, hay que resistir varias tentaciones.

Guifré frunció el ceño.

—Eso se oyó muy parecido a lo que dicen esos hombres de fe que merodean en el ejército enemigo.

—Mmm —gruñó Jaume—. No soy como esos hombres, lo que quiero decir...

—¿Comemos? —interrumpió Guifré y cerró el cajón.

Se guardó la llave en el bolsillo de la camisa. El mago asintió y ambos salieron de la habitación en un silencio incómodo.

Capítulo III

Dos días después, Guifré estaba guiando a los hombres en la labor de limpieza del adarve. Caminaba nervioso de un lado a otro sobre la muralla y dirigía alguna que otra palabra indecisa a los demás; más que nada asentía a todo lo que le decían. Los hombres trabajaban con pausa, pero sin perder el ritmo. Había algún que otro soldado entre ellos, aunque la mayoría eran civiles.

Tura apareció en la muralla a media mañana. Ignoró todas las miradas que le dirigían los hombres que trabajaban allí, como había hecho con las de las mujeres que quedaban en tierra. Guifré se apresuró hacia ella apenas la vio.

—Tura, ¿cómo..., cómo estás?

La muchacha sonrió y las orejas de Guifré enrojecieron furiosamente.

—Bien, quería saber cómo estabas tú, hace días que no sé de ti.

Guifré se masajeó la nuca.

—Estuve un poco ocupado. Estoy organizando la limpieza con... —miró hacia los hombres que charlaban a su alrededor—, con Acai, estamos dando apoyo civil para terminar de poner a punto la muralla.

—Acai no parece estar haciendo mucho. —Tura observó que el duque no andaba a la vista.

El príncipe se encogió de hombros.

—Guifré, no puedes dejar que te trate así.

Los hombres que los rodeaban se voltearon a mirarlos.

—Por aquí —dijo Guifré haciéndole señas a Tura para alejarse hacia una de las esquinas.

—Perdón —murmuró ella.

—No importa. —Hizo un gesto con la mano—. Acai..., bueno..., es Acai.

—Sí, pero él...

Guifré alzó las manos.

—Sé cómo es, mejor que tú, pero en este caso tiene algo de razón.

Tura elevó las cejas y abrió la boca, aunque la cerró sin emitir palabra cuando notó que los hombres seguían pendientes de ellos. Se alejó unos pasos más. Guifré la siguió y suspiró apoyándose en la pared.

—En algún momento, esta será mi tarea, mi función, debo comenzar a aceptarlo.

—Pero aun así, debe ser tu decisión, no la suya, debes...

—¿Qué has estado haciendo tú?

—No mucho. —Se desinfló Tura—. Yo también estoy ayudando con la limpieza, la de las casas y las calles.

Guifré observó las manos cuarteadas de la joven y escondió las suyas en los bolsillos. Se quedaron en silencio unos segundos.

—Ya comencé con la biblioteca. —Sonrió de repente Guifré.

Tura esbozó una sonrisa a su vez.

—No me extraña, sabía que no ibas a tardar en empezar una.

Guifré bajó y alzó la mirada, se acomodó contra la pared y después se separó y se irguió en toda su altura. Parecía no saber qué hacer con sus largos miembros. Al final, se inclinó sobre ella, manteniendo la distancia.

—Hay algo más que quería comentarte, pero aún no tuve tiempo.

Tura se aproximó a él.

—¿Qué? —susurró.

Guifré torció el gesto cuando notó que su mirada bajaba al escote del ajustado vestido de Tura. Levantó la vista hacia sus ojos, de un marrón cálido. Se aclaró la garganta antes de contestar.

—Es sobre los cubos que encontramos, ¿recuerdas?

Tura asintió.

—Pues están relacionados con la magia de este lugar y —miró de reojo— con las gárgolas.

—¿Las gárgolas? —murmuró.

—Sí, ven esta noche al castillo, te mostraré.

Tura sonrió.

Uno de los soldados llamó al príncipe y Guifré se volvió, le hizo unas señas y después se despidió de su amiga con una rápida sonrisa.

—Esta noche —repitió en un susurro.

Tura asintió y lo observó alejarse. El muchacho caminaba con más seguridad, aunque todavía no coordinaba con elegancia sus largos miembros. Ella volvió a sonreír y se dirigió hacia la escalera.

Debajo, las mujeres reunidas la miraron sin dejar de murmurar por lo bajo. Tura alzó la cabeza y caminó entre ellas sin desviar la vista del frente. Cuando se hubo alejado, suspiró y relajó un poco el cuerpo.

Las casas por las que pasaba estaban en su mayoría vacías y eran

sumamente habitables. Se detuvo frente a una y se mordió el labio mientras la miraba.

—¿Por qué no? —murmuró.

Un grito la sacó de su ensimismamiento. Del otro lado de la calle, un hombre arrastraba a una mujer por el piso, tiraba de sus largos cabellos mientras ella trataba de ponerse de pie. Había un par más de hombres mirando, pero ninguno se movió.

Tura cruzó la calle.

—¡Ni se te ocurra! —gritó el hombre blandiendo el puño donde se enredaban los cabellos de su mujer.

Tura entornó los ojos.

—La estás lastimando.

—Ella es mi mujer, puedo hacer lo que quiera —le dio un tirón del pelo—; además ella es la que está en falta. ¿Dónde está mi comida, mujer? ¿Para qué trabajo todo el día si no tengo nada listo cuando vuelvo?

Tura vio que la mujer lloraba y no dejaba de acariciarse el vientre.

—¿Está embarazada?

—Siempre con esas excusas. —El hombre la pateó en el costado—. Deja de parir hijos, mujer, ¿cómo se supone que voy a darles de comer a todos?

—¿Acaso eso no es también tu culpa?

El hombre se acercó a Tura y se irguió en toda su altura, le sacaba más de una cabeza a la muchacha. Los otros dos hombres que seguían allí no dejaban de mirar desde lejos. Aunque los gritos habían atraído a otras mujeres.

—Ella es la que debe cuidarse, eso es cosa de mujeres, ¿para qué, si no, va a la sanadora?

—Eres un imbécil —decidió Tura y se agachó para acercarse a la mujer.

—¡Ni hablar! —Él dio un brusco tirón y arrastró a su mujer por el suelo hasta dejarla detrás de él—. No te le acerques, no eres más que otra puta.

Tura se quedó tiesa en el momento. Apretó las mandíbulas, las manos en puños. Miró al hombre de arriba abajo. Él sonrió, observándola desde arriba. La mujer seguía sollozando en el piso.

—¿O no es cierto? —Sonrió—. Eres la puta del príncipe.

Tura respiró lentamente y volvió a mirar a la mujer, que no dejaba de gemir. Se irguió ante el hombre.

—Tú no sabes nada de mí.

—Sé todo lo que se comenta.

—Lo que es lo mismo que nada. Déjala, la estás lastimando; si sigues así, podría perder el bebé.

—Por lo que me importa, ya tengo demasiados. Y ella no es tema tuyo, ¿por qué no sigues tu camino? Se dice que el príncipe está en la muralla, tratando de hacerse hombre.

—No le faltes el respeto.

El hombre rio con fuertes carcajadas.

—Una puta hablándome de respeto.

Tura miró a su alrededor, encontró una piedra medio suelta de la calle. Se agachó con rapidez y no esperó a apuntar, directamente la tiró sobre el hombre. La piedra apenas le rozó el pecho, pero cayó con fuerza sobre el pie. El hombre pegó un alarido y soltó a la mujer para sostenerse el pie.

Tura se agachó para levantar a la mujer, que no paraba de llorar. Otras cuatro manos aparecieron para ayudarla. Tura levantó la vista y vio a dos mujeres mayores, con las cuales solía cruzarse cuando lavaba la ropa, que estaban a su lado colaborando.

—Vamos, muchacha —dijo una de ellas—, no tenemos mucho tiempo hasta que reaccione.

Entre las tres, lograron ponerla de pie y alejarla de su marido. El hombre ya se había repuesto, pero cuando intentó seguir las, se encontró con que los otros dos al fin se habían puesto en acción y en ese momento le obstruían el camino.

Una de las mujeres las guio hacia una casa cercana. Era pequeña y contaba con una sola habitación además del comedor. Llevaron a la mujer hasta la cama.

—Iré a buscar a la sanadora —declaró la señora que había hablado con ella.

La otra fue a la cocina. Tura se sentó al lado de la desdichada, que ahora gemía por lo bajo. Estiró el brazo con timidez y apoyó una mano temblorosa sobre su hombro.

—Todo va a estar bien —susurró.

—¿Qué estás haciendo? —La mujer había vuelto con un bol con agua y varias toallas.

—Nada. —Tura se puso de pie y se alejó de la cama.

La mujer la miró con suspicacia. Entonces Tura notó que también era una de las que había estado hablando al pie de la muralla. Sus mejillas

enrojecieron.

—Será mejor que te vayas —la mujer le había dado la espalda mientras cuidaba de la otra—, ya no hay nada que puedas hacer aquí.

Tura apretó los labios y se le endureció la mirada. Salió sin contestarle. Fuera de la casa, había un grupo de mirones que le abrieron paso en un incesante murmullo. El marido de la mujer no se veía por ningún lado. Tura se apresuró a alejarse de allí.

Cuando las calles estaban despejadas otra vez, aminoró el paso y volvió a observar las casas vacías a su alrededor. Se paró frente a una y, después de mirarla atentamente, entró con decisión y cerró la puerta.

Esa noche, Guifré la esperaba en el patio de armas. Estaba lo suficientemente oscuro como para que no se reconociera a las personas a primera vista y además el príncipe había dado órdenes de dejarla pasar.

Tura se apresuró a llegar a su lado, reprimiendo una sonrisa. Guifré la hizo entrar por una pequeña puerta de servicio cerca de las caballerizas.

—Por aquí —la guio apoyando una mano en su espalda—, antes de que nos vean.

—¿A dónde vamos?

—A las mazmorras.

Fueron casi al trote hasta el cuarto donde estaba el mago, concentrado en la lectura de un libro.

—¿Jaume? —llamó Guifré a la vez que entraba en la habitación.

—Ah, muchacho, qué suerte que estás aquí. Esto es muy interesante.

Guifré se acercó, seguido de Tura.

—Miro esto, aquí dice... —El mago se detuvo al ver a la muchacha.

—Podemos confiar en ella —dijo Guifré.

—Guifré me enseñó a leer —explicó Tura irguiendo la cabeza— y sé algunas invocaciones, mi madre..., mi familia...

—¿En serio? —preguntó el príncipe.

Ella se encogió de hombros.

—Magia de mujer —descartó el mago—, sirve para curaciones menores, pero carece de verdadero valor.

Tura apretó las mandíbulas.

—Puedo leer más de un idioma.

—Es muy capaz —intercedió Guifré— y de confianza. Ella rescató los cubos y me los trajo —enrojeció—, yo casi los olvido.

—Había mucho para ver ese primer día y el entusiasmo puede hacernos un poco distraídos. —El mago miró a Tura de arriba abajo—. Bien, muchacho, es tu decisión, yo confío en ti y si esto se hace público antes de lo debido...

—No sucederá. —Se envaró Guifré.

Tura miró de uno a otro y sacudió la cabeza ante la reacción de Guifré.

—Bien, dejémoslo así. —Jaume sacó su pañuelo—. Lee esto que encontré aquí y dime qué piensas.

Guifré tomó el libro que le ofrecía Jaume y se encorvó sobre él. Luego de unos minutos de silencio, levantó la vista.

—No sé, puede ser, pero hay muchas cosas que no cierran.

—Sí, sí, muchacho, aunque es una posibilidad, algo por donde comenzar. Si no, estamos totalmente perdidos.

—¿Qué es exactamente lo que están haciendo aquí? —inquirió Tura mientras caminaba alrededor del cuarto.

Guifré y Jaume intercambiaron una mirada y el mago asintió. Se secó la frente con el pañuelo y colocó la pequeña gárgola sobre la mesa. Ejecutó el hechizo con la celeridad que otorga la práctica.

—¿Cómo? —dijo Tura al ver la miniatura moverse.

—Es una clase de magia rara —explicó Jaume—, que estoy tratando de descifrar.

—¿Pero te das cuenta de lo que significa? —preguntó Guifré.

Tura volvió a revisar el cuarto antes de contestar. Una gárgola de tamaño completo estaba en una esquina de la habitación.

—Eso explicaría por qué hay tantas en la muralla—murmuró.

—Exacto —dijo Guifré y siguió la mirada de la muchacha—. Eh..., Jaume, ¿cómo llegó eso aquí?

—Ah, eso, siempre estuvo ahí.

—No recuerdo...

El mago se rascó la frente.

—Ah, claro —señaló una tela raída que yacía en el piso—, cuando saqué esa manta que cubría una parte de los estantes, la tapé por accidente. No lo recordé hasta después. Ahora me evita tener que ir a la muralla cada vez que quiero hacer una prueba.

—¿Y? —dijo Guifré acercándose a la gárgola.

—Nada —el mago se sentó en una de las sillas—, nada de lo que funciona en la miniatura funciona en ella.

—¿Qué hay de los cubos? —indagó Tura.

—¿Qué hay con ellos? —consultó Jaume.

—Tienen símbolos como los que están grabados en la gárgola —dijo ella mientras giraba la miniatura entre sus dedos.

—¿Crees que no lo habíamos notado?

Guifré le dirigió una mirada y se colocó entre el mago y Tura.

—Ya lo revisamos, pero no son los mismos —le extendió un libro—, aquí están escritos algunos de ellos, pero todavía no hemos podido traducirlo.

Tura miró las páginas con el ceño fruncido, luego volvió a centrarse en la miniatura.

—¿Puedo intentarlo?

—No lograrás nada.

—Entonces, ¿por qué te molesta que pruebe?

—Jaume..., tal vez —se encogió de hombros el príncipe—, quién sabe.

—No funciona así la magia de mujer, muchacho. —Sacudió la cabeza—. De todas formas, estaba pensando en tomar un descanso. Ustedes pueden husmear un poco, siempre y cuando no rompan nada.

Guifré sonrió, el mago se puso de pie y se acercó a Tura.

—Esto es lo que debes hacer.

Una hora después, Tura se cansó de intentar que la miniatura se moviera y se puso a jugar con los cubos. Inconscientemente, repetía las palabras que le había dicho Jaume y las que estaba tratando de traducir Guifré. Cayó en un ritmo antes de darse cuenta. Los cubos en sus manos comenzaron a moverse en determinado sentido mientras ella tenía la mirada desenfocada.

—¿En qué piensa?

Tura pegó un salto.

—En nada, solo que parece que pasó mucho tiempo desde que llegamos, ya no estamos en un campamento en las laderas sino... aquí.

—Sí —sonrió Guifré—, está sucediendo bastante rápido. Aunque me alegro de abandonar el campamento, creo que ya no podía ver más esos carromatos.

—Ni yo —murmuró con fervor Tura y apretó los cubos, que no dejaba de girar entre los dedos.

Guifré la observó perderse otra vez en sus pensamientos. Jaume estaba inmerso en los suyos, cuando un golpe los despertó a los tres.

Todos miraron hacia una de las esquinas de la habitación. La gárgola dio un paso y levantó la cabeza, sus ojos de piedra se clavaron en Tura.

—¿Cómo...? ¿Qué...? —Jaume se puso de pie con el pañuelo en la mano.

La gárgola avanzó otro paso.

—¿Tura? —Guifré se acercó a ella—. ¿Cómo lo hiciste?

—Yo... no sé..., solo... —Miró los cubos en sus manos.

La gárgola volvió a moverse, dio varios pasos antes de que alguno pudiera reaccionar. Guifré trató de apartar a Tura, pero en ese momento la gárgola se inclinó a los pies de la muchacha.

—Dale una orden —sugirió Jaume.

—¿Qué?

—Es lo que está esperando, ¿no lo ves?

—Yo... no sé qué...

—¡Cualquier cosa, muchacha!

—Dile que ponga el libro que está en el piso sobre aquella mesa —propuso Guifré.

Tura respiró hondo y apretó los cubos en sus manos.

—Tú..., eh..., gárgola, toma ese libro —señaló al ejemplar de tapas negras cerca de los pies de la estatua— y ponlo sobre la mesa.

La gárgola agarró el libro, se irguió con agilidad insospechada y lo dejó caer de un golpe sobre la mesa, luego se quedó inmóvil. Tura dio un respingo.

—Increíble —dijo Guifré ajustándose las gafas.

Jaume revoleó el pañuelo, luego se volvió hacia Tura.

—Rápido, muchacha, dime qué fue lo que hiciste, antes de que se te olvide.

—Bueno, no sé muy bien, yo...

—Rápido, muchacha —insistió el mago y dio unos pasos hacia ella, la gárgola de un salto se interpuso en su camino.

—¡Cuidado! —exclamó Guifré.

Jaume se llevó el pañuelo a la boca y retrocedió con torpeza. La gárgola no se movió, mantenía la mirada clavada en el mago.

—¿Tura? —dijo Guifré.

—¿Qué quieres que haga? No sé controlarla.

—Obedeció tu orden y ahora te protege.

—Pero yo no le pedí...

—No importa, es lo que está haciendo, tal vez porque fuiste la que la despertó.

Tura respiró profundo otra vez.

—Gárgola, está bien, es un amigo.

La estatua de piedra no se movió.

—Vuelve a la esquina, no estoy en peligro.

La gárgola se giró y volvió a la esquina de la habitación, donde quedó inmóvil otra vez, con la vista fija en Tura.

—Sabía que podías hacerlo. —Sonrió Guifré.

Tura le correspondió con una sonrisa más tenue y dejó salir el aire.

—Bien, muchacha —dijo Jaume sin moverse de donde estaba y mirando de reojo a la gárgola—, ahora trata de recordar lo que hiciste.

Tura inspiró.

—Estaba repitiendo las palabras que me enseñaste, tenían un ritmo peculiar. No sé, las repetía por repetir...

—Eso no es sabio —opinó el mago.

Tura lo fulminó con la mirada.

—¿Solo eso? —preguntó Guifré.

—Sí, no, bueno, también recordaba algunas de las palabras que estabas estudiando tú y... estaba jugando con los cubos, los cambiaba de lugar. Al principio, tratando de formar palabras, después... fue como si giraran solos.

Tura se encogió de hombros. Jaume inspiró.

—Debe de haber sido una combinación de ambos, pero habría que saber la forma exacta en que ubicaste los cubos. Y las otras palabras que agregaste.

Tura miró hacia un costado y cambió el peso de un pie a otro.

—No lo habrás olvidado, ¿no?

—Es que... no estaba prestando atención.

—Ah —Jaume agitó el pañuelo y se cubrió la cara—, mujeres, por eso su magia no sirve, no tienen disciplina.

—Fue mi magia la que la despertó —Tura puso los brazos en jarra—, no la tuya.

—Solo tuviste suerte, muchacha.

—Paren un poco los dos —Guifré elevó las manos—, así no vamos a llegar a nada. Ahora sabemos que tu teoría es real, Jaume, y solo tenemos que encontrar la secuencia de símbolos.

—Hay infinitas combinaciones.

—Pero pueden relacionarse con las palabras, con el ritmo que lleva su

repetición.

—Tal vez —murmuró el mago.

—No sabía que eras capaz de hacer magia, menos de esta magnitud —le confesó Guifré a Tura, evaluándola.

—En realidad, yo tampoco. Como dije, solo había hecho unas invocaciones de curación como...

—Magia de mujer. —Suspiró Jaime y, con una ojeada a la gárgola, se acercó a la mesa.

—Esto cambia la situación —murmuró el príncipe.

Jaume bufó.

—Plebeyo, mago, a tu padre no le cae bien ninguno. —Jaume torció la boca al agregar casi para sí—: Y tú estás perdiendo tu foco, joven príncipe.

—¿De qué hablan? —Tura frunció el ceño.

—¡De nada! —Las orejas de Guifré enrojecieron, miró con recelo al mago—. ¿Cómo...? ¿Por qué...? —Sacudió la cabeza—. No importa ahora..., aunque a ti te tiene en estima.

Jaume rio.

—Me soporta, por ti, supongo, no le importa nada más que...

—¡Mi padre ama a su pueblo y él...!

—Calma, muchacho, retiro lo dicho, no fue una ofensa para tu padre, sino más bien una realidad de la situación de la chica y yo.

—¿De qué están hablando? —insistió Tura.

—De la situación de los magos, eh... en general.

Guifré apretó los labios, mas no continuó la discusión.

—Yo no soy maga —dijo Tura.

—Pero tienes magia —repuso el príncipe—, puedes servir en la corte del rey.

A Tura se le iluminaron los ojos.

—¿La corte?

—No es muy emocionante, muchacha —Jaume se sentó—, no te confundas. Lo que sí es claro es que, si puedes realizar este tipo de magia, no se te puede perder de vista. Ni siquiera a las sanadoras se les deja andar tan libremente, todas están registradas y cada tanto se lleva un censo.

—Lo sé —explicó Tura con un susurro—, así fue como descubrí que mamá lo era.

—Tu madre debe de estar en ese registro —continuó Jaime, que parecía no haberla escuchado—, ¿cómo se llama?

—Ella... ya no está.

—Lo lamento. —Jaume se movió incómodo en la silla—. Bueno, volvamos al tema que nos ocupa, alcánzame los cubos.

Tres noches después, Guifré corría por los pasillos hasta la habitación de su padre. Entró sin llamar y lo sacudió hasta despertarlo.

—Padre, esto es importante, debes venir conmigo.

El rey miró a su hijo desde la cama con dosel. Era grande y se elevaba sobre el piso como un pequeño cerro, lo suficiente para resultar cómodo a un hombre de casi dos metros, los cuales Ferran medía, aunque no se notara porque solía estar encorvado y también dormía en esa postura. En ese momento, estaba de lado y abrió los ojos para encontrar a su hijo arrodillado a su lado.

—Guifré, es más de medianoche y mañana debo levantarme temprano.

—Padre, no te molestaría si no estuviera seguro de que es sumamente importante.

Ferran suspiró y se incorporó. Salió de la cama con movimientos lentos. Se puso la bata y siguió a su hijo. El frío en los pasillos se agudizaba por las noches.

—¿Cuándo estarán esos tapizados en su lugar? —murmuró Ferran ajustándose la bata a su alrededor—. ¿A dónde vamos?

—No muy lejos. —Guifré iba varios pasos delante.

—No pienso salir de la torre vestido así.

—No hace falta. —Sonrió su hijo y dobló hacia la izquierda.

Ferran gruñó por lo bajo y caminó detrás de él. Al doblar la esquina, se detuvo de golpe. Habían llegado a la entrada de las mazmorras.

—¿Qué es lo que vas a mostrarme? —Frunció el ceño.

—Ya lo verás, te juro que no te arrepentirás de haberte levantado.

Ferran echó otra mirada a su hijo, observó las escaleras frente a sí y suspiró.

—Más vale que sea así de importante.

—Lo es. —Sonrió Guifré.

El olor a humedad en esos pasadizos era fuerte y espeso. No hacía tanto frío, pero el calor condensaba el aire y hacía difícil respirar. Guifré lo llevó hacia el final del pasillo principal, mucho más allá de las celdas vacías.

Llegaron hasta el cuarto que Jaume había reclamado para sí y Ferran entró primero.

—¿Qué es esto? —Miró desde la mesa llena de libros y frascos de colores hasta los estantes de la pared, igual de amontonados—. ¿Y qué hace ella aquí?

Tura se puso de pie y apretó las mandíbulas. Los cubos giraban entre sus dedos, detrás la gárgola se mantenía inmóvil.

—Ya lo verás —se apresuró a decir Guifré—, déjame que te explique.

—¿Qué es esta habitación?

—Parece ser que fue el cuarto del hechicero del reino, señor —explicó Jaume—. Lo encontré poco después de mudarnos al castillo.

—Padre —Guifré se frotó—, por favor, deja que te cuente.

—Soy todo oídos —dijo el rey y se sentó en una de las sillas libres.

—Verás —Guifré se acercó al mago—, ¿recuerdas que Jaume estaba investigando las gárgolas?

—Porque parecían contener magia —asintió Ferran.

—No parecen, mi señor —sonrió Jaume—, la tienen.

El rey miró a la gárgola que estaba en la esquina. La mole de piedra tenía la mirada fija y una mueca perpetua de furia que parecía estar clavada en Ferran, este apartó la vista.

—Así que al final descubriste su secreto, mago.

—Eh, señor —se irguió Jaume—, en realidad...

—Lo hicimos entre todos —comentó Tura cruzándose de brazos.

El rey clavó su mirada en ella.

—Tú eres una mujer.

—Eso ya lo había notado. —La sonrisa de Tura fue leve y sus ojos se endurecieron, mientras los mantuvo fijos en el monarca.

—Y bastante irrespetuosa. —Las mandíbulas de Ferran se tensaron.

El silencio los envolvió con más fuerza que el vaho proveniente de las mazmorras cercanas.

—Padre, por favor, deja que terminemos de explicarte.

Guifré reclamó la atención de su padre y Ferran se volvió hacia él con pesadez.

—Bien, las gárgolas tienen magia, ¿eso no podía esperar hasta la mañana?

Jaume y Guifré intercambiaron una mirada.

—No, señor —dijo el mago—, todavía no he descubierto por qué, pero

solo parece funcionar de noche. Hemos estado trabajando como locos estos últimos días.

Ferran inspiró y al momento hizo una mueca al recordar dónde estaba. Se acomodó en la silla con una postura tiesa y ligeramente encorvada.

—Espera a ver lo que hace —agregó Guifré—. ¿Tura?

La muchacha asintió y se volvió hacia la gárgola. Con los cubos girando en sus dedos, murmuró el hechizo por lo bajo y luego dijo:

—Avanza dos pasos hacia mí.

La gárgola se desperezó con fuerza y obedeció la orden, quedó inmóvil frente a Tura. Ferran casi se cayó de la silla, Guifré sonrió.

Tura señaló una vieja espada que habían llevado al cuarto esa tarde.

—Rómpela.

La gárgola la tomó entre sus garras y la partió en dos.

—Vuelve a tu esquina y descansa.

La mole de piedra obedeció.

—Y... ¿todas pueden hacer eso? —preguntó Ferran sin apartar la vista de la gárgola.

—Todas tienen los mismos símbolos grabados en ella —asintió Jaume.

—Y hay muchas —agregó Guifré.

—Un ejército —murmuró el rey.

Capítulo IV

—¿Qué tiene que ver la chica con esto? —Ferran se había puesto de pie y se había acercado, con cautela, a la gárgola.

Examinó a Tura en silencio antes de volverse hacia el hechicero. Ella negó con la cabeza cuando él no la veía.

—Eh —Jaume se limpió la frente—, parece ser la única, hasta el momento, a la que la gárgola le hace caso.

—¿Tú no puedes hacerlo, mago? —Ferran se envaró—. Pensé que las mujeres no poseían este tipo de poder.

Tura sonrió a espaldas del rey.

—Es una magia extraña, mi señor. —Jaume volvió a secarse la frente con golpes leves y repetidos.

Ferran se giró hacia la muchacha y volvió a evaluarla mientras se frotaba el mentón. Ella borró la sonrisa de su rostro y mantuvo la vista fija.

—Tal vez sería mejor que se mudara al castillo —propuso Guifré mordiéndose el labio.

—¿Con quién has hablado, chica?

—Con nadie.

—Señor. —Ferran entornó los ojos.

—Con nadie, *señor* —apretó los dientes Tura—, sé guardar un secreto.

—Ninguna mujer lo sabe y menos una...

—Padre.

Ferran suspiró y caminó por el cuarto hasta donde estaba su hijo. Se frotó los ojos e hizo otra mueca cuando volvió a inspirar demasiado profundamente y arrastró hacia sí el aroma de las mazmorras.

—Sí, es mejor que se mude aquí, donde estará vigilada hasta que el mago logre entender qué sucede.

—¿Vigilada? —Tura se agitó y la gárgola emitió un graznido arenoso.

—Padre, eso no es necesario, ella es de confianza, yo te aseguro...

El rey levantó la mano.

—Bien, bien, hablaremos en la mañana, ahora estoy cansado. No le contaremos esto a nadie —los miró a los tres— hasta que decida cómo proceder.

Sin más, abandonó la habitación. Sus pasos se oyeron por el pasillo, a

medida que se alejaba; sus pies más bien se arrastraban por la piedra y el ritmo era lento, como una brisa meciendo una hamaca.

Guifré le sonrió a Tura, quien seguía con el ceño fruncido.

—Irás bien, no te preocupes.

Tura asintió a regañadientes. Todavía no soltaba los cubos que tenía en las manos, ni dejaba de observar la puerta por la que se había ido el rey.

—Creo que será mejor que descansemos —sugirió Guifré mirando de uno a otro.

—Excelente idea —Jaume se limpió la frente por enésima vez y se guardó el pañuelo—, ya es casi de madrugada.

—Tura, ¿quieres que te acompañe hasta tu casa?

—No, gracias —dejó los cubos sobre la mesa—, estoy bien.

—¿Te parece si paso a buscarte a media mañana? —agregó cuando ella estaba a punto de salir.

Tura se detuvo en el umbral y se dio vuelta.

—No hace falta, yo puedo venir sola.

—Pero ¿tus cosas...?

—No son muchas. —Sonrió—. No te preocupes, Guifré, nos vemos mañana.

Salió de los calabozos por la primera entrada que le había mostrado el príncipe, la que daba a las caballerizas. Al principio les había parecido curioso que estuviera allí; pero si el cuarto que había encontrado Jaume realmente había pertenecido a un mago, no era de extrañar que contara con una salida extra. No había nadie allí a esa hora, por lo que pudo caminar tranquila hasta las puertas del castillo. El guardia de turno le hizo una leve señal al darle el paso.

Tura se internó en las calles de la ciudad. Aún estaban algo sucias, pero al estar medianamente empedradas eran mucho más transitables que las meras calles de tierra del pueblo vecino. Caminó hacia uno de los barrios con casas bajas. No había luces encendidas y no se escuchaban ruidos alrededor, excepto por unos pasos. Tura se paralizó.

Escudriñó a la redonda con los ojos entornados, solo había sombras y los pasos se habían detenido. Sacudió la cabeza y siguió avanzando. Entró en una de las casas más pequeñas y cerró la puerta tras de sí. Cuando prendió la vela que mantenía cerca de la puerta, oyó una respiración a sus espaldas.

Se volvió para encontrar a su padre desparramado en una de las sillas alrededor de la mesa. Maldijo por lo bajo. Avanzó con sigilo hasta su

habitación, tapando la luz de la vela. Una vez dentro, trabó el picaporte con una silla y buscó su bolso. No le llevó mucho guardar toda su ropa y pertenencias.

—¿Tura? —Sonó la voz quebrada de su padre.

Ella guardó el bolso bajo la cama y volvió al comedor, después de cerrar la puerta de su dormitorio.

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué hago? —Se limpió la baba de las comisuras de la boca—. ¿Qué haces tú viviendo sola en esta casa? Ninguna mujer respetable lo haría.

—Será mejor que te vayas. —Ella puso las manos a la cintura.

—Tú no eres nadie para darme órdenes. Y soy el que manda y se hace lo que yo digo cuando yo lo digo. —Se puso de pie y fue a la cocina—. ¿Tienes comida?

Tura apretó las mandíbulas.

—Te crees que todo se tiene que hacer a tu manera, pero eso se acabó, ya no vivo contigo y yo soy ahora la que decide.

El viejo río.

—Mírala a la niña, cree que tiene algún poder solo porque se acuesta con su principito... —Rebuscó entre las alacenas—. ¿Y la comida?

Tura inspiró y avanzó dos pasos antes de detenerse de golpe, pensativa.

—Fíjate en el mueble bajo —dijo tentativamente.

Escuchó los golpes de su padre contra las puertas y luego una exclamación de sorpresa y felicidad.

—¿Qué son estas botellas?

—No lo sé, ya estaban en la casa cuando la encontré.

—Las habrá traído alguno de los hombres que hospedas —comentó mientras trasteaba por la cocina, seguramente en busca de algo con que abrirlas.

—Imbécil —susurró Tura y volvió a su habitación.

Volvió a trabar la puerta con la silla y se tiró encima de la cama, boca arriba, sin quitarse los zapatos.

—Por suerte solo tengo que esperar a que te emborraches otra vez —murmuró.

Pasó el resto de la noche despierta, mirando el juego de sombras que la única vela en el cuarto creaba en el techo. Ni siquiera se cambió de ropa, apenas dormitaba unos minutos y abría los ojos cada vez que escuchaba un ruido del otro lado de la puerta.

Dos horas después, no se oyeron más que ronquidos, pero aun así Tura no se aventuró a salir de su cuarto. Sencillamente abría la puerta cada tanto, con cuidado, para echar un vistazo a la ventana. El cielo tardó años en clarearse. Cuando por fin lo hizo, Tura sacó su bolso de debajo de la cama y salió en puntas de pie, sin mirar atrás. Su padre seguía inconsciente.

Apenas unas horas después de que surgiera la idea, Tura estaba mudándose al castillo. Había salido tan temprano en la mañana que las calles estaban casi vacías, las recorrió con un paso lento y sin dejar de mirar alrededor. Eligió otro camino hasta el castillo, uno que la llevara por la mejor parte de la ciudad.

En una de las esquinas, casi tropezó con una pareja que estaba parada en medio de la calle. Se hacían arrumacos, totalmente ajenos a lo que sucedía a su alrededor. Tura bufó por lo bajo cuando tuvo que rodearlos, pero durante la siguiente cuadra, de vez en cuando daba una mirada atrás y finalmente se abrazó con fuerza al bolso que llevaba.

Guifré todavía estaba dormido cuando Tura llegó. Sin embargo, unos minutos después de haber sido avisado, ya correteaba de un lado a otro.

—¡Quédate quieto! —le dijo ella.

—¿Estás bien? ¿Tienes todo lo que necesitas? —Echó una mirada al único bolso que había llevado Tura.

—Estoy bien. —Se arremangó el vestido.

—¿Qué es eso? —Guifré señaló los moretones amarillentos que decoraban los brazos de la muchacha.

—Nada —gruñó y volvió a acomodarse las mangas.

—¿Tu padre...?

—Nada, Guifré, estoy bien.

—Pero si él...

—Ya no importa, ahora estoy aquí.

El muchacho se acercó a ella y la miró con seriedad.

—Sí, estás aquí, donde no tendrás que preocuparte de ese tipo de problemas.

Tura inspiró.

—Señor —dijo Neus desde la puerta—, me han dicho que me necesitaba.

—Sí, Neus, ven. —Alargó un brazo hacia su antigua aya.

Detrás de la mujer, entró una joven regordeta y de mejillas sonrosadas.

—Ah, Sonia..., eh...

—Roser, mi señor. —La muchacha inclinó la cabeza.

—Ah, sí, sí, Roser. Ella es Tura, ha venido a quedarse unos días en el castillo, con nosotros. Creo que puede usar esta habitación, está desocupada.

—Señor —dijo Neus con los labios apretados—, debió avisarnos antes, este cuarto no está listo.

Guifré miró alrededor.

—Se ve bien, habría que agregar unas sábanas y unas cortinas.

Neus negaba con la cabeza.

—Estoy bien —aseguró Tura—, no necesito mucho.

Neus la miró con ojos entornados.

—En la habitación de mi Roser hay una cama de más, tal vez...

—No —la interrumpió Guifré—. Tura es mi invitada.

—Como usted diga, señor, pero tendremos que adecuar la habitación. No es un dormitorio adecuado para —dudó— una señorita.

—Pues todavía falta para la noche. ¿Crees que lo tendrías listo para entonces?

—Sí, mi señor. —Neus hizo una reverencia—. ¿Algo más?

—Eh..., sí —se le enrojecieron las orejas—, tal vez podamos prestarle algo de ropa.

—¡Guifré! —exclamó Tura.

Neus bufó y Roser se cubrió la boca.

—Mi príncipe —dijo entre dientes Tura—, le puedo asegurar que no es necesario.

—Vamos, Tura, solo son un par de vestidos, nos quedaron de algunas damas de la corte que ya... no están.

—Pero estoy bien —repitió ella.

—La señorita haría bien en aceptar, las ropas de la corte son algo... diferentes a lo que está acostumbrada.

Tura miró al aya, pero esta mantenía el rostro impassible.

—Queda arreglado, entonces —concluyó Guifré con una sonrisa—. ¿Qué tal si dejo que, eh..., te pongas cómoda y luego regreso a buscarte para mostrarte, eh..., el lugar?

—Como desee, mi señor —dijo Tura y se concentró en sacar la poca ropa que había llevado en su bolsa.

Guifré asintió y dejó a las mujeres solas en la habitación. Neus observó a Tura. La aya aún no se había movido del lugar en que se había parado al entrar.

—¿Necesitas algo? —preguntó la joven sin mirarla.

—Soy yo quien está para servirla, joven. —La voz era tensa y seca.

Tura levantó la vista.

—Pues no necesito nada por el momento.

Neus echó una ojeada a los vestidos que Tura había dejado en la cama y apretó los labios cuando vio los pantalones.

—Roser se quedará a tomarle las medidas, regresaré en un momento para arreglar la habitación.

—Como quieras.

Neus se retiró después de lanzar una mirada a su hija. Apenas se fue su madre, Roser se acercó a Tura.

—Hola, ¿cómo llegaste aquí?

—¿Disculpa?

—No eres de la corte ni de ninguna de las familias adineradas. Y las pocas que quedan ya ni se acercan al castillo. Creo que están más preocupadas por volver a conseguir dinero y aquí no lo van a lograr.

—Eso no es de tu incumbencia.

—¿Lo de las familias? —rio—. Eso lo saben todos los criados.

—No me refería a eso.

—¿Entonces cómo conociste al príncipe? Hace días que te veo, pero nadie sabe cuándo comenzaste a tratar con él.

Tura puso los brazos en jarra y se quedó en silencio, Roser se encogió de hombros.

—Solo tenía curiosidad.

Rebuscó en sus bolsillos y sacó un centímetro. Tura frunció los labios.

—Una de mis obligaciones es la costura, así que siempre ando con uno a mano. Aléjate de la cama y párate derecha.

Tura obedeció con movimientos pausados y tensos. Roser revoloteó a su alrededor mientras tomaba las medidas y tarareaba por lo bajo.

—Ya está —dijo después de pocos minutos—. Tienes un cuerpo muy bonito, creo que no habrá problemas en encontrar muchos vestidos que te queden bien.

Tura suspiró y volvió a sus pertenencias.

—No creo que quiera usar vestidos de mujeres que...

—A mí no me molestaría —comentó Roser sentándose en el colchón desnudo—. Además, no solían usarlos más de una o dos veces, es un desperdicio.

Tura miró a la muchacha que descansaba en la cama y se mordió el labio. Siguió sacando sus pertenencias y las llevó todas al armario. No tenía más que un peine y un broche para dejar en el tocador.

—¿Quieres que te consiga un cepillo? —dijo Roser.

—No, no me hace falta.

Roser rio.

—A todas las mujeres les hace falta un cepillo, ¿cómo manejas tu pelo si no? ¡Encima con todos los rulos que tienes!

Tura se acarició la trenza casi deshecha que caía sobre uno de sus hombros.

—Simplemente lo recojo.

Roser enredó su lacio pelo en un dedo.

—A mí me gustaría tener rulos, sería más interesante que esto —dijo soltando su cabello con un suspiro.

Se quedaron en silencio un rato. Tura miró hacia la puerta y de vuelta a Roser, que seguía en la cama.

—Y... eh, ella era tu madre, ¿no?

—Sí, mamá también nació y se crió en el castillo. Fue la aya del príncipe y creo que en cierta forma todavía lo es porque aún sigue regañándolo. —Roser rio—. Se suponía, bah, se supone que yo también seré la aya de los hijos del príncipe, para eso me educaron, bueno, más o menos. Pero el príncipe todavía no se casa, no es que sea asunto mío, pero mi mamá cree, ella bueno, piensa muchas cosas, pero yo..., eh..., en realidad a mí me gustaría... —Se quedó con la mirada perdida.

—¿Qué? —Tura frunció el ceño.

—Oh, no es nada, solo un capricho, pero la verdad, si pudiera elegir, me gustaría...

—¿Qué haces todavía aquí? —dijo Neus desde el umbral, la acompañaban dos criadas que traían la ropa de cama y unas delgadas cortinas.

Roser se puso de pie.

—Mamá, creí que tenía que quedarme para ayudarte con la habitación.

—No, niña —suspiró—, ve por los vestidos y luego regresa a tus deberes, que el rey está esperando que repares unos pantalones suyos.

—Sí, mamá, por supuesto.

Roser abandonó la habitación con una última mirada a Tura. Neus le dio unas órdenes a las criadas.

—No es necesario que te quedes aquí, joven —dijo mirando a Tura.

—¿Y a dónde quiere que me vaya?

Las mujeres se miraron por un momento y luego Neus se encogió de hombros y volvió a centrarse en las criadas. Tura se acercó a la ventana. La habitación que le había dado Guifré estaba en el segundo piso del castillo, con vista al patio. Arriba quedaba un solo piso y era todo del rey. La habitación de Guifré estaba en la otra punta de la misma planta que ella. Tura sonrió.

—Debemos colocar las cortinas —indicó Neus detrás de ella.

Tura pegó un salto y se alejó con una mueca. La habitación era enorme, por sí sola más grande que la casa en que había vivido, y la cama era lo suficientemente amplia para que cupieran tres personas. Tura se sentó y rebotó en el colchón.

—¿Te gusta?

Tura se volvió hacia la entrada, Guifré sonreía desde el umbral.

—Es perfecto. —Le devolvió la sonrisa.

Guifré le tendió la mano.

—Ven, te mostraré dónde está todo. —Miró a su aya—. Neus.

—Sí, señor. —La mujer dejó lo que estaba haciendo e inclinó levemente la cabeza mientras mantenía los dedos entrelazados sobre su delantal.

—Cenaremos a las seis, en el comedor.

—Sí, señor. —La voz era sutilmente tensa y formal—. ¿El rey también?

—Sí, mi padre y Jaume nos acompañarán.

—Bien, señor, avisaré a la cocina.

—Gracias. Ven —dijo Guifré tirando de la mano de Tura.

El piso en el que estaban estaba casi despoblado, solo Guifré, Jaume y ella ocupaban habitaciones, quedaban cuatro vacías. Toda la primera planta estaba deshabitada. En la planta baja estaba el comedor; la sala real, con la sala de consejo al lado; la biblioteca y habitaciones más pequeñas disponibles. En dos de ellas dormían Neus y su hija, y otra pertenecía a Biel.

—El resto del personal está en la otra torre —explicó Guifré y la llevó a la biblioteca.

Tura recorrió los estantes con los pocos libros dispersos.

—Ya estoy haciendo gestiones para conseguir otros. —Guifré revoloteó alrededor de Tura.

—Estoy segura de que sí —dijo con su risa entrecortada—. ¿Ya terminaste con la organización de los civiles?

—Sí, eh..., casi. Se suponía que era para limpiar las murallas de escombros y de gárgolas, pero... —sonrió— ya sabes.

Tura enarcó las cejas.

—Pero todavía hay algunos temas de los cuales ocuparse y Acai...

—Ya te dije que deberías hacer algo con él.

—No hay problema. —Guifré le dio la espalda y revisó algunos libros—. Está bien, no hizo nada malo, es solo que yo... —Se encogió de hombros.

Tura le puso una mano en el hombro.

—Serás un buen rey, Guifré, lo sé.

El muchacho se irguió y se le enrojecieron las orejas. En un movimiento que parecía involuntario se acomodó las gafas e intentó ordenar su cabello.

—¿Cómo puedes saberlo? —balbuceó con la voz entrecortada.

—Porque te conozco. —La voz de ella sonaba calmada y segura.

Él se dio vuelta y la miró con intensidad. Escrutó su rostro con ojos bailarines, que recorrían cada trazo de la cara de la joven.

—Tura..., yo..., tú... ¿querrías...?

—Guifré. —Sonó la voz de su padre en el pasillo—. Guifré, ¿dónde estás?

El príncipe cerró los ojos y suspiró.

—Aquí, padre, en la biblioteca.

Esa noche estaban de nuevo en las mazmorras. Apiñados en el cuarto del hechicero: Tura, Guifré, Jaume, el rey y Biel. Este último dijo:

—¿Qué es lo que puede hacer un mago? Se supone que la verdadera magia de guerra desapareció hace un tiempo y aun entonces hacían falta varios magos para realizarla.

Jaume retorció el pañuelo entre sus manos.

—Hay muchas cosas sobre la magia que aún no se saben, inclusive por parte de los magos.

—Por eso es tan difícil depender de ella, es inestable.

—Sin duda, capitán —dijo el rey—, pero estoy seguro de que esto le hará cambiar de opinión, o al menos querer hacerlo.

Ferran hizo una seña al mago, quien a su vez dirigió su mirada a Tura. Ella se volvió hacia la esquina de la habitación. Mantenía los cubos apretados

entre las manos.

—Da tres pasos hacia mí y alza los brazos.

La gárgola despertó con un sonido arenoso y caminó hacia Tura. Elevó los macizos brazos por sobre su cabeza y se quedó en esa posición. Todos se volvieron a mirar al capitán, quien por fin mostraba una emoción en su impassible rostro.

—¿Siempre pudiste hacer eso? —Se volvió hacia Jaume.

—Eh... ejem, en realidad...

—No es él —dijo Ferran con un gesto de la mano—, son estas gárgolas y la magia que hay en este lugar. —Torció el gesto—. Aunque en verdad es la chica la que la controla.

—¿La chica? —Biel se volvió hacia Tura.

—La chica tiene un nombre —refunfuñó ella.

Ferran le clavó la vista, Tura bajó la mirada y apretó los puños.

—Señor —agregó.

—Es Tura —dijo Guifré—, ella pudo despertarla.

—Jaume —interrumpió el rey—, ¿aún no encuentras un modo de hacerlo tú?

El mago se limpió la frente con su pañuelo.

—Eh, no, no aún, mi señor. Puede que esté relacionado con que ella la despertó por primera vez y así se estableció un vínculo.

Ferran suspiró.

—Debes apresurarte, quiero saber si podemos contar con esta gárgola, si podemos despertar a las demás.

—Lo hemos intentado, padre, pero esta es la única que funciona.

El rey se frotó las manos contra las piernas. Se volvió hacia su capitán.

—Bueno, de todas formas, aquí tienes algo con lo que trabajar, es un refuerzo al ejército, ¿no?

Biel asintió y luego se dirigió a los otros tres:

—¿Qué más puede hacer? ¿Cuál es su nivel de movilidad?

Tura se volvió hacia la gárgola.

—Salta sobre ese banco.

La estatua tomó impulso y cayó con estrépito sobre la banca de madera, que quedó destrozada. La mesa aledaña tembló y las garras arañaron las rocas del piso.

—Impresionante —declaró Biel—, no esperaba tanta rapidez en algo hecho de piedra.

—Eso es lo fascinante —Guifré se acomodó las gafas—, es como si la piedra tuviera la ductilidad de la carne, pero a la vez mantiene su dureza.

—Sí, admirable —dijo el rey—, aunque sería útil si pudieran ser controladas por gente con experiencia en combate y si hubiera más.

—Con un poco de tiempo, padre, estoy seguro de que podremos descifrar... —Se calló cuando vio la mirada que cruzaron Biel y su padre—. ¿Qué sucede?

El capitán echó una mirada a Tura.

—Habla —indicó el rey—, ella está obligada a ser leal al reino.

Tura apretó los dientes e inspiró, los dedos no dejaban de dar vuelta a los cubos. Biel asintió con un movimiento seco.

—Los últimos informes indican que el enemigo ha sido visto cerca del pueblo vecino. Ya no hay duda.

—¿Cuándo? ¿Cuántos? —El príncipe se irguió.

—Ayer y el día antes, por lo menos cuatro personas lo atestiguan.

Guifré apoyó los puños sobre la mesa.

—¿Un ejército? —preguntó Jaume—. ¿O exploradores?

—No podemos estar seguros, pero creo que es el primer caso. Nunca se fueron realmente. Además, también han reportado falta de animales y provisiones que tenían guardadas para el invierno.

—Esto es importante, mago —dijo Ferran—, todavía no tenemos una posición fuerte aquí y esta magia podría marcar la diferencia.

—Le aseguro, señor, que hago todo lo posible...

—Aun así —indicó Biel—, una sola de ellas sería de mucha ayuda. —Miró de arriba abajo la gárgola que seguía inmóvil—. Habría que probar sus movimientos y habilidades.

—Bien —dijo el rey—. Muchacha —Tura se mordió el labio—, seguirás las indicaciones del capitán. Tú, mago, quiero que no te ocupes de nada más que este tema.

Se puso de pie y se dirigió a la puerta.

—Comenzaremos a primera hora de la mañana —precisó Biel, levantándose a su vez.

—Eh... —Tura miró a Guifré.

—Hay un pequeño problema —Guifré frunció los labios—, no hemos podido despertarla durante el día aún.

—¿Qué? —Ferran, que ya estaba en el umbral, se volvió—. ¿Todavía no pudieron solucionar eso tampoco?

—Bueno —Guifré se frotó la nuca—, estamos trabajando en ello y solo pasó un día desde que...

El rey exhaló y apoyó una mano sobre el marco de la puerta.

—Esto no va a funcionar.

—Si me permite, señor —se adelantó Biel—, creo que igual deberíamos explorar esta opción. Los días son más cortos ahora que se acerca el invierno y, a menos que ataquen de mañana, podríamos aguantar y dilatar la batalla durante unas horas, si se demuestra que esta gárgola vale la pena.

Ferran estudió con la mirada a su capitán.

—¿Estás seguro?

—Tendría que probarla, como dije, pero creo que sí.

—Está bien —suspiró Ferran—, no creo que se pierda mucho intentando. Pero no quiero que se desentienda de la preparación del ejército y las defensas.

—Por supuesto que no, señor.

El rey los dejó solos y Biel, luego de acordar el horario y el lugar en el cual se reunirían, también abandonó las mazmorras. Cuando salió al pasillo, respiró profundamente, miró alrededor y... vio una sombra que se movía. Se acercó con sigilo.

—¿Necesita algo, señor? —consultó Biel al detenerse al lado del duque. Acai se giró lentamente y miró al capitán de arriba abajo.

—No, solo estaba caminando por aquí, por si, de casualidad, tenía la suerte de encontrar a mi primo —remarcó las últimas palabras.

—¿A esta hora? —El capitán enarcó una ceja.

—¿Es muy tarde? —Sonrió Acai—. Como está empezando a oscurecer más temprano, a veces confundo un poco las horas.

Biel frunció el ceño.

—Si necesita hablar con el rey, puede solicitar una audiencia.

—Audiencia —Acai lanzó una risa que pareció un ladrido—, nada tan formal, solo quería comentar asuntos de familia.

—De todas formas, bastaría con que se anunciara para que le ahorráramos el trabajo de buscar al rey por su cuenta.

Biel se mantenía enfrente de él, sin moverse de su camino. Acai esbozó una lenta sonrisa.

—No es trabajo, me gusta pasear por el castillo.

Biel miró las paredes de piedras flojas y llenas de moho, las brisas de aire congelado y punzante se filtraban por todos lados. El suelo estaba

desgastado y resbaloso. No había adornos de ningún tipo y apenas tenía iluminación.

—Sin dudas es un lugar acogedor —consideró el capitán sin inmutar el gesto—, pero es difícil admirarlo a estas horas. Además, aún está en reparaciones y no quisiéramos incomodar a nadie con el ir y venir de los trabajadores. Otra de las razones por las cuales es mejor recurrir a citas acordadas.

—Por supuesto —sonrió el duque—, no quisiera inquietar a nadie.

—¿Quiere que vea si el rey todavía está despierto?

—No —el duque se volvió y comenzó a alejarse—, creo que hablaré con él otro día. Después de todo, no era nada urgente.

Biel lo observó hasta que desapareció al final del pasillo. Miró las paredes a su alrededor, escudriñó cada recoveco y luego se desvió hacia donde se hallaba apostado el guardia de turno.

Capítulo V

El entrenamiento con Biel resultó ser agotador. No solo tuvieron que buscar otro lugar discreto que no fuera el pequeño cuarto en los sótanos, sino que se llevó a cabo durante la noche, cuando habían estado toda la jornada tratando de descifrar el vínculo de la gárgola con Tura, de intentar usarla de día y de buscar cómo despertar a las otras. A lo que se agregó descifrar las frases de los cubos, que solo repetían sin entender.

—¿Qué son esos cubos? —preguntó Biel señalando las manos de Tura.

—Son lo que me permite darle órdenes —dijo ella.

—¿Y no probaron sosteniéndolos ustedes? —consultó el capitán al mago.

—¿Crees que somos estúpidos? —bufó Jaume—. Por supuesto que lo hicimos, fue lo primero que intentamos.

—Me refiero a que ella las active y luego...

—Lo hicimos.

—¿Y si ella sostiene unos y...?

—Lo hicimos también —señaló esa vez Guifré.

—Capitán —el mago se sentó en una silla que había llevado para él—, le puedo asegurar que ensayamos todas las formas, las más obvias y las más complejas.

Biel frunció el ceño.

—¿Cuál puede ser el motivo?

—Eso es obvio —dijo Guifré—. Lo que no sabemos es por qué ni cómo cambiarlo.

—Y ¿cuál es ese motivo? —El respeto impregnó la voz del capitán—. Si puedo preguntar, mi señor.

—Soy mujer —indicó Tura con sequedad y se volvió hacia la gárgola—. ¿Qué quiere que le ordene?

El capitán inspiró.

—Dile que corra de un extremo a otro, varias veces, lo más rápido que pueda.

Los pasos de la gárgola sacudieron el establo y levantaron en el aire los restos de heno esparcidos por el piso. Corrió de un lado a otro, tres veces, antes de detenerse por completo. El capitán asintió.

—Es rápida. Dile que salte lo más alto y lo más lejos que pueda.

Horas después Biel siguió dando instrucciones que Tura transmitía entre bostezos. Guifré se había sentado en el suelo al lado de la silla de Jaume, quien había llevado un libro y estaba concentrado en él. El capitán había fruncido el ceño, pero Guifré insistió en que no necesitaba una silla para él.

—Suficiente —declaró Biel quitándose el saco y desenfundando la espada—. Dile que se defienda.

—¿Qué? —dijo Tura restregándose los ojos.

—Que se defienda —repitió Biel a la vez que embestía a la gárgola.

Jaume levantó la vista cuando escuchó el primer golpe. Después de media hora, un Biel sudoroso y falto de aire se detuvo y le hizo una señal a Tura.

—Déjame descansar un poco e intentaremos una cosa más.

—Capitán —Guifré le acercó un poco de agua—, creo que es suficiente por hoy.

—Solo una prueba más, señor. Es importante que avancemos lo más rápido posible.

—También es importante descansar.

Biel asintió.

—Solo una prueba más —repitió.

Jaume cerró el libro y se levantó para colocarse al lado de Guifré.

—¿Estás bien? —le preguntó este último a Tura.

—Sí —asintió ella—. Estuve pensando. Fue raro encontrar estos cubos en una de las casas, ¿no crees?

—Sí —dijo Guifré—, y ni siquiera una de las casas más grandes, pero si huyeron, podrían haber quedado en cualquier lado.

—Eso es lo que me molesta, no creo que huyeran. ¿Por qué lo harían con semejantes guardianes? Además, todo parece demasiado ordenado como para que hayan escapado.

—Pudo haber sido una enfermedad la razón por la que emigraron —insinuó Jaume.

—Sí —Tura frunció los labios—, supongo que sí, pero esa teoría no me convence tampoco. ¿Enfermaron todos juntos, a la vez?

—Puede ser, así suelen actuar las plagas —dijo el mago distraídamente, ya que había vuelto a su libro.

—¿Y los cuerpos?

Guifré y Jaume se voltearon hacia ella al unísono.

—¿Dónde están? —continuó Tura—. ¿No deberíamos haber encontrado los huesos?

—Tal vez —repuso Jaume con lentitud—, tal vez los del pueblo...

—Ellos no vienen —negó Tura con la cabeza—, creen que la ciudad está maldita.

—Pudo haber sido hace mucho tiempo, demasiado para que queden restos.

—Y entonces, ¿por qué lo encontramos todo tan limpio?

Jaume se rascó la frente.

—Tienes razón —dijo Guifré—, es todo muy misterioso, creo que hay más secretos que las gárgolas. —Apretó los dientes—. Ahora no tenemos tiempo para tratar de averiguar lo que pudo haber sucedido.

—Puede ser —asintió Tura—, pero lo que estaba pensando es que tal vez deberíamos volver a revisar las casas: ahora que sabemos qué son los cubos, podemos estar más atentos a qué buscar.

—Estoy de acuerdo —sostuvo Biel, que se había acercado a ellos y miraba a Tura de manera apreciativa por primera vez—. Debería hacerse una búsqueda metódica y lo mejor sería usar soldados, hacen menos preguntas sobre las órdenes que reciben y —torció el gesto— en estas búsquedas no suelen poner demasiado interés en lo que buscan.

—Bien —Guifré se rascó la nuca—, entonces supongo que lo hablaré con mi padre.

Biel asintió y se volvió hacia Tura.

—Dile que ataque.

—¿Qué? —Guifré se adelantó—. Capitán, no puede, ¿acaso no ha visto lo que es capaz de hacer? No podemos arriesgarnos.

—Es necesario, debemos conocer su capacidad de ataque.

—Pero es demasiado arriesgado.

—No hay alternativa. —Se volvió a dirigir a Tura—: Dile que ataque, pero que no me mate ni me lesione. —Miró a Guifré—. Eso debería ser suficiente y —sonrió, algo extraño en su rostro— siempre tienen la opción de detenerla si ven que estoy perdiendo.

—Conforme —accedió Guifré—, aunque la detendré cuando me parezca apropiado.

Biel asintió, se acercó a la gárgola y se puso en posición. Tura dio la orden. Menos de diez minutos después, Guifré gritaba para suspender la pelea. Apenas se inmovilizó la gárgola, corrieron hacia el capitán. Biel

respiraba con esfuerzo, tendido de espaldas sobre el piso, la espada lejos de él, la ropa empapada y los brazos llenos de cortes.

—¿Capitán? —Guifré se arrodilló a su lado, Jaume le alcanzó el agua.

—Estoy bien —dijo Biel.

—Eso ha sido una locura.

—Tal vez —bebió un trago—, pero había que hacerlo.

—¿Y qué fue lo que aprendimos? —inquirió Jaume.

Biel sonrió por segunda vez en el mismo día en mucho tiempo a la vez que se incorporaba con lentitud.

—Sabemos que solo una de ellas marcará una diferencia, sobre todo si no saben que la tenemos.

—Eso es una ventaja de una vez —opinó Guifré poniéndose de pie también.

—Siempre es mejor que nada, señor. Además, cuando tengamos las otras...

Jaume tosió.

—Todavía no sabemos...

—Pero lo averiguarán, lo haremos. El reino, nuestro nuevo reino, depende de ello. Ya no podemos seguir huyendo —echó una mirada fugaz a Guifré—, ahora no estamos en condiciones.

Guifré se irguió y se le tensaron los hombros.

—Creo que es mejor que vayamos a descansar. Tura, ¿quieres que te ayude a guardar la gárgola?

—Eh, sí, gracias.

Se fueron a dormir al tiempo que el sol se elevaba por el horizonte, por lo que acordaron reunirse en la biblioteca recién luego del mediodía. Guifré la invitó a almorzar, pero Tura decidió comer en la habitación.

Al llegar a su cama, se quedó dormida antes de que Roser pudiera empezar a hablar y luego de que solo lograra sacarle los zapatos.

Se despertó con el aroma de la comida caliente que inundó su cuarto.

—Te ves terrible —dijo Roser, que estaba acomodando la bandeja en la mesa cerca de la cama.

—Más o menos me siento así. —Tura estiró los dedos de las manos y los pies, que estaban congelados.

Roser rio.

—¿Qué sucede?

—Tu pelo —se tapó la boca—, creo que tardaré días en desenredarlo.

Tura intentó apaciguar su cabellera, pero los dedos se le trababan por donde fuera que los pusiera. Lo único que logró fue sacar, a duras penas, la tira con la cual lo había atado el día anterior. Se acercó a la fuente con agua y se lavó la cara.

—Ahhh —gritó—, ¡está helada!

—Lo siento —se apresuró Roser—, es que la había calentado más temprano.

—No importa. —Tura suspiró y se sentó frente a la comida.

Cuando dio el primer bocado, sintió el tirón de pelo que le dio Roser.

—¿Tiene que ser ahora? —Frunció el ceño.

—Es que vamos a tardar mucho —rio Roser—, se me van a cansar los brazos.

Tura refunfuñó durante todo el proceso, aunque se terminó de comer todo lo que había en la bandeja. Entonces Roser fue en busca de un poco de agua caliente y la ayudó a lavarse y cambiarse. Cuando por fin estuvo lista, se dirigió a la biblioteca.

—Ah, Tura —se acercó Guifré con un sonrisa—, ya casi creí que iba a tener que dejarte una nota.

—¿Qué sucede?

—Nada, nada, solo unos temas que tengo que ver con mi padre, creo que no podré reunirme con ustedes hasta más tarde.

—Ah —dijo Tura con un vistazo a Jaime, quien no levantó la vista.

Guifré sonrió ante el evidente desánimo de Tura.

—Trataré de volver lo más pronto posible —prometió a medida que se acercaba a la puerta—. Hoy te ves muy bonita.

—Gracias. —Tura dudó un segundo antes de sentarse al lado del mago y luego despidió con una sonrisa a Guifré.

Jaime levantó la vista para observarlos con el ceño fruncido y murmuró algo por lo bajo mientras sacudía la cabeza.

—¿Pasa algo? —preguntó Tura.

—Nada, muchacha, solo tenemos mucho trabajo. —Jaime mantuvo la cabeza baja.

Durante la siguiente hora, Tura se paseó por todos los libros que estaban desperdigados por la mesa, sin leer más que un breve párrafo de cada uno.

—No estás siendo de mucha ayuda —dijo al fin Jaime.

—Estoy un poco cansada.

—Entonces ve a descansar, de nada sirve que mezcles los libros que

están en la mesa. —Suspiró.

—¿Estás seguro?

—Sí, sí, muchacha —gruñó—, vete.

Tura se levantó de un salto y salió de la biblioteca. Evitó a todas las personas que se cruzaron por el pasillo, en especial a Neus, y salió del castillo.

Se había acostumbrado a ir a las murallas a menudo. No había mucho que hacer allí, al menos no por parte de ella. Pero, a veces, para descansar de tanta lectura, caminaba por los adarves durante horas.

Esa tarde se quedó allí hasta que cayó el sol y entonces emprendió el camino de regreso al castillo, hacia los sótanos donde la esperaba más trabajo con Jaume.

El pueblo a su alrededor estaba cambiando, las casas se llenaban de gente y ruidos y risas y palabras. La gente estaba recordando lo que era la vida, más allá de la huida y el combate. Si bien la mayor parte del reino estaba vacío porque eran muy pocos, el área poblada parecía mayor debido al barullo.

Tura miró a las personas a medida que caminaba y ellas le devolvieron la mirada. Pronto a su alrededor, había personas en dos grupos, a cada lado. No la perdían de vista y hablaban en voz baja, en murmullos. Tura frunció el ceño y apretó el paso.

Un grupo de chicas jóvenes se rio y ella mantuvo la cabeza erguida, sin detenerse ni desviarse.

—No puedes evitar que te miren —dijo una mujer de mediana edad a su lado— ni que hablen de ti.

Tura se volvió. La mujer tenía un rostro serio, pero amable. Las ropas eran simples y prácticas. Era de la misma altura que Tura, sin embargo, parecía que la observaba desde más arriba.

—Eres especial.

—No soy lo que piensan.

—¿Y qué crees que piensan? —La mujer inclinó la cabeza.

Tura inspiró y miró alrededor, los murmullos no callaban, sino que se acrecentaron cuando la mujer le empezó a hablar. Tura vio que también la miraban a ella.

—¿Quién eres?

La mujer sonrió.

—Una mujer fuerte, como tú, especial —se inclinó hacia ella—, distinta.

—Tienes magia —susurró Tura—. ¿La curandera?

—Así es como prefieren conocerme —sonrió de costado—, pero tú sabes que podemos ser más que eso.

Los ojos de Tura se agrandaron.

—¿Cómo lo sabes?

—Si hay algo que corre rápido son los rumores, sobre todo en un pueblo chico. —Se encogió de hombros—. La gente necesita hablar de algo que los distraiga de la realidad.

Tura se mordió el labio.

—Pero no les gusta... —Se mordió la lengua—. En realidad, no me importa.

La mujer rio por lo bajo.

—Claro que no, a mí tampoco, aunque a veces me rompa el corazón. —La tomó del brazo para que siguieran caminando—. A algunas personas no les gusta, las que todavía se resisten a lo diferente aun cuando están en el nacimiento de un nuevo reino. Pero otras le dan la bienvenida. Ya era hora de que viéramos un cambio.

La dejó seguir sola. Tura llegó tarde al castillo, casi ni vio a los guardias que la saludaron al entrar y llegó a los sótanos sin perder la mirada desenfocada que le había dejado esa mujer.

—Estás distraída —comentó Jaume apenas entró a la habitación.

—Estaba pensando.

El mago suspiró y se limpió la frente con el pañuelo.

—Ahora también piensa —refunfuñó por lo bajo y agregó en voz más alta—: ya podrás hacer eso luego, en este momento necesitamos trabajar.

—¿Eh? Ah, sí, sí. —Tura suspiró y tomó los cubos entre sus dedos. Les dio varias vueltas antes de comenzar a murmurar las palabras que ya sabía de memoria.

—No es seguro que ande por aquí —dijo Biel esa tarde al duque de Reff, que caminaba acompañado solo por su asesor, en la ladera de la montaña.

El capitán iba escoltado por tres guardias y miraba a Acai con desconfianza mal disimulada.

—Encontramos huellas enemigas no muy lejos de esta zona.

—¿En serio? —Acai se arregló los puños de la camisa—. No pensé que

fuera un problema. Solo quería tener la oportunidad de dispersarme un poco, la ciudad todavía necesita... un poco más de pulido.

—Es más seguro que todos se mantengan dentro de las murallas exteriores.

—No sabía que estuviéramos en toque de queda.

—No lo estamos —la arruga sobre el ojo de Biel se profundizó—, es solo por seguridad; la suya, señor.

—Claro —Acai hizo una seña a su asesor—, le agradezco que se preocupe por mí, capitán. —Caminó pasando a su lado—. Yo también me preocupo por usted.

Biel lo observó irse y llamó al oficial que tenía cerca. Le dio unas instrucciones en voz baja y el hombre salió detrás del duque, guardando la distancia. Biel se volvió hacia los otros dos hombres.

—Muéstrenme el lugar.

—Sí, señor.

Encontraron el rastro bastante cerca de allí y aún fresco, como si no hiciera más de unos minutos que el otro ejército hubiera pasado por ese lugar.

—No entiendo por qué solo encontramos unas huellas cada tanto —manifestó uno de los soldados.

—Solo están enviando un mensaje —dijo Biel mientras observaba alrededor con el ceño fruncido—. Quieren que sepamos que siguen aquí. Vamos a tener que establecer más rondas en torno a la ciudad.

—No contamos con suficientes hombres —informó el soldado.

—Lo sé —suspiró Biel—, ya pensaré en algo.

Le llevó toda la tarde encontrar la forma de cubrir tanto las rondas exteriores como las interiores y las guardias del castillo. Los turnos se extendían por casi veinte horas cada uno y fueron recibidos con malas caras cuando lo anunció a sus hombres.

Biel volvió al castillo hacia la noche. Como habían acordado encontrarse más tarde otra vez en los establos, se dirigió primero a los aposentos del rey. Hubo de llamar varias veces antes de recibir una respuesta malhumorada.

—¿Qué sucede, capitán? —preguntó Ferran, que ya estaba cambiado para dormir.

—Señor, hemos encontrado algunas huellas cerca de la base de la colina. Ferran se sentó en la cama.

—Lo mismo de siempre.

—Sí, señor —Biel habló con lentitud—, pero sigue siendo alarmante.

El rey hizo unos gestos con la mano, como si estuviera espantando unas moscas a su alrededor.

—Creo que ya no hay que preocuparse.

—Señor, no me parece...

—¿No podemos hablar de esto en la reunión de mañana? —Ferran suspiró y sus hombros se encogieron hacia adelante. Cruzó las manos sobre las rodillas. Se veía pequeño al borde de su enorme cama.

El capitán se movió incómodo.

—Sí, señor.

—Bien, entonces es todo por hoy. —Se frotó las piernas y se deshizo de las pantuflas viejas que llevaba.

—Hay algo más que me gustaría comentar.

Ferran suspiró otra vez, sin ningún amague por disimular su fastidio.

—¿Ahora?

—Señor, lamento molestarlo a esta hora —Biel se volvía cada vez más tenso, tanto que sus músculos se asemejaban a la piedra que lo rodeaba—, pero creo que es mejor hablarlo en privado.

—Bien, bien, capitán, dígame de una vez.

—Mientras investigábamos el rastro, encontramos al duque de Reff, caminando por la zona.

—¿Caminando?

—Paseando, según sus palabras. —Biel mordió las sílabas que entonaba.

—Bueno, él tiene costumbres extrañas. —El rey se encogió de hombros.

—Señor, creo que el hecho de que haya aparecido cerca del lugar donde encontramos rastros del enemigo amerita...

—Tantos años en combate te hacen ver enemigos por todos lados —dijo Ferran—. Acai es familia, es un poco arrogante a veces, pero no hay nada que sospechar. Quedamos tan pocos, perdimos tanto, todos queremos la paz, nada más.

—Señor, si me permite...

—Estoy cansado, Biel. En serio, no hay nada de qué preocuparse. Hablaremos por la mañana, ya estarás más calmado entonces.

—Sí, señor. —El capitán apretó las mandíbulas.

Cerró la puerta tras de sí con cuidado al retirarse. Caminó por el pasillo y bajó lentamente hasta el siguiente piso. Vio luz debajo de la puerta del príncipe y se paró frente a ella. La estudió con cuidado. La cicatriz se hundió en su rostro mientras los músculos de su mandíbula se movían bajo su piel

curtida.

Alzó el brazo, aunque no alcanzó a golpear la puerta. Miró hacia los lados y apretó los puños a sus costados. Al final, sacudió la cabeza y abandonó la planta. La puerta de Jaume se abrió poco después y el mago vio la espalda del capitán alejándose.

Al día siguiente, todos se levantaron pasado el mediodía, casi de tarde, incluido Biel. Tura comió de nuevo en su habitación, antes de reunirse con los demás para seguir tratando de encontrar la forma de despertar a las otras gárgolas.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Roser mientras acomodaba los platos en la mesa cerca de la ventana—. Anoche regresaste otra vez bastante tarde.

—¿Cómo sabes siempre a qué hora vuelvo? —Tura se levantó de la cama con el ceño fruncido—. ¿Es que acaso me estás vigilando?

—Ni mucho menos —rio Roser—, pero recuerda que estoy a tu servicio, el príncipe se encargó de pedírmelo especialmente. Y claro, no puedo retirarme hasta que tú lo hagas o hasta que me despidas. Bueno, así que cada tanto venía a ver si necesitabas algo.

—Ah —Tura se sentó a la mesa—, no lo sabía. Lo mejor será que te retires cuando hayas terminado con tus obligaciones, no sé cuándo voy a regresar por las noches. Me basta con una cena fría.

—Por supuesto que no —dijo Roser sentándose en la cama—, con estos días cada vez más frescos, no puedes irte a dormir sin algo caliente en el estómago. Eso es lo que dice mi mamá, al menos, y en eso estoy de acuerdo porque...

Tura la observó perderse en uno de sus monólogos. Ya había renunciado a decirle que se comportara. Aunque ella no estuviera segura de cómo debía hacerlo, era indudable que sentarse en la cama y tutearla no era adecuado. Lo cierto era que Roser tenía la habilidad de hacer sus discursos extrañamente relajantes.

—¿Y ya le dijiste a tu madre lo que te gustaría hacer? —inquirió Tura antes de tomar un bocado.

Roser se detuvo a mitad de palabra y se quedó con la boca abierta durante un minuto mientras miraba perpleja a Tura.

—No —murmuró—, no puedo decírselo, ella nunca me dejaría...

—Pero es lo que quieres, ¿no? —Tura rebanó el último pan que le quedaba y lo devoró con más entusiasmo del esperado en una joven educada.

—Sí, pero...

—Tu vida es tuya, Roser —la señaló con el cuchillo que empuñaba en su mano derecha—, no dejes que ella decida por ti.

—Pero es mi madre. —Roser se desinfló y se asemejó a una niña perdida.

—¿Y qué? Si fuera por mi padre... —apretó los puños Tura—, nunca sería nadie.

—Pero yo no soy como tú, no soy especial.

—¿Quién te dijo eso? —Soltó los cubiertos exasperada y se volvió hacia ella—. ¿Tu madre?

—Yo...

En ese momento, golpearon a la puerta. Roser se incorporó con rapidez y la entreabrió con cuidado.

—¿Sí?

—Ah, hola, Roser —dijo Guifré—. ¿Está Tura?

—Sí, mi señor, pero todavía no está presentable; está almorzando.

—Oh, bien, eh, entonces dile que la esperaré en la biblioteca, que no hace falta que se apure.

—Sí, señor. —Cerró la puerta con delicadeza—. Prepararé tus ropas —dijo sin mirarla—, no es bueno hacer esperar a un príncipe.

Tura siguió comiendo en silencio y vació el vaso de agua de un solo trago.

—¿Se... se casará con él?

Tura tosió.

—¿Qué?

—Es lo que parece, lo que todos dicen, aunque...

—No..., eso no es de tu incumbencia. —Tura se puso de pie—. Ayúdame con el vestido y retírate.

—Sí —asintió la joven con docilidad.

Tura se quedó aún unos minutos en la habitación luego de que Roser se fuera. Miró la comida que quedaba, ya no tenía hambre. Estudió la habitación y frunció el ceño. Luego suspiró, sacudió la cabeza y se dirigió a la biblioteca.

En uno de los pasillos, oyó la voz del duque de Reff y aminoró el paso

para tratar de evitarlo. Vio las sombras apenas llegó a la esquina y contuvo el aliento. Cuando se volvió para elegir otra ruta, escuchó la voz de Roser. Se pegó a la pared y aguzó el oído. No pudo discernir las palabras, pero la muchacha parecía estar disculpándose.

Las voces callaron y los ruidos de pasos se dirigieron hacia donde estaba ella. Miró a su alrededor con presteza y encontró una puerta no muy lejos. Por suerte llevaba a uno de los tantos cuartos desocupados. Hacía menos de un minuto que había cerrado la puerta tras de ella cuando los pasos se detuvieron al otro lado.

—Tal vez tengamos que trabajar en ella —dijo la voz de Acai.

—Sí, señor —contestó su asesor.

—No debería ser difícil hacerla hablar, los criados siempre lo hacen.

El consejero se abstuvo de contestar en ese caso.

—Tengo que saber qué es lo que ocurre entre esa chica y el príncipe, ¿por qué se mudó al castillo? No tiene dinero, ni familia, su padre es un borracho maltrecho —comentó con asco—, ¿entonces por qué está aquí? Ahora también el capitán desaparece por las noches. Aquí está sucediendo algo.

—Creo que vi al capitán en el patio de armas, señor, cuando veníamos hacia aquí.

—Pues iré a saludarlo. —Se adivinó una sonrisa en la voz del duque.

Se puso en movimiento otra vez y el consejero lo siguió con pasos presurosos.

—Espero un avance en este tema antes de fines de esta semana. —La voz de Acai se perdía con la distancia.

—Sí, señor. —Se alcanzó a escuchar la voz del consejero.

Tura esperó aún un rato más antes de salir. El pasillo volvía a estar vacío. Por un momento consideró ir en la misma dirección que el duque, pero lo más probable era que Guifré saliera a buscarla si no aparecía pronto en la biblioteca.

—Le preguntaré esta noche a Roser —murmuró.

Cuando llegó a la biblioteca, vio que Guifré estaba enfrascado en la lectura. Lo observó desde la puerta durante unos segundos antes de que este al fin sintiera su mirada y levantara la cabeza.

—Tura, ¿cuánto hace que estás ahí?

—Recién llegué —dijo entrando en la habitación—. ¿Qué lees?

—Oh, no es nada importante, algo de historia. —Guifré cerró el libro y

se acercó a ella—. ¿Descansaste? Te ves algo apagada.

Tura rio y se acomodó el pelo que se escapaba de la trenza que llevaba al costado.

—¿Cómo hace alguien para verse apagado?

—Es que tú sueles tener una fuerza, una luz que... —Guifré bajó la mirada con las orejas enrojecidas.

Unos pasos apresurados se acercaron por el pasillo. El sonido de botas golpeando contra el piso se intensificó, alguien se había unido a la carrera.

—¡Sobrino! —llamó Acai—. ¡Sobrino!

—Sí, tío, ¿qué sucede?

—¿Dónde está tu padre?

—¿Qué sucede? —repitió Guifré.

Acai miró a Tura y le dio la espalda de manera evidente.

—Es importante que hable con él.

—Es el enemigo —agregó Biel, que llegaba detrás, y Tura contuvo una sonrisa al no poder evitar mirar a Acai—, lo han avistado en la ladera, se dirigen hacia aquí.

Guifré se paralizó. Tura reaccionó a lo que había escuchado y, con el rostro tenso, lo tomó del brazo.

—Guifré —dijo en un murmullo—, las mazmorras.

—No hay tiempo para juegos —declaró Acai—, debo encontrar a tu padre. ¿Cómo puede ser que en un momento así el rey desaparezca...?

—Yo iré por él —sostuvo Guifré—, tú asegúrate de que toda la gente esté dentro de las murallas. Nos encontraremos en la almena norte.

—¿Cómo...?

—Es una orden, duque —dijo Guifré y, tomando a Tura del brazo, salió de la biblioteca—. Capitán.

Biel asintió. Tura corrió junto con Guifré hasta llegar a las mazmorras.

—Eso... —dijo ella jadeante—, has estado muy bien.

Guifré sonrió.

—Solo hice lo necesario.

Tura apretó los labios en una sonrisa. En el cuarto del mago, también encontraron al rey, quien parecía molesto con lo que le decía Jaume.

—Padre, han llegado. —Ferran se puso súbitamente de pie—. El enemigo está aquí.

—¿Cuándo?

—Hace unos momentos. Acai se está encargando de que el pueblo esté

dentro de las murallas exteriores y Biel ya está organizando a los hombres, les dije que los encontraríamos en la almena norte.

—Bien —dijo Ferran—. Mago, ¿cuándo estará lista?

—Apenas baje el sol, señor.

—Bien —repitió y se volvió hacia su hijo—. Vamos.

Guifré dio un apretón de manos a Tura y la dejó con Jaume.

—Todavía faltan varias horas para que se oculte el sol —comentó ella una vez que quedaron solos.

—Tendrán que soportar, no hay más que podamos hacer ahora. —Jaume sacó su eterno pañuelo—. Prepárate, muchacha.

Tura buscó los cubos y los apretó entre las manos, las esquinas se le clavaron en las palmas.

Capítulo VI

Guifré y Ferran llegaron junto al capitán y al duque, quienes compartían un tenso silencio. Cada uno miraba hacia un horizonte distinto, ambos con las manos entrelazadas a la espalda. Jaume y Tura se pararon a un lado de Guifré, el capitán se colocó junto a Ferran.

—Reporte —pidió el rey.

—Todos los civiles están dentro del ámbito de la muralla. Cada entrada está vigilada, aunque hay algunos huecos en el perímetro. Creo que lo mejor será avanzar —dijo Biel— para mantenerlos lejos.

Ferran miró hacia la ladera, donde se veían hombres que se acercaban con lentitud, pero inexorables. Era una marea verde y constante, los uniformes, ribeteados con hilos de plata, resplandecían bajo el tibio sol del atardecer. No importaba cuántos años hacía que luchaban con ellos, su número no decrecía, al contrario, parecía aumentar.

Ferran frunció el ceño y se encorvó levemente.

—¿Dónde estabas, primo? —La voz del duque resonó a sus espaldas.

El rey se dio vuelta brevemente y retornó a mirar hacia la ladera, donde el ejército seguía avanzando.

—Ocupado —respondió en voz baja.

—Ocupado —repitió Acai y entornó los ojos—, ¿con qué?

—¡No debo explicar mis actividades a ti! —Volvió a girarse para enfrentarlo—. ¿Acaso olvidas con quién estás hablando?

—Cuando el reino está en peligro, los ciudadanos tenemos derecho a...

—Si me disculpan —intervino Biel—. ¿Señor?

—Sí —afirmó Ferran—, estoy de acuerdo, procede.

—Espera —dijo Acai—, ¿no es mejor esperar que vengan a nosotros? Podríamos retroceder hacia el castillo y dejarlos entrar en la ciudad. Se perderán entre tanta casa vacía y ganaremos tiempo. La ladera es un lugar demasiado abierto para los pocos soldados con los que contamos.

—¿Biel? —consultó Ferran.

—Si queremos usar... nuestra estrategia —dijo el capitán—, lo mejor es la ladera.

—¿Cuál estrategia? —Se adelantó Acai.

—¿Aguantaremos hasta el ocaso? —preguntó Ferran, ignorando al

duque.

—¿Hasta el ocaso? ¿Por qué? —insistió Acai.

—Sí —dijo Biel—, no suelen dar un fuerte primer golpe, sino que se basan en lo incesante de sus ataques. Creo que esa es nuestra ventaja, terminaremos agotados, pero aguantaremos.

—Bien —asintió el rey.

—¿Qué está sucediendo aquí? —Acai miró de uno en otro—. ¿Qué plan es este y por qué no se me informó?

—¿Por qué deberíamos? —dijo Guifré sin poder contener una leve sonrisa.

Acai inspiró e hinchó el pecho. Se acercó al príncipe y lo miró sobre la nariz, inclinando la cabeza ligeramente hacia atrás.

—Te estás volviendo muy agresivo, sobrino.

—Soy tu príncipe —se notó un leve temblor en la voz de Guifré— y mi padre es tu rey, no tenemos que darte explicaciones de todas nuestras decisiones.

—Te equivocas en eso, joven príncipe, un rey no puede gobernar solo, necesita a su corte. —El duque compartió un duelo de miradas con Guifré, pero fue el primero en desistir cuando oyó que su consejero lo llamaba.

Ferran lo vio alejarse hacia el otro extremo de la muralla y hablar con su asesor. Un par de guardias, que seguían la conversación y parecían interesados en ella, estaban parados cerca de ellos. El consejero los señaló una vez y el duque dio una fugaz mirada a los hombres antes de volver a centrar su atención en su interlocutor.

El rey frunció el ceño y miró a su alrededor, pero tanto su hijo como su capitán habían vuelto a prestar atención a la ladera. Suspiró y se dirigió a Guifré.

—No creo que eso haya sido sabio, hijo, no es bueno tener a Acai de enemigo.

—Tampoco podemos dejar que nos trate con tan poco respeto.

Ferran apretó los labios y fijó la mirada en la pendiente de la colina. Biel hizo un leve gesto de asentimiento hacia Guifré y luego impartió la orden. Tura sonrió, con un vistazo a Guifré, y se apoyó sobre la muralla.

—No pierdas la concentración —le susurró Jaume.

Tura apretó las mandíbulas y no le contestó, pero se acercó más al príncipe. Jaume negó imperceptiblemente con la cabeza y Tura volvió a sonreír.

Los primeros hombres abandonaron la muralla. Desde la almena, los vieron avanzar hacia el enemigo. Como siempre, este tenía una reacción lenta y solía esperar a que fueran a su encuentro, pero nunca dejaba de perseverar y contaba con muchísimos soldados.

El enemigo trató de rodear al pelotón enviado por Biel, fue inútil ya que era un grupo pequeño que se movía constantemente y se mantenía unido. Cada media hora, Biel enviaba más hombres para hacer regresar a los anteriores. Con el tiempo, el enemigo se fue cansando del juego y comenzó a atacar con moderada urgencia.

Guifré se encontró mirando la línea del horizonte a cada minuto. Ya habían perdido seis hombres cuando el sol por fin se ocultó. Biel ordenó una última ofensiva antes de la retirada. Guifré estaba tan concentrado en la lucha que no notó cuando Tura dejó de murmurar a su lado.

—Por allí —dijo ella de repente.

El príncipe dio un respingo, pero miró en la dirección que le indicaba. La gárgola bajaba por la ladera y en segundos había llegado al centro de la lucha. Los hombres de ambos bandos se quedaron inmóviles.

—Ataca ahora —susurró Tura a los cubos—, ataca a los hombres vestidos de verde.

La gárgola emitió un bramido y comenzó a dar golpes a diestro y siniestro. Los hombres volaban a su alrededor. Cada vez que los soldados enemigos corrían para alejarse de ella, esta daba un salto y volvía a estar entre ellos. Los únicos que pudieron alejarse fueron los hombres que componían el último pelotón enviado por Biel.

El capitán se paró junto a Tura y cada tanto daba alguna instrucción que ella transmitía a la gárgola.

—¿Qué es eso? —preguntó Acai, que había vuelto junto a ellos. El consejero había desaparecido con el par de guardias.

—Mi estrategia —declaró Ferran.

Guifré lo miró de reojo y volvió a centrarse en la batalla. La gárgola era como un tornado que se asentaba en distintas partes de la ladera y despejaba el lugar. Ya fuera porque ella los barría o porque huían a los gritos, no quedaba nadie a su alrededor en cuestión de segundos.

—Pero ¿qué es? —Acai se asomó a la muralla, junto a Ferran.

—Una gárgola. —Sonrió el rey.

—Una gárgola... —murmuró Acai sin quitar los ojos del borrón gris que recorría la pendiente—, pero ¿cómo puede una estatua de piedra hacer eso?

—Magia —dijo Jaume resoplando desde que se habían movido a la almena.

Escasos veinte minutos después de su aparición, la gárgola se erguía sola en la ladera de la colina. La noche era casi total y la piedra resplandecía a la luz de la luna llena.

—Vuelve —susurró Tura a los cubos.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó Acai con el ceño fruncido.

—¿Recién lo notas? —Tura enarcó las cejas.

—Ella es quien la controla —explicó Guifré con una sonrisa a la vez que apoyaba su mano en el brazo de Tura.

—¿Ella? —El duque frunció la nariz.

—Sí, yo —confirmó Tura—, es *mi* magia.

—Más bien es la magia de ella que puede controlar la magia de la gárgola —dijo Jaume, cuando todos se volvieron a mirarle, añadió—: tal vez sea solo un detalle.

—Dile que vuelva —indicó Biel, quien no había dejado de prestar atención a la lucha que se desarrollaba en la colina.

Tura asintió y murmuró la instrucción a los cubos. Acai repasó con una mirada severa a todos los que lo rodeaban.

—Esto no va a quedar así —enfaticó.

Se acercó a su asesor, que había vuelto solo, le susurró unas furiosas palabras al oído y se alejó por su cuenta. Ferran suspiró.

—Mañana será un día largo.

Al pie de la muralla, los gritos de algarabía vibraron con fuerza. Los soldados vociferaban y reían en torno a la gárgola que se mantenía inmóvil entre ellos, a unos pocos pasos de la puerta.

—Pero será un día más de libertad que tendremos —sonrió Guifré y se acomodó las gafas—, o uno de muchos.

Menos de una semana después, se había organizado una fiesta. Una sencilla celebración en la reducida corte, que pronto se reprodujo en pequeñas festividades a lo largo de la ciudad. Todos hablaban de la gárgola y por fin volvían a comentar en voz alta sus sueños de libertad y una vida pacífica.

En esos pocos días, avanzaron en el arreglo del reino más de lo que habían hecho en todo el tiempo anterior. Los voluntarios para tareas de

limpieza y mantenimiento se multiplicaban. Todos se acercaban a la muralla a ver las gárgolas que todavía yacían ahí. Algunos las palmeaban con entusiasmo, otros apenas se acercaban, recelosos. Pero nadie podía dejar de mirarlas o hablar de ellas. Hasta comenzaron a aparecer pequeñas estatuas de madera con sus formas.

Tura, sin embargo, tenía su mente en otro lado en ese momento. Era la primera vez que asistiría a un baile y sería uno real.

—Antes no me hubiera importado —murmuró frente al espejo que habían llevado a su habitación—, me hubiera reído de todas esas chicas que suspiran por el vestido perfecto.

A medida que se acercaba la fecha, comenzó a evitar a Guifré, casi no parecía soportar que le hablara y mucho menos que le sonriera. El príncipe se las arreglaba para cruzársela por todo el castillo, como si las largas horas que todavía compartían con Jaume no fuesen suficientes.

Tura comenzó a encerrarse en su habitación con mayor frecuencia. Había revuelto todo su ropero cuando Neus casi se había negado a buscarle un vestido, alegando que estaba demasiado ocupada. Aunque luego decidió que Roser no solo se encargara de ello, sino que además acompañara a Tura al baile. Los ánimos de la aya aumentaron cuando Guifré se mostró de acuerdo.

—¿Por qué no? Después de todo, estamos festejando —había dicho alegremente él.

Y entonces allí estaba Tura, mirando el vestido que se extendía sobre su cama. Roser apareció poco después, corriendo y acalorada.

—Aquí está, lo tengo. —Levantó con orgullo un corsé.

Tura se cruzó de brazos.

—No lo sé, tal vez sea demasiado.

—¡Claro que no! Además, no puede ponerse el vestido sin corsé, ninguna dama lo haría. —Roser rio—. También sería difícil que le entrara.

—Estos vestidos no son para nada prácticos —opinó Tura mientras se aferraba a la baranda de la cama para que Roser pudiera tirar de los cordones del corsé.

—No tienen que serlo —repuso Roser con las mandíbulas apretadas—, se supone que una dama no hace mucho más que sentarse y dar unos pasos de baile.

Cuando el vestido estuvo listo, Tura se vio forzada a dejar que Roser intentara mantener sus rulos alejados de su rostro y cuello.

El vestido de Roser era más sencillo, pero igual se veía muy bien en él, se había rizado el cabello y le caía sobre los hombros con delicadeza.

—¿Y? —dijo Tura—. ¿Hablaste ya con ella?

—No —sonrió—, pero haré algo mejor, se lo mostraré.

—¿Cuándo?

—Eso es una sorpresa.

—Espero que no te tardes mucho.

—Solo lo justo, además tengo que esperar a que esté de buen humor y no creo que eso sea fácil mientras estés aquí.

—Gracias. —Tura se aflojó algunas horquillas.

—¡No lo desarmes! —Roser le alejó las manos—. Ya sabes lo que digo. Mientras estés, Guifré solo tiene ojos para ti.

Tura enarcó las cejas. Roser puso los ojos en blanco.

—Está bien, *el príncipe* solo tiene ojos para ti.

—¿Por qué no te gusta?

—¿Quién dijo que no me gusta? Me cae muy bien, mucho mejor que su padre —agregó en un susurro—, pero es que tanto libro me aburre. Yo necesito un hombre que esté tan alegre de la vida como yo, que baile y cante y ría... ¿Por qué no te gusta a ti?

—Es solo un amigo.

—Sí, claro, un amigo. —Roser le clavó otra horquilla—. Él no lo cree así, yo opino que tú tampoco.

—¿Qué sabes de lo que yo pienso?

—Sé lo que veo y lo que veo es lo nerviosa que te pones cuando él está cerca.

—No es eso, es solo que yo no puedo darle...

—No quieres. Y de todas formas, ¿para qué estás aquí si no es para casarte con él? Es decir, ya sé que está todo eso de la magia y la estatua viviente.

—La gárgola. —Tura se paró para mirarse en el espejo.

—Pero eso no puede ser toda tu vida, tienes que casarte, enamorarte y tener hijos.

—¿Estás segura de que ese es el orden?

Roser rio y se sentó en la cama.

—Ese es el orden que pregona mi mamá, aunque para ella el amor no es tan necesario. Lo importante es la vida que te pueda proveer ese hombre. Y la que ofrece Guifré es bastante buena.

—¿Y quién era tu padre?

Roser se puso un dedo en los labios.

—Sabes, no estoy tan segura, mamá me dijo que era un soldado, de alto rango, pero no tenemos ningún recuerdo de él y no sé de nadie que lo haya conocido.

Golpearon a la puerta.

—Ahí está tu cita. —Roser saltó de la cama para correr hacia la puerta.

Guifré esperaba del otro lado, con una sonrisa.

—¿Tura?

—Ya está lista, mi señor.

Roser hizo una inclinación y abrió la puerta de par en par. Tura se irguió. Guifré se detuvo unos segundos, luego ensanchó la sonrisa y se acercó a ella.

—Estás hermosa —dijo a la vez que le ofrecía el brazo.

—Gracias —murmuró Tura con un leve sonrojo.

Roser los siguió detrás.

—Espero que no haya que permanecer mucho de pie —comentó Tura—, estos zapatos son muy incómodos.

—Al menos me concederás un baile, ¿no?

—Creí que no te gustaba bailar.

—Todo depende de la pareja que consiga.

Tura tropezó, Guifré la sostuvo con torpeza, prolongando el tiempo que la mantuvo junto a sí.

—De todas formas, se espera de mí que baile y preferiría hacerlo contigo —dijo Guifré cuando llegaron a la sala real.

—Ah, eso sí que es halagador. —Rio Tura.

Las orejas de Guifré se enrojecieron.

—No es eso lo que quise decir.

—Sí, sí, lo fue, pero no me importa. Estoy dispuesta a salvarte de tu tortura si es que no pierdo los pies en el intento.

Guifré sonrió.

—Espera, te traeré algo de tomar.

El rey, desde la esquina contraria de la sala, los observaba con el ceño fruncido.

—Creo que estás dejando que esto se te vaya de las manos, primo —opinó Acai inclinándose hacia él—. Si no tienes cuidado, terminarás teniendo como nuera a una plebeya.

—Ella es la única que puede manejar a la gárgola.

—Tiene habilidades, no lo niego. —Acai tomó un poco de vino—. Pero, al igual que el mago, es solo un instrumento, nada más.

—No forzaré a mi hijo, sabes que no hay ninguna ley que fuerce a...

—Tal vez debería haberla.

—Las damas de la corte no son realmente una mejor opción —observó a un grupo que reía tontamente—, además no quedan muchas.

—¿Estás diciendo que preferirías a la hija de un pobre borracho?

Ferran tensó los hombros.

—Estoy diciendo que de todas maneras no importa. Guifré será el rey y la mujer, solo su esposa.

—Se necesita ser un hombre fuerte —sonrió Acai— para que su mujer no lo gobierne.

—¿Y Guifré no lo es? —Ferran pronunció las palabras lentamente y clavó la vista en Acai.

Este se encogió de hombros.

—Hay que ver cómo corre detrás de sus deseos.

—El muchacho está enamorado, ya se le pasará.

—Habrá que ver.

—No te preocupes, primo —Ferran apretó su copa—, Guifré será un rey fuerte.

—¿Más que tú? —susurró Acai mientras se alejaba.

Ferran dio un respingo, solo alcanzó a ver la espalda de su primo que se perdía entre la multitud. Se terminó la copa de un trago.

—¿Está bien, señor? —Biel había llegado a su lado.

—Sí, capitán —tosió levemente—, es una buena fiesta.

—En efecto, una victoria para festejar, pero todavía queda mucho por hacer.

—¿Debemos hablarlo en la fiesta? —preguntó Ferran irritado—. ¿Es que no podemos ser felices un instante?

—Mis disculpas, señor, no quise... —se puso firme e hizo una reverencia—, por supuesto que este no es el momento.

Ferran asintió.

—¡Más vino! —pidió a un criado que pasaba por allí.

Jaume se acercó con una copa en una mano y su pañuelo en la otra.

—Hermosa fiesta, ¿no? Si tenemos en cuenta el poco tiempo que hubo para prepararla. —Sorbió un poco de vino—. Y los músicos no están mal.

Los tres hombres miraron a los cuatro intérpretes que trataban de armar una melodía, algo apenas reconocible. Biel aprovechó ese momento para alejarse. Pasó rozando a Roser y la miró de arriba abajo mientras ella se dirigía hacia los músicos.

—¿Qué miras? —dijo Tura con la boca medio llena.

—Estaba mirando a Roser, pasó junto a Biel y... ¿tú crees que esos dos...?

Tura localizó a Biel entre el gentío mientras terminaba de tragar, el capitán seguía con la mirada a Roser.

—Él es demasiado viejo para ella.

—Creí que a las mujeres les gustaban los hombres mayores.

—Esa es una excusa que se inventaron los viejos para perseguir a las jovencitas y sentirse justificados. —Sonrió Tura.

—¿Entonces prefieres a los hombres jóvenes? ¿De tu edad?

Tura se atragantó con el vino. Guifré la palmeó suavemente en la espalda mientras ella tosía sin parar.

—Mira a Roser —señaló Tura apenas pudo hablar—, parece que va a tocar.

La muchacha se había sentado entre los músicos y tenía un arpa de mano entre los dedos. Se la veía calmada y animada, llevaba el compás con el pie y parecía estar esperando el momento oportuno para entrar.

—No sabía que tocara —comentó Guifré.

Tura miró a su alrededor.

—¿Dónde está Neus?

Guifré fue el primero en distinguirla. La encontraron en una de las esquinas del salón, atenta a lo que sucedía.

El arpa comenzó a sonar poco después y llevó la voz cantante durante el resto de la trova. La tonada que tocó Roser era dulce con un toque nostálgico. Logró atraer la atención de la gente de la sala y la conversación se volvió un murmullo. Cuando terminó, hubo algunos aplausos aislados hasta que Tura se puso a aplaudir con fuerza y Guifré siguió su ejemplo. Pronto toda la sala elogiaba con ganas.

—Repite lo que ella hace —murmuró Acai con la mirada clavada en Tura.

Roser recibió los aplausos con una sonrisa, hasta que Neus se acercó a ella. Poco después de un acalorado intercambio de palabras, Roser salió corriendo del salón, con el arpa apretada contra su pecho.

—Esa mujer —dijo Tura.

—Es su madre y quiere lo mejor para ella.

—Debería dejarla ser lo que ella quiere.

—Pensé que las responsabilidades eran importantes —Guifré bajó la voz—, ¿no es eso lo que siempre dices?

—Tu caso es diferente —puntualizó Tura.

—¿Cómo? No merezco...

—No es que no lo merezcas, pero si sabes que, en tu ausencia, gobernaría Acai, ¿realmente podrías dejar que eso sucediera? Debes confiar más en ti mismo, sé que puedes hacerlo mejor de lo que crees.

—Podría... si estuviera acompañado.

—Guifré, yo...

El príncipe se acercó a ella.

—Creo que sabes lo que yo...

—Sobriño —irrumpió Acai—, ¿puedes prestarme a tan bella joven para un baile?

Tura entornó los ojos.

—Me duelen los pies.

—Eso no es muy educado. —Sonrió el duque.

—Pero es cierto. Justo le estaba diciendo al príncipe —remarcó esas palabras— que iba a retirarme.

—Te acompaño —dijo Guifré tomándola del brazo—. Duque.

—Señor.

Acai los observó salir del salón, sin pestañear. Tura y Guifré mantuvieron un tácito acuerdo de caminar rápido y en silencio. Los pasillos alejados de la sala donde transcurría el baile estaban vacíos y pronto se encontraron solos.

—Realmente no lo soporto —expresó Tura cuando ya estaban suficientemente lejos.

—No te preocupes por él.

—¿Cómo puedo no hacerlo cuando está todo el tiempo revoloteando alrededor? —Tura sacudió el cuerpo como si la hubiera recorrido un escalofrío.

—Confía en mí, ¿puedes hacerlo?

Tura apretó los labios y no volvió la vista cuando Guifré la miró. Llegaron a la habitación de Tura poco después y él hizo presión sobre la mano de ella para llamar su atención y, suavemente, forzarla a enfrentar su

mirada.

—¿Puedes? —Los grises ojos del príncipe estaban clavados en ella.

—¿Qué?

—Tura —dijo suavemente Guifré—, ¿confías en mí?

—Eh..., sí. —Tura se sonrojó y bajó la vista.

Le soltó el brazo con un movimiento tenso y se frotó las manos.

—Con respecto a lo otro...

—Estoy cansada, perdona. —Tura abrió la puerta y entró a la habitación antes de que él pudiera agregar más.

Guifré se quedó observando la puerta mientras se masajaba la nuca.

Capítulo VII

Ya habían pasado dos días desde la fiesta y Guifré no había vuelto a tocar el tema. El enemigo no había retomado el ataque; sin embargo, las apariciones por el pueblo cercano era cada vez más frecuentes. El rey estaba constantemente reunido y Acai, siempre presente.

Esa noche, Tura y Jaume estaban solos en el cuarto al lado de las mazmorras.

—Tal vez deberíamos buscar otras muchachas capaces de ejercer magia —sugirió ella de repente.

Jaume torció el gesto.

—Esto no es un juego.

—¿Quién dijo que lo fuera? Ya hace semanas que lo intentamos y no logras controlar la gárgola —Jaume carraspeó al oírla—, tal vez solo funcione con mujeres.

—Las mujeres no tienen ese tipo de magia.

—¿Cómo puedes decir eso cuando la gárgola solo me responde a mí? —Tura se puso de pie—. Creo que es momento de que aceptes que esta puede ser una magia que solo atañe a las mujeres.

—Eso no tiene sentido.

—¿Por qué no?

—¿Quién le daría una magia tan poderosa a las mujeres?

—¿Darnos? A lo mejor siempre fue nuestra. ¿Y por qué no? ¿Crees que no lo merecemos?

—La magia debe ir de la mano de la sabiduría.

—¿Y las mujeres son tontas? Tal vez si los hombres no se empecinaron en empujarnos hacia abajo, entonces...

—Me entiendes mal, joven, esta es justamente la razón por la cual no es conveniente. Las mujeres son volátiles, presas de sus emociones, se necesita una mente fría para realizar magia fuerte.

Tura inspiró y se volvió a sentar.

—Pues nada mejor que un hombre para ser frío.

—Eso que oigo —sonrió Jaume— ¿es resentimiento?

—Solo digo la verdad, ustedes menosprecian a las mujeres, no muestran ningún sentimiento hacia...

Tura apretó los labios y volvió al libro que estaba leyendo un momento antes.

—Sin embargo, creo ver que el príncipe te demuestra bastante sentimiento. Y no parece molestarte.

—Él no tiene nada que ver con esto —Tura se cruzó de brazos— y tú no sabes lo que él siente o no.

—Tal vez deberíamos preguntárselo —dijo Jaume levantando la vista por encima de la cabeza de Tura.

Ella se volvió con rapidez y casi se cayó de la silla.

—¿Preguntarme qué? —indagó Guifré entrando en la habitación.

Llevaba la ropa desarreglada y el pelo desordenado. Las ojeras oscurecían sus ojos y unas pequeñas arrugas comenzaban a formarse alrededor de las comisuras de los labios.

—Jaume se niega a aceptar —se adelantó a decir Tura— que esta magia puede estar destinada solo a mujeres.

—No fue eso lo que dije, joven.

—Sí, dijiste que no podías creer que las mujeres tuvieran esta clase de poder.

—Y es cierto, no creo que las mujeres sean capaces de manejar semejante...

—Eso es ridículo. Guifré, ¿qué piensas tú?

—Eh... —el príncipe se rascó la nuca— bueno, creo que sí debemos considerar que sea una magia de mujeres —dijo mirando a Jaume—. Después de todo, hay una especial de hombres. —Tura sonrió—. Sin embargo, no me parece que sea la magia que una mujer...

—Que una mujer, ¿qué? —Tura cruzó los brazos y encajó la mandíbula.

—Que una mujer... —Guifré miró alrededor, como si algún libro le pudiese prestar ayuda en ese momento—, que esté de acuerdo con la naturaleza de una mujer.

—¿Y cuál naturaleza es esa?

—Bueno, pues la curación... es un poco más adecuado.

—¿Ves? —Sonrió Jaume—. Niña, es solo sentido común.

—No soy «niña» y no es sentido común. —Tura apretó los dientes—. Es lo que los *hombres* creen que tiene sentido y pretenden hacernos creer.

—Es que, en general, las mujeres no están preparadas... —empezó a explicar Guifré.

—¿Y por qué no? Porque ustedes no dejan que suceda. No quieren que

ninguna mujer piense por sí misma y mucho menos que tenga algún poder.

—Yo siempre te ayudé a...

—Sí, sí —Tura apoyó las palmas en la mesa e inspiró—, no digo que seas tú; los hombres en general o tal vez...

—¿Tal vez qué?

Tura enrojeció.

—Tal vez se deba a que... —murmuró— soy yo... ¿Hubieras hecho lo mismo por Roser?

—Eh, ella nunca..., nunca, eh, bueno, si quisiera, bueno, creo que cualquiera que quiera saber debería poder..., eh..., aprender...

—Pero en general, las mujeres no quieren —comentó Jaume.

—No saben lo que quieren —repuso Tura— porque nadie les muestra las opciones.

Guifré se acercó a la mesa, cerca de Jaume, y revolvió los libros entre el aire tenso.

—Deberíamos buscar otras muchachas que tengan esta habilidad —continuó Tura, señalando a la gárgola.

Jaume murmuró por lo bajo.

—Creo que tiene razón, Jaume —la voz de Guifré sonaba débil—, vale la pena intentarlo.

—Considero que primero deberíamos encontrar más información sobre lo que tenemos entre manos —dijo el mago—. ¿Cómo va la búsqueda de los soldados?

—Biel dice que todavía no hay progreso.

Jaume resopló, cerró el libro que tenía enfrente y abrió otro al azar. Tura miró a Guifré, con intensos ojos marrones; el príncipe echó una ojeada al mago, que parecía concentrado en su lectura, y asintió lentamente.

Los ánimos de la fiesta todavía seguían en el aire y, a la mañana siguiente, el rey contemplaba satisfecho el interior de su castillo. Había salido de su habitación más temprano de lo habitual y los criados habían corrido para ponerse a disposición.

—Está quedando muy bien. —Sonrió Ferran mientras contemplaba la sala real.

El trono había sido reparado y lustrado hasta resplandecer. Si bien no

quedaba ninguna de las piedras brillantes que un día habían adornado la silla real, se veía muy bien en el centro de la sala, imponente. Había una pequeña silla adyacente, seguramente para la reina. Ferran desvió la vista y miró las paredes, enormes tapices colgaban de allí. Eran viejos, pero habían sido lavados y remendados. Eran una de las pocas cosas que habían sobrevivido de su antiguo reino y él los había llevado allí, casi se había empeñado en no dejar nada de ello atrás. El piso también había sido decorado con unas alfombras, ahora el frío se sentía menos y Ferran se notaba más cómodo.

—Señor.

Ferran se volvió hacia su capitán con la primera sonrisa segura que esbozaba en semanas.

—Biel, ¿qué te parece? Está quedando como un verdadero hogar.

—Sí, señor, los trabajadores están haciendo un buen trabajo. —Se inclinó hacia el rey y bajó la voz—. Hay algunos temas que me gustaría comentar.

—Más tarde.

Biel inspiró y se puso tieso enseguida.

—Señor.

—Oh, Biel, ¿no puedes relajarte un momento?

—Todavía hay mucho por hacer. —Elevó levemente la voz.

El rey enarcó las cejas.

—Perdón, señor.

—No, creo que esto demuestra que debes descansar un poco, se nota que estás demasiado tenso.

—Sí, señor —suspiró—, hablaremos en la reunión más tarde.

—Hoy la cancelé. —Ferran hizo un gesto sin mirarlo.

Biel apretó los labios y frunció el ceño. Sus hombros se tensionaron otra vez.

—Bien, la de mañana entonces.

El rey ya se había distraído mirando otra vez el trono y la sala que lo rodeaba. Los criados no dejaban de dar retoques por todos lados. Biel estaba por repetir la pregunta cuando Ferran al fin contestó.

—Eh..., pasado.

—¿Perdón? —La cicatriz se hundió en la frente del capitán.

—No creo que sea necesario que todos los días discutamos lo mismo.

—El rey se volvió hacia él—. ¿Qué ganaríamos?

—Señor, yo creo...

—Descansa, Biel. —Ferran se dio la vuelta y siguió admirando su sala y su trono.

El capitán apretó los labios y abandonó la habitación con el ceño fruncido. Al pasar por la puerta de la biblioteca, vio a Guifré encorvado sobre un libro abierto. Biel miró a Tura, sentada frente al príncipe y también concentrada en un libro. El capitán frunció más el ceño, pero pronto desvió la mirada de la joven y la centró en su príncipe.

—Creo que yo puedo resolver su dilema —dijo Jaume a su lado.

El soldado ni se inmutó. El mago sonrió.

—Nunca logro sorprenderlo.

—No haría bien mi trabajo si así fuera. —Se volvió hacia Jaume—. ¿De qué dilema hablas?

—De poder hablar con el príncipe a solas, por supuesto. —Sonrió.

Biel lo miró de arriba abajo.

—Por supuesto.

Jaume entró en la biblioteca y se dirigió hacia Tura, se sentó a su lado con grandes aspavientos. Guifré levantó la vista y saludó al mago con una sonrisa. Captó las señas de Biel y se levantó para acercarse a él, sin dejar de mirar de reojo a Tura.

—Céntrate, muchacha —dijo Jaume reclamándole la atención.

—Señor —intervino Biel—, si pudiera tener unas palabras con usted.

—Sí, claro, capitán.

El soldado miró a ambos lados del pasillo y lo guio un poco a la izquierda, lejos de la puerta de la biblioteca.

—No creo que sea oportuno dejar de tener las reuniones diarias.

—Mmm, no sé si estoy al tanto de lo que hablas.

—Recién le comenté al rey que hay temas que deberíamos tratar, pero me indicó que no habría reunión hoy ni mañana.

Guifré se frotó el cuello.

—Mmm, bueno, tal vez...

—Los rastros son cada vez más pronunciados y —bajó la voz— hay otros asuntos que habría que considerar.

—¿Cómo qué?

—Se encontró a algunos ciudadanos rondando las murallas en horarios inadecuados.

—Somos un pueblo libre, por eso luchamos.

—Sí, señor, pero este ciudadano en particular estaba cerca de un rastro

fresco y no es el único lugar en el que suele rondar.

Guifré se movió incómodo y echó una ojeada a la puerta. La voz de Tura se filtraba hacia el castillo, como si ella quisiera recordarle que estaba allí.

—Bueno, mi padre tiene muchas preocupaciones, tal vez yo podría ayudarlo. Le diré que yo puedo tener algunas, eh..., reuniones no formales.

—Eso sería una solución —el capitán asintió—. Por supuesto que el rey debe estar informado.

—Claro, hablaré con él. —Se masajeó la nuca e hizo una mueca—. Más tarde, búscame más tarde y podremos... coordinar algo.

—Gracias, señor.

El capitán hizo una reverencia y lo dejó solo, pensando. Guifré suspiró largamente antes de volver a entrar en la biblioteca.

Pasaron otro día inútil en compañía de los libros, ninguno parecía ayudarlos en su búsqueda. Ya habían revisado todos los de Guifré y todos los que Jaume poseía en su colección privada, al menos los que había consentido compartir.

—Creo que será mejor que descansemos un poco. —Guifré volvió a ponerse las gafas después de frotarse los ojos.

Era media tarde y no se habían tomado un respiro ni siquiera para almorzar.

—Estoy de acuerdo —suspiró Tura—, podemos encontrarnos a la noche.

—Vayan, vayan —dijo el mago sin levantar la vista de su lectura.

—Jaume.

—No te preocupes por mí, muchacho, nos veremos a la noche.

—Bien —dijo Guifré y miró a Tura, quien asintió y se levantó de la silla con pesadez y haciendo muecas cada vez que estiraba un músculo.

Biel los esperaba fuera.

—Capitán. —Se detuvo Guifré.

—Señor.

—Ah, sí. —Se rascó la nuca a la vez que se le enrojecieron levemente las puntas de las orejas—. Tura, eh, voy a tener que dejarte.

Ella miró de uno a otro.

—Está bien —dijo con lentitud—, ¿nos vemos más tarde entonces?

—Sí.

Guifré sonrió y Biel hizo una leve inclinación de la cabeza cuando Tura pasó a su lado. Dejó que ella se alejara antes de volver a hablar.

—No me tomará mucho tiempo, señor —aclaró Biel.

—No hay problema. ¿Por qué no vamos a la sala de reunión?

Para suerte de Guifré, solo estuvieron una hora. Si bien no había podido hablar con su padre antes de la reunión, escuchó todo lo que tenía que decir Biel y planearon una estrategia. Una que él se encargaría de compartir luego con Ferran.

Titubeó cuando subía las escaleras, pero al final eligió ir a su habitación y tratar de dormir un par de horas antes de la cita nocturna.

Lo despertaron los golpes en la puerta; era el criado que le traía la comida. Luego de comer y cambiarse de ropa, pasó por la habitación de su padre. Lo encontró dormido, así que se dirigió a las mazmorras.

—Te ves cansado —le dijo Guifré Jaume apenas lo vio, Tura aún no había llegado.

Jaume se frotó la cara con las manos una y otra vez.

—Estoy bien.

—¿Cuánto hace que no duermes?

—Eh... —El mago miró distraído a su alrededor.

—Creo que deberías volver a tu cuarto —sonrió Guifré—, si es que alguna vez estuviste ahí.

—Estoy bien, muchacho, aún no soy tan viejo. Además, es importante entender cómo funciona esta magia.

—Pero no lo haremos con la mente cansada. —El príncipe se sentó a la mesa y comenzó a hojear un libro—. Estuve pensando en lo que dijo Tura.

—Mmm.

—Sobre buscar otras mujeres.

—Muchacho, ¿realmente no creerás que hay algún mérito en esa idea? Las mujeres no son confiables.

—No lo sé —se encogió de hombros—, tal vez valga la pena, en vez de perder el tiempo tratando de hacer funcionar la magia con un hombre.

—Esto no es algo que deberían hacer las mujeres —aseveró secamente Jaume.

—¿Por qué no? ¿Acaso no dijiste que los cambios serían bienvenidos en un nuevo reino? Tal vez este sea uno de ellos.

El mago suspiró.

—Muchacho, creo que me malentiendes. Los cambios se dan, pero no tan bruscos como este. El que yo te comentaba era más natural, más fácil de aceptar; en cambio, no puedes pretender que se acepte algo tan diferente a lo

que viene siendo la norma.

Guifré se frotó la nuca.

—Además, creo que estoy cerca de descubrirlo.

—Todos los días dices lo mismo —sonrió Guifré—, creo que le dedicas demasiado esfuerzo. No tienes que poder hacer cualquier tipo de magia, puede haber algunas que no...

—¡Por supuesto que no! —Jaume se puso de pie, jadeando—. La magia es mi vida. Creí que tú, entre todos, me entenderías. Comprenderías lo importante que es para mí el conocimiento.

—Pero que no puedas hacerla no quiere decir que no la entiendas. Tal vez solo la puede activar Tura.

—¡Te garantizo que puedo utilizar cualquier magia que haga una jovencita sin instrucción! —Agitó el pañuelo frente a él—. ¿Quién te crees que soy?

—¿Jaume? —Guifré se puso de pie—. ¿Estás seguro de que estás bien?

—¿Cómo voy a estar bien cuando constantemente se duda de mi capacidad? Te aseguro, muchacho, que nunca estuve en un reino donde se me menospreciara tanto.

—Creo que es mejor que vayas a descansar —dijo con firmeza Guifré.

—¿Me estás dando una orden, muchacho?

—Si crees que es necesario, entonces sí. —Se irguió levemente—. Sabes muy bien que yo siempre confié en ti y en tu capacidad. Creo que te estás extenuando y eso no te permite ver lo que estás diciendo.

Jaume lo miró con la vista desenfocada, grandes goterones caían por su frente y su respiración era pesada. Se desplomó sobre la silla.

—Muchacho, perdona, perdona —agitó el pañuelo—, es cierto que estoy un poco cansado.

—No te preocupes, todos estamos tensos, por eso es importante un buen descanso. Ve a dormir.

—Sí, sí —se puso de pie con trabajo—, creo que eso es lo que haré.

Guifré esperó a escuchar que sus pasos se desvanecían antes de dejar salir un largo suspiro y abrir el primer libro.

Tura llegó poco después, pero antes de que pudiera sentarse, Biel apareció en el umbral. Su rostro estaba tenso y su postura, rígida.

—¿Qué sucede? —Guifré se puso de pie.

—Es un pequeño escuadrón.

—¿A esta hora? —preguntó Tura.

—Las batallas no suelen respetar horarios. —Apretó las mandíbulas—. Sin embargo, es extraño que estén atacando a esta hora cuando ninguna de sus incursiones nocturnas triunfó desde que usamos la gárgola.

—Debemos ir allí de inmediato —Guifré se acomodó las gafas—, iré a avisarle a mi padre.

—Tal vez solo estén tanteando.

—¿Qué quiere decir?

—Deben de estar buscando algo más, me gustaría averiguar qué es antes de ordenar el ataque.

—Eh, claro, confío en su estrategia, capitán.

Biel asintió y se hizo a un lado para que Guifré pasara primero.

—Ve a despertar a Jaume —le dijo este a Tura—, nos veremos en la muralla.

Tura prácticamente tuvo que arrastrar al mago hasta allí. Se hallaba inmerso en un sueño profundo, muy posiblemente inducido. No se despertó del todo hasta que lo empujó escaleras arriba hacia el adarve.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Jaume pestañeó con fuerza.

—Allí —le dijo Biel a Tura señalándole un punto en la ladera—, envíala ahí, pero sin hacer ruido, que todavía no haga nada.

Guifré entornó la vista, era difícil distinguir los soldados enemigos a menos que sus uniformes captaran el reflejo de la luna. Estaban tan seguros de sí que en general no usaban camuflaje y solo los ocultaba la noche.

—Solamente nos están haciendo perder el tiempo. —Biel suspiró después de un rato de mirar el ir y venir de los soldados enemigos—. Ataquemos.

—Bien —asintió Guifré.

Tura susurró la orden una vez y luego otra. La gárgola no se movió.

—¿Qué es lo que está pasando? —preguntó Ferran, que había llegado y estaba entornando los ojos para divisar el terreno.

El duque de Reff había aparecido con él y Guifré y Biel intercambiaron una mirada con el ceño fruncido. Pero la atención retornó a lo que sucedía fuera.

Los soldados enemigos raleaban la ladera de la colina, como la hierba. Y la gárgola estaba inmóvil a unos pasos de ellos.

—No lo sé. —Biel frunció el ceño—. Dile que vaya hacia esa zona. —Señaló al grupo de soldados— y que ataque.

—¡Lo estoy haciendo! —aseveró Tura—. No sé qué sucede.

La gárgola se había quedado congelada, como si fuera una estatua. Después de que Tura le gritara las mismas órdenes una y otra vez, comenzó a caminar sin rumbo. Primero lentamente y de forma descoordinada, como si estuviera borracha; luego con pasos inseguros, dando vueltas en un círculo, siempre en la misma zona.

—¿Crees que la magia se le pudo acabar, Jaume? —preguntó Guifré, que se había inclinado sobre la pared de la muralla.

—No lo podría decir con certeza —suspiró—, pero no lo creo, tal vez solo la hemos usado demasiado seguido.

—Hace una semana que no la utilizamos.

—Eso no es del todo cierto —Jaume sacó su sempiterno pañuelo del bolsillo—, la usamos todas las noches para hacer pruebas. Además, hay que tener en cuenta que quienes las crearon solían tener un ejército.

—Pues necesitamos que siga funcionando —subrayó Ferran—, haz algo.

—Podríamos dejar salir a los soldados —propuso aburrido Acai—, ¿no es para eso que los tenemos?

Biel lo miró con el ceño fruncido.

—Están listos para seguir su orden, señor —le dijo al rey—, cuando usted la dé.

Ferran se mordió el labio mientras observaba a la gárgola, que se había detenido otra vez. Los soldados enemigos se acercaron a ella, lentamente, con cuidado.

Tura seguía murmurando con fervor, los extremos de los cubos de madera se le clavaron en las palmas de las manos.

—Vamos, hazme caso —susurró—, maldita sea, hazme caso.

—Capitán —dijo Ferran con tristeza—, creo que no nos queda otra opción que...

—¡Miren! —exclamó Guifré.

La gárgola se había puesto en movimiento otra vez y solo quedaban soldados desparramados a su alrededor. Se escucharon los gritos de los demás, cuando la mole de piedra dio un salto y comenzó a golpear por diestro y siniestro.

—Justo a tiempo —murmuró Acai.

—Mago, quiero saber qué sucedió —Ferran se volvió hacia Jaume—, ¿cuándo vas a poder hacer funcionar a las otras?

—Le aseguro, mi señor, que hago todo lo posible.

—Tal vez no hay nada más que este mago pueda hacer —señaló Acai—, habrá otros más capacitados o tal vez...

—Tal vez, ¿qué? —Jaume entornó los ojos.

—Tal vez solo necesitamos más mujeres. —Sonrió el duque.

—Puedo hacer cualquier magia que utilice una mujer —apretó las mandíbulas—, solo necesito más tiempo. Esta magia debió haber sido creada también por una mujer, no tiene ninguna lógica.

—Excusas.

Jaume gruñó y se dio la vuelta.

—No tengo que soportar estas cosas —musitó por lo bajo mientras se alejaba hacia una de las escaleras de acceso.

Guifré lo miró y echó un vistazo a Tura.

—Ve —le dijo ella.

Entonces él se apresuró detrás del mago.

Más tarde esa noche, Acai entraba a su casa.

—Este lugar todavía no está listo —declaró Acai frunciendo los labios mientras contemplaba el comedor—. ¿Cuánto pueden tardar en hacer una casa habitable?

—Están trabajando lo más rápido posible —explicó su asesor—, es complicado conseguir los materiales, señor.

—¿Qué tan difícil puede ser? Es nada más que lo mínimo que una persona decente necesita para vivir normalmente.

—Sí, señor.

Acai subió las escaleras hasta su dormitorio, seguido por su asesor. Despachó a la criada que estaba acomodando la cama y comenzó a desvestirse solo.

—Es imperiosamente necesario que me acerque a ellos. Me están dejando fuera y ya no creo que sea inconscientemente.

—Sí, señor, la joven...

—Sí, ella..., pero no todavía, no sabemos lo suficiente de su vida. —Le dirigió una mirada afilada—. Solo tiene un borracho por padre y parece que ni se acuerda de él.

El consejero mantuvo la cabeza erguida y la vista desviada de los ojos del duque. Su voz sonó firme cuando habló.

—Uno nunca olvida a su padre, señor, aunque lo odie.

Acai se detuvo un segundo.

—Eso es cierto, yo todavía recuerdo al mío, un bastardo asqueroso.

—Dejó los gemelos en la mesa y comenzó a desabrocharse la camisa—. La otra muchacha, la criada, ¿cómo se llama?

—¿La hija de la aya?

—Sí, sí, esa, creo que es ella, tocó algo en la fiesta. —Frunció la nariz.

—Sí, señor, se llama Roser.

El duque sonrió al espejo mientras se peinaba con los dedos. Ya estaba con la ropa de cama, pero aun así se veía más elegante que cualquier persona del pueblo.

—Roser, un nombre bastante bonito. —Fue hacia la mesa que tenía al lado de la ostentosa cama y se sirvió un vaso de licor—. ¿Qué has conseguido sacarle?

—Señor, no tuve muchas oportunidades de...

Acai frunció el ceño.

—Pensé que ya te habías encargado de ello. Obviamente, no puedo esperar que lo hagas solo. Tráela, yo hablaré con ella.

—Señor, ¿cómo debo...?

—Cualquier excusa. —El duque vació el vaso de un trago y lo apoyó con fuerza en la mesa —bufó—. Dile que queremos hacerle un regalo a... la futura pareja.

Se sirvió un poco más de licor, con el ceño aún fruncido.

—Sería difícil evitarlo, esa joven ya clavó sus garras en el príncipe, pero eso nos servirá para distraerlo. —Tomó otro sorbo—. Necesito saber qué están haciendo, cómo puedo sacarle el poder que ahora ostenta con esa maldita gárgola.

Frunció los labios y dio unos golpes al vaso con el dedo.

—¿Qué crees que sucedió esta noche?

—¿Señor?

—Cierto, no estabas. —Inspiró—. Por un momento, la gárgola dejó de funcionar, se quedó quieta.

—¿Se le acabó la magia?

Acai hizo girar el líquido en el vaso y lo observó a trasluz.

—Esa es una opción... o tal vez la joven lo hizo a propósito, para desacreditar al mago. Ella es la única que puede controlarla, así que no podemos saber. —Dirigió la vista a su asesor, que se mantenía parado en el

mismo lugar—. Necesito saber más. Esa criada nos ayudará.

—Sí, señor.

—Ahora, retírate. —Le hizo un gesto con la mano que aún sostenía el vaso.

—Sí, señor.

El consejero salió con prisa y el duque cerró la puerta detrás de él. Luego fue hacia las ventanas y las aseguró también. Antes de correr las cortinas, se tomó un momento para mirar hacia afuera. No había mucha gente viviendo en ese vecindario. Varias de las familias adineradas no pudieron sobrevivir la emigración. Solo se podía ver a algunos soldados caminando por esas calles. Entraban en las casas vacías de a dos o tres. El duque se aproximó más al vidrio rajado.

—¿Y qué es lo que ustedes están haciendo? —murmuró.

Capítulo VIII

Tura volvió a su habitación hacia la madrugada. Los pasillos del castillo estaban vacíos y fríos. Apenas se cruzó con un guardia que caminaba con desgano y le dio un saludo igual de perezoso. Encontró a Roser dormida en su cama. Suspiró y comenzó a desvestirse. Cuando se hubo cambiado, con cuidado, levantó los cobertores de la cama y se acomodó en el extremo opuesto a donde se encontraba su doncella. Estaba casi durmiéndose cuando Roser se movió y se incorporó.

—Oh, ya estás aquí. No escuché cuando volviste. ¿Qué hora es?

—Tarde —gruñó Tura.

—Debo —Roser bostezó—, debo acomodar tu ropa y ¿no quieres algo de comer? Es algo tarde para bañarse, pero podría cepillarte el cabello.

La muchacha se incorporó en la cama y estiró los brazos con ostentación. Otro bostezo le desencajó la mandíbula y ella sacó las piernas fuera.

—Roser, duérmete o ve a tu habitación.

—¿No te molesta si...? —Roser se acostó de vuelta y se arropó.

—¿Por qué me molestaría? —dijo Tura sin volverse ni abrir los ojos—. Pasas más tiempo en mi cama que en la tuya.

Roser rio quedamente mientras se acurrucaba entre los mantas.

—Tal vez no deberías hablar así; si alguien te escuchara, pensaría otra cosa.

—No creo que nadie me escuche y, en este momento, no quiero escuchar a nadie tampoco. —Suspiró—. Fue una noche muy... mala. —Frunció el ceño.

—¿Qué sucedió?

—No creo que... —Tura se mordió el labio—, tal vez no debiera... De todas formas, no importa, no puedo pensar en ello ahora, estoy demasiado cansada.

Roser se volteó y quedó boca arriba. Tura estaba a punto de dormirse otra vez, cuando Roser habló de nuevo.

—¿Sabes lo que creo?

—Mmm.

—Creo que él no tardará en proponerte matrimonio.

—¿Eh? —Tura se tapó la cabeza con los cobertores—. Roser, no tiene nada que ver con... Quiero dormir.

—¿Es que no te dice nada? ¿Nunca? Estoy segura de que te tuvo que haber dado algún indicio. Es decir, todos podemos ver...

—Roser.

—¿Sí?

—¿Cómo van las cosas con tu madre?

Roser calló. Tura se acomodó otra vez y apretó los párpados.

—Ella no..., no me quiere escuchar —susurró Roser.

Tura suspiró y se acomodó boca arriba en la cama. Abrió los ojos. La luz pálida de la luna que entraba por la ventana dibujaba sombras en el techo.

—Entonces déjala, haz tu vida.

—No puedo. —La voz de Roser sonó amortiguada, como si sostuviera los cobertores sobre su boca.

—¿Por qué no?

—Es mi madre.

—Sí, bueno, puedes seguir viéndola, pero sepárate, haz lo que quieres.

—No puedo, si llego a..., ella no me hablaría nunca más.

—¿Y eso es malo?

—¡Sí!

—¿Peor que vivir la vida que ella quiere para ti y que a ti no te gusta para nada?

Roser calló de nuevo y Tura volvió a acomodarse de costado. Roser se removió en la cama.

—No es fácil.

—No —murmuró Tura—, es necesario.

Roser enmudeció de una vez por todas y Tura al fin pudo dormir, entonces abrió los ojos y se quedó mirando por la ventana, hasta que el sol salió.

Se despertó al mediodía y se encontró sola en la cama. Fue hacia la cómoda y se lavó la cara y las manos con el agua que Roser le había dejado. La muchacha era inteligente y la había colocado de forma que le diera el sol que entraba por la ventana, por lo que el agua estaba levemente tibia.

No había terminado de desenredarse el pelo con los dedos, cuando se abrió la puerta de su habitación. Roser entró con una sonrisa y una bandeja de comida.

—Sabía que ya te habrías levantado.

—O más bien tú te habrías encargado de hacerlo. —Tura reprimió una sonrisa y se sentó a la cómoda.

—¿Cómo dormiste? —le preguntó la muchacha mientras le colocaba la comida delante.

—Bien y tú.

—Bien.

Las dos se quedaron mirándose unos segundos.

—Tienes ojeras —dijo al fin Roser.

—Tú también.

Rieron a la vez. Tura comenzó a comer mientras su doncella elegía la ropa que vestiría ese día. Roser iba cantando por lo bajo a la vez que rebuscaba entre los vestidos que estaban en el ropero. Después de que hubo elegido uno, comenzó a peinar el cabello de Tura.

—Estoy comiendo.

—Lo sé, pero ya es tarde y no quiero que te demores mucho antes de llegar a la biblioteca.

Tura frunció el ceño y se enredó un rizo en el dedo mientras terminaba de masticar lentamente.

—Guifré ya está ahí, ¿no?

—Mmm.

Tura negó con la cabeza.

—Eres terrible —dijo, pero se levantó para vestirse.

Roser también le aplicó un poco de crema bajo los ojos, para disimular las ojeras. Y, cuando Tura no la miraba, le agregó un poco de rubor en las mejillas.

—¿Ya está? —preguntó Tura, que no había estado prestando atención.

—Sí.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo un poco antes. Se volvió hacia Roser, que se había puesto a acomodar los restos de la comida.

—Roser.

—¿Sí?

—En verdad creo que debes considerar... Te mereces ser feliz —dijo con rapidez y salió de la habitación, donde Roser quedó con la boca abierta.

Encontró a Guifré solo en la biblioteca, enfrascado en uno de los libros. El muchacho se puso de pie apenas la vio entrar.

—Hola —musitó.

—Buenas tardes —saludó Tura esquivando su mirada y sentándose un

par de sillas más lejos de él.

Escogió un libro y comenzó a leerlo con furia. Guifré se sentó con lentitud y arrastró los pies por el suelo un par de veces, antes de retomar su propia lectura.

—¿Qué...? —comenzó Tura—. ¿Hablaste ayer con Jaume?

—Sí —suspiró Guifré—, estaba alterado, pero no es de extrañar con lo extenuado que estuvo estos últimos días.

—¿Sabe qué sucedió?

—No.

—¿Tú qué crees?

—No lo sé —se acomodó las gafas—, hay algunas magias que se acaban y esta era la única gárgola que funcionaba, tal vez...

—Ojalá no sea eso —susurró Tura.

—Yo también lo espero —le dio una palmada al libro—, debemos encontrar algo enseguida. No nos queda mucho tiempo.

Tura asintió. Guifré jugueteó un rato con la punta de la hoja del libro que tenía enfrente.

—Hay otra cosa de la que quería hablarte y no tuvimos tiempo a solas.

Ella se removió incómoda en la silla.

—Mmm —dijo, pero no levantó la vista.

Guifré la miró unos minutos más, antes de retomar su lectura.

Pasaron unas horas así, hasta que ya era media tarde y todavía estaban en la biblioteca, leyendo. Él había levantado varias veces la vista hacia ella, quien se empeñaba en mantener la cabeza gacha.

—¿Algo interesante? —preguntó el príncipe al fin.

—¿Eh? No, no, realmente no hay nada.

Tura dejó el libro en la mesa y se frotó los ojos.

—A lo mejor deberíamos descansar un poco —propuso Guifré—. ¿Te parece que vayamos a caminar?

Tura miró por la ventana, estaba nublado, pero las nubes eran claras y el aire despejado. Una brisa fresca se filtraba por los marcos. Frunció el ceño.

—No, la verdad no.

Guifré tamborileó los dedos en la mesa.

—¿Y algo de tomar? Puedo pedir que nos traigan té y tal vez unos pastelillos.

—Está bien —sonrió Tura fugazmente—, eso me gustaría.

—Bien. —Guifré se puso de pie y salió a buscar a una criada, poco

después estaba de vuelta. Se sentó al lado de Tura—. Ya está encargado. Sabes, no tuvimos tiempo de hablar después de la fiesta, no realmente.

—No hay mucho que decir. —Bajó la vista al libro.

—¿Cómo que no? Tú sabes lo que yo..., yo siento.

—Mmm.

—Tura.

—Tal vez, no sé..., quizá lo sepa, ¿qué es lo que sientes?

—¿Es necesario que te lo diga? Creía que ya lo sabías...

—Guifré, somos amigos.

—No, o sea sí, pero más que eso, pensé que lo habías notado —se rascó la nuca—, yo siempre... No conozco a nadie como tú.

—Eso es porque yo no pertenezco a tu mundo.

—Sabes que eso no me importa y además ahora es distinto, tú tienes otra posición.

—¿Qué posición? Según Jaume, no soy más que un error.

—Eso cambiará —aseguró Guifré—, llevará algo de tiempo, pero cambiará, y si tú fueras mi esposa...

Tura se levantó de la silla y se acercó a la ventana.

—No puedo, Guifré, y ahora menos que nunca, ahora que descubrí...

—¿Que descubriste qué? ¿Que tienes poder? —Guifré se puso de pie a su vez y dudó—. ¿Ya no me necesitas? ¿Es que solo fui...?

—¡¿Qué?! —Tura enrojeció y se mantuvo firme de cara a la ventana—. No, no. Me refería a que ahora descubrí que soy realmente fuerte.

—Siempre fuiste fuerte —sonrió—, es lo que me atrajo de ti.

—No, Guifré, lo que quiero decir es —inspiró— que por fin puedo defenderme sola, puedo..., no dependo...

—¿De mí?

—De nadie —murmuró.

Guifré se acercó y se detuvo a unos pasos. Estiró un brazo, para alcanzarla en el hombro, y lo bajó antes de tocarla.

—¿En realidad quieres vivir así? —susurró—. ¿Sola?

Tura se encogió y apoyó la frente contra la ventana.

—No puedes —Guifré apretó los puños—, sé que no puedes. Te conozco mejor de lo que crees y eso no es lo que quieres, solo piensas que lo quieres.

Tura sonrió sutilmente y apretó los párpados.

—¿Cómo puedes saber eso? —La voz le salió ronca.

—Sé por qué lo niegas, por qué niegas necesitar a alguien.

Tura miró el marco de la ventana y se mordió el labio. Volvió a cerrar los ojos, abrió la boca y la cerró. Se apretó las manos y respiró.

—¿Ah, sí? —se volvió y lo enfrentó—: ¿por qué?

—Porque tienes miedo, ¿por qué más?

—Yo no tengo miedo —resopló mirándolo a los ojos—, no tengo miedo, sé defenderme y sé quién soy.

—¿Y quién eres?

—Soy una mujer fuerte, independiente y que puede sobrevivir sola.

—Eso no lo creo. —La mirada de Guifré se endureció durante un segundo.

—¿Que soy fuerte o que soy independiente? —Tura puso los brazos en jarra.

—De eso no tengo dudas, es la parte de la soledad la que no creo. —Guifré se animó y se acercó unos pasos más.

—Siempre estuve sola.

Él se acercó un poco más.

—Ya no, ya no es necesario. —Bajó la voz—. Hace tiempo que ya no es así.

—No necesito a nadie...

—Tura —le colocó un rizo detrás de la oreja—, no todos los hombres son como tu padre.

Ella se congeló con la boca abierta. Cuando la cerró, tragó saliva lentamente.

—Tú no conoces a mi padre.

—Sé lo que él te hizo —Guifré apoyó su mano en el rostro de ella— y yo...

—¡No! —Tura lo empujó y se alejó de él—. No, no, no. No sabes nada. No quiero hablar de eso, ni de esto, no sabes quién es mi padre ni lo que hizo. —Se encaminó hacia la puerta, aunque se detuvo a último momento—. Y no tengo miedo, mucho menos miedo de él, sé defenderme, puedo hacerlo sola.

Se dio la vuelta, se encaminó hacia la puerta y se dio de lleno contra Biel.

—Capitán —reaccionó Guifré con las orejas enrojecidas—, ¿cuánto hace que...? ¿Sucedió algo? ¿Regresaron?

—No, señor, no es eso. —Biel detuvo a Tura del brazo cuando ella trató de esquivarlo—. Será mejor que usted también se quede, señorita. —Ella

abrió la boca—. Los soldados encontraron algo.

Tura apretó las mandíbulas y espiró lentamente. Biel entró en la biblioteca, seguido de ella. Se aproximó a la mesa y dejó encima una caja de madera oscura, sin inscripciones a la vista.

—Esto fue lo único que hallaron. Y no me refiero a lo único que parecía cumplir con lo solicitado, sino que lo único aparte de muebles y algunos utensilios de cocina.

Tura y Guifré se inclinaron sobre el cofre, evitando cruzar las miradas.

—Será mejor que busque a Jaime —dijo Guifré.

—Sí, señor. —Biel inclinó la cabeza.

—Yo iré —propuso Tura.

—Pero deberíamos..., podríamos..., Biel puede...

—Iré yo —insistió ella—, son solo unos minutos.

Tura dejó la habitación antes de que Guifré pudiera agregar más. El príncipe miró de reojo al capitán, suspiró y volvió su atención a la caja.

Poco después, Jaime jadeaba por los pasillos, seguido por Tura, considerablemente menos animada que el mago. Encontraron a Guifré todavía inclinado sobre la caja, sin tocarla.

—Jaime —se irguió el príncipe—, ven a ver esto, es de lo más interesante.

El mago, agitado, se paró frente a la mesa y se aproximó al cofre con lentitud. Lo observó desde distintos ángulos.

—Estas inscripciones —dijo pasando el dedo por una de las aristas.

—Sí, son como las del libro y los cubos —confirmó Guifré— y no se ven desde cualquier dirección. Estaba esperando que vinieras para abrirla.

—Bien, bien —asintió Jaime y puso las dos manos por sobre la caja, sin tocarla. Luego cerró los ojos.

Frunció el ceño mientras murmuraba por lo bajo. Cada tanto se detenía y luego volvía a empezar. Luego de unos largos minutos, por fin bajó las manos y abrió los ojos.

—Es seguro abrirla —dijo y se sentó en la silla.

Guifré se acercó entusiasmado al cofre, escoltado por Tura y Biel. Dentro de la caja había más cubos, algunos con símbolos extra, que no habían visto antes, y unos papiros. El príncipe, después de inspeccionar los cubos, tomó los papiros. El papel estaba seco y se rompía al tacto, lo abrió con cuidado y lo puso sobre la mesa. Jaime se inclinó sobre ellos a su lado.

—Está escrito en el mismo lenguaje que los cubos —comentó el

príncipe.

—¿Pueden leerlo? —preguntó Biel.

—Más o menos —señaló unas líneas—, aquí cuenta algo sobre unos reyes, tal vez los que vivieron aquí antes.

—¿Y las gárgolas? —inquirió el capitán.

—¡Aquí! —dijo Tura señalando casi la mitad del documento.

Guifré y Jaume situaron la mirada en ese punto.

—Sí, aquí dice algo sobre ellas —asintió el mago—, sobre cómo despertar a un ejército.

Biel golpeó las manos una vez y sonrió.

—Eso es lo que buscamos, ¿para cuándo podrán saber cómo hacerlo?

Los tres a la vez levantaron la vista del papiro más grande que habían encontrado dentro del cofre.

—Primero debemos descifrarlo —dijo Guifré.

—Y luego entenderlo —siguió Jaume.

—También tendremos que probar —acotó Tura.

—¿Uno? ¿Dos días?

—Capitán —dijo Guifré—, no puede esperar soluciones tan rápido.

—Señor, creo que no disponemos de tanto tiempo, hace más de una semana del ataque a escala y nos demoramos bastante en encontrar esto. Además, después de la incursión de anoche...

—Estará listo lo más pronto posible —aseguró Jaume con severidad.

Biel suspiró.

—Informaré al rey —dijo y abandonó la biblioteca, dejando allí a los tres inclinados sobre el viejo papiro.

En uno de los pasillos se cruzó con Roser. La muchacha caminaba con una sonrisa en los labios y tarareando por lo bajo. Biel se detuvo un segundo e hizo una leve inclinación con un gesto tieso.

—Hola, capitán —Roser lo saludó con alegría.

—Señorita.

La muchacha rio.

—Soy solo una criada, señor.

—Eres la doncella de la señorita Tura.

Roser se acomodó el cesto de ropa que llevaba sobre la cintura y frunció los labios mientras los ojos se le iban para arriba.

—Sí, creo que lo soy. —Volvió a sonreírle al capitán a la vez que se ponía en marcha—. Espero que tenga un buen día.

—Yo también —murmuró Biel mientras la observaba alejarse hacia el otro extremo del pasillo.

Roser retomó su camino y su canción. Al doblar en una de las esquinas, se tropezó con otro hombre que iba en la dirección contraria.

—Oh, perdón, señor —dijo mientras se agachaba para levantar la ropa que se le había caído.

El hombre se arrodilló a su lado.

—No es problema, en realidad, justamente te buscaba a ti.

Roser se tensó y se puso de pie de un salto. El asesor del duque de Reff le sonrió. Era un hombre bajo y enjuto, el cabello ralo le hacía parecer mayor, aunque su edad era tan indefinida como su nombre.

—No te asustes, muchacha, solo quería hablar contigo.

—¿Sobre qué? —Roser frunció el ceño.

—Sobre..., digamos..., sobre una persona que ambos conocemos.

—No creo que compartamos conocidos. —Sonrió Roser y lo rodeó.

El hombre la tomó por el codo, como si quisiera que caminara a su lado.

—Claro que sí, ella está dando mucho de qué hablar en estos días.

Roser se zafó de su agarre y se alejó unos pasos. Se alisó la falda con una mano y se acomodó unos mechones de pelo que habían caído sobre su rostro.

—Creo que, si quiere hablar con la señorita, debería pedir una cita con ella.

—No quiero hablar con ella, sino de ella.

—No es apropiado que yo...

El hombre sonrió.

—No es nada inadecuado, al duque le gustaría conocer sus gustos para poder comprar un regalo apropiado cuando el anuncio que todos esperamos se haga real.

Roser se relajó.

—Ah, eso.

—¿Ya sucedió? —El asesor dio un paso hacia adelante.

—No, no que yo sepa, pero creo que pasará en cualquier momento. —Se tapó la boca para ocultar su risa—. No puede ser malo que les diga qué necesita la señorita, le hacen falta muchas cosas que una dama debería tener.

—Y el duque estaría feliz de proveer.

Roser se enroscó el pelo en un dedo.

—Debo llevar estas ropas con la lavandera, pero después podríamos

hablar un poco.

—Me encantaría, la buscaré más tarde. —El hombre hizo una reverencia y se alejó por el pasillo.

—Aunque no soy tan tonta —murmuró Roser—, «el duque quiere conocer sus gustos», claro, más bien querrá conocer sus secretos. —Sonrió y entonó por lo bajo—: Aunque tal vez yo descubra los suyos...

A la mañana siguiente, el castillo se despertó con el sonido de las alarmas: estaban siendo atacados otra vez.

Tura se levantó de la cama a regañadientes, la noche anterior se habían quedado hasta la madrugada tratando de descifrar los papiros encontrados por los soldados. Roser la ayudó a vestirse y la peinó con una sencilla trenza envuelta alrededor de la cabeza. Tura declinó el desayuno y corrió hacia la puerta principal. A la salida del castillo, miró hacia todos lados, pero solo encontró soldados que iban de un lado a otro.

Se internó en las calles de la ciudad. La gente había salido de las casas y miraba tranquila a su alrededor. Algunos paraban a cualquier soldado que se cruzaba y le hacían preguntas. Muchos se dirigían a la muralla exterior, excitados y hablando en murmullos acalorados. Tura caminaba a su lado y no tardó en atraer todas las miradas. Algunas eran de animadversión y otras, muchas, de respeto y orgullo.

Al llegar a la base de la muralla, se dirigió a las escaleras con decisión. Los soldados le cedieron el paso sin hacerle preguntas. Los demás ya estaban allí arriba. Tura suspiró y se abrió camino para acercarse a Guifré.

El príncipe y el rey hablaban por lo bajo mientras señalaban hacia el horizonte. Tura se arrimó con cuidado, manteniéndose alejada de Acai.

—... y son más que la otra vez —señaló Guifré apuntando hacia la izquierda—. Mira allí, hay por lo menos seiscientos hombres.

El rey suspiró.

—¿Por qué no me despertaste? —Tura le susurró a Guifré.

Ferran frunció el ceño.

—Porque es de día, no había nada que pudieras hacer, y al menos podrías dormir un poco más —expuso el joven.

El duque se acercó al grupo por detrás.

—¿Qué piensas hacer, primo? —dijo con una sonrisa torva—. Todavía

es temprano para tu arma secreta.

—Tendremos que aguantar —comentó el rey sin volverse hacia el duque.

Guifré observó el próximo campo de batalla y apretó los labios. Tura miró hacia el sol, todavía faltaban horas para el mediodía. Luego echó un vistazo a la gente que se apiñaba contra el pie de la muralla, se peleaban por tener un lugar cerca de la puerta.

—Creo que será mejor lograr que se alejen —sugirió el mago, que había seguido la mirada de Tura.

Guifré le hizo una seña al capitán.

—Señor.

—Es conveniente que mantengamos a los civiles lejos, que vuelvan a sus casas y no salgan de ellas hasta que las alarmas dejen de sonar.

Biel miró la turba que golpeaba el muro como si fuera una marea.

—Va a ser difícil, no tenemos los suficientes soldados para mantener a los civiles y para contener al enemigo.

—Tal vez unas palabras de su rey —dijo Jaume— o su príncipe.

Ferran suspiró.

—Déjalos que hagan lo que quieran.

Guifré miró a su padre y negó imperceptiblemente con la cabeza. Sin pensarlo, compartió una mirada con el capitán.

—Iré yo —anunció de repente, cuadrándose de hombros.

Biel lo acompañó abajo y cuidó que nadie se acercara demasiado.

—Gente —Guifré se acomodó las gafas—, señores y señoras, por favor, necesitamos de su ayuda. Para poder contener la amenaza, es necesario que nuestros soldados se concentren en el enemigo y estén seguros de que ustedes están a salvo.

—Queremos ver a la gárgola —gritó uno de los hombres.

Guifré se rascó la nuca.

—Todavía no va a salir, se necesita..., eh, un tiempo de preparación. Si ustedes regresan a sus casas, les avisaremos cuando esté lista.

Los murmullos crecieron a su alrededor.

—¿Y qué pasará mientras tanto?

—¿Y si atacan?

—Para eso están nuestros soldados —dijo Guifré— y todavía no están atacando, no debemos desperdiciar nuestros recursos.

—Yo quería ver la gárgola. —Sonó la voz de un niño.

—Por favor —repitió Guifré—, regresen a sus casas. Les aseguro que no dejaré que se pierdan el espectáculo cuando suceda.

—Está bien —dijo uno de los hombres que había ayudado a despejar la muralla—, yo le creo, trabajó con nosotros en la limpieza.

—Sí, lo recuerdo —comentó otro.

Se oyeron más murmullos dentro del grupo. Algunos todavía pedían ver la gárgola, pero otros defendían el pedido de Guifré.

—Está bien —dijo el primer hombre luego de un momento—, volveremos después.

Guifré suspiró y sonrió, relajando los hombros.

—Gracias.

El príncipe y el capitán volvieron a subir a la muralla. El aire allí seguía tenso, con todos observando hacia el campo de batalla, excepto Acai, que tenía la mirada clavada en Guifré. El joven se paró al lado de Tura y el capitán se quedó a su derecha.

El pequeño grupo clavó la vista en el horizonte, el sol se elevaba sobre un cielo azul y despejado.

Capítulo IX

Roser se encontró con el asesor del duque frente a las caballerizas, en medio del caos desatado por las alarmas que no dejaban de sonar desde el amanecer. El hombre insistió en ir a la mansión para que pudiera hablar con su señor.

—¿Pero el duque no estará en las murallas? —cuestionó Roser mirando alrededor.

Cerca de ellos, había unos guardias del ejército real que estaban atentos a sus movimientos. Se veían algo nerviosos.

—Estuvo durante la mañana, pero volvió a su mansión para almorzar —dijo el asesor empujándola hacia el rastrillo, que seguía elevado— y le gustaría poder hablar contigo antes de volver a su deber.

Roser lo siguió de mala gana, los guardias iban a sus espaldas. Las calles estaban vacías excepto por unos cuantos soldados que patrullaban con desgana. El consejero la guio por la avenida principal. Era la calle más ancha y la mejor cuidada. A sus lados se alzaban las casas más importantes de la ciudad, la mayoría de dos pisos.

—¿Y cuál es tu posición?

El hombre torció el gesto.

—Perdón, señor —Roser cambió a un tono más formal—, solo me refería a que no conozco su título.

—No tengo —gruñó—, todavía.

Roser sonrió levemente y apuró el paso para ajustarlo al del asesor, que había acelerado el suyo.

Se detuvieron frente a una de las mansiones más grandes y en mejores condiciones. Tenía un pequeño jardín al frente y una doble puerta. Por dentro, el lugar estaba casi completamente restaurado, Roser pasó los dedos por los muebles enormes y vastamente adornados mientras esperaba en el comedor.

—¿Admirando el mobiliario? —Sonrió Acai—. Me temo que no es el más apropiado, pero es todo lo que mis criados pudieron conseguir.

—Pues se ven muy bien, señor —sonrió Roser—, y están muy limpios.

—Sí, eso puede ser. —Se sentó en el sofá, aunque no hizo ninguna señal a Roser—. A lo que nos ocupa: estamos muy interesados en los gustos de su señora. Me complacería en extremo poder darle un regalo apropiado para la unión que todos anticipamos.

Roser sonrió.

—Pues yo no sé mucho de esas cosas, mi señor.

—Claro que sí —Acai se relajó en el enorme sillón —, todos sabemos que los criados se la pasan hablando de temas que no deberían saber y mucho menos compartir; siempre escuchando tras las puertas.

—Yo no, mi señor.

El duque se inclinó hacia adelante y apoyó los codos sobre las piernas.

—Vamos, querida, estamos entre amigos aquí. Es obvio que les da algo con qué entretenerse y yo no estoy en desacuerdo. —Tensó los labios—. Es seguro que habrás oído algo que nos sea de ayuda.

—No, mi señor.

—¿Cuál era tu nombre?

—Roser, mi señor.

—Roser, bonito nombre —Acai mostró los dientes—, eres joven, es lógico que todavía no sepas cómo funcionan las cosas.

—Señor, si me permite...

El duque frunció el ceño, el consejero arrastró los pies detrás de ella.

—Lo siento, señor.

—Como decía, querida, no sabes cómo funcionan las cosas y me agradecería explicártelo, pero no tenemos el tiempo suficiente. Debo volver a la muralla para ayudar al rey a coordinar las defensas. —Se puso de pie—. Dime lo que sepas sobre esa muchacha que se mudó al castillo.

Roser retrocedió unos pasos y chocó contra el consejero. Acai se inclinó hacia ella y le rozó el rostro con el dorso de la mano.

—Vamos, querida, que no tengo todo el día.

—Los hombres están cansados, señor, llevan gran parte del día peleando. Ellos tienen muchos refuerzos y nosotros, poco recambio.

Era media tarde y Biel lucía desaliñado, aunque él no había ido al frente en ningún momento. Ferran miró tentativamente alrededor y luego hacia la gente que estaba esperando debajo, al pie de las murallas. Habían vuelto a salir y esa vez Guifré no había logrado que volvieran a sus casas. Ahora murmuraban agitados, sin dejar de lanzar miradas a su príncipe y a Tura.

—¿Qué hay de los civiles? —preguntó el rey.

—Son pocos los que están en condiciones y aun así... —Biel negó con

la cabeza.

—¿Capitán?

—Señor, no creo que haya forma de llegar a la noche.

Ferran se dio la vuelta y buscó al mago.

—Jaume.

—Señor, no hay nada que pueda hacer, lo hemos intentado todo, solo se despierta cuando baja el sol.

—¡Pues haz que baje!

—Señor —Jaume se limpió la frente con el pañuelo—, ninguna magia...

—Eres inservible. —Ferran inspiró con fuerza y se aferró al borde de la muralla, con la cabeza gacha.

Guifré se acercó a él, estiró el brazo, pero no llegó a apoyar la mano en su espalda. La retiró cuando se dio cuenta de que todos lo observaban. El duque se adelantó.

—Primo.

—Ahora no, Acai.

—Señor —dijo con suavidad Biel—, ¿sus órdenes?

Ferran cerró los ojos y rechinó los dientes. Después de un momento, levantó la cabeza y miró hacia todos lados, se retorció los dedos y respiró profundamente.

—Que se retiren —musitó—, díles que se retiren.

—Sí, señor.

El rey se dio la vuelta y se alejó hacia las escaleras que conducían a tierra. Guifré lo siguió poco después. La gente al pie los recibió en silencio, algunos soldados ayudaron a abrirles el paso. Los murmullos volvieron enseguida y crecieron en volumen.

Tura miró hacia la ladera, el ejército enemigo no disminuía y el suyo era cada vez más pequeño. Solo unos cuantos soldados dispersos por aquí y por allá. Casi todos ellos se pararon de repente, al oír una orden que Tura no escuchó, y los vio comenzar la retirada. Cuando se volvió, estaba sola en la almena, así que decidió regresar a la biblioteca.

Evitó las miradas y las preguntas de la gente. Algunos trataron de detenerla, aferrándola de los brazos y de las ropas.

—Suéltenla. —Sonó la voz de Biel.

La gente se retiró y el capitán la tomó del codo para guiarla lejos de allí.

—¿Por qué nos retiramos?

—¿Por qué no sale la gárgola?

—¿A dónde van?

Tura agachó la cabeza y se acomodó al paso del capitán. Biel caminaba a su lado con los labios apretados y la mirada fija en el lejano castillo, la cabeza erguida.

—Tal vez deberíamos decirles algo —murmuró Tura.

—¿Y qué les diríamos? —No apartó la vista del frente—. Es mejor así, mientras menos gente conozca las debilidades de nuestra arma, mejor.

—Pero el enemigo, ¿no lo hace ya?

—No lo sabemos con seguridad, es muy pronto para que lo hubiera notado.

—Nunca ganaron en las noches.

—Pero nunca atacaron desde el amanecer —dijo por lo bajo Biel—, al menos no desde que usamos la gárgola por primera vez. A lo mejor solo tuvieron suerte.

—O alguien les dijo.

Biel se detuvo de repente y se encaró frente a ella.

—Eso sería traición.

—No digo que no, ¿pero no te parece demasiada casualidad? Justo atacaron al amanecer, en el peor momento, cuando habíamos encontrados los cubos. ¿Cómo más podían saberlo?

—Los soldados que los encontraron no sabían qué era lo que buscaban —murmuró el capitán.

—¿Dónde los encontraron?

—En una de las casas grandes, en el sector acomodado... —La voz de Biel se perdió junto con su mirada hacia las moradas de dos pisos que se erguían cerca del castillo—. Será mejor que vuelva a su habitación, señorita.

—¿A dónde vas? —lo llamó Tura al ver que se alejaba, pero Biel no se volvió.

Tura notó que por la calle adyacente se acercaba más gente, se apresuró y cruzó la puerta exterior del castillo. Los soldados bajaron el rastrillo después de que ella entrara. Oyó los gritos de la gente a sus espaldas, pero no se dio vuelta.

Dentro de la fortaleza, pasó por la sala de audiencias donde varias voces sonaban agitadas y no pudo evitar quedarse a escuchar lo que decían.

—Primo, estamos otra vez en la misma situación, ¿qué vamos a hacer? ¿Huir de nuevo?

—No es lo mismo, Acai, cuando llegue la noche...

—¿Qué harás? Liberarás tu estatua viviente, ¿podrá con todo ese ejército? Te advierto que este reino no puede soportar otro asedio.

—¿Me adviertes? —dijo Ferran.

Acai se irguió frente a él.

—Ya es momento de dejar de huir, debemos aplastar al enemigo de una vez por todas, para que nosotros podamos vivir decentemente.

—¿Y cómo piensas hacerlo, primo? No tenemos un ejército suficientemente...

—Lo tuvimos. Tuvimos la ocasión y tú preferiste...

—¡Elegí lo que era mejor para el pueblo! —La voz del rey se elevó como hacía mucho que no sucedía—. La paz.

—¿Qué paz? ¿La de los cobardes?

Ferran apretó los puños y sacudió la cabeza.

—No hubiéramos ganado.

—Con la dirección apropiada, tal vez sí. —Acai cruzó los brazos sobre el pecho y se irguió de esa manera que le permitía parecer más alto que los demás.

Ferran abrió la boca y luego volvió a sacudir la cabeza.

—Cuando llegue la noche, soltaremos la gárgola. —Suspiró, se dirigió a la sala de consejo y cerró la puerta tras de sí.

—¿Y luego qué, primo? —Acai se adelantó para seguirlo.

—Luego veremos —dijo Guifré y se interpuso en su camino.

Acai echó la cabeza hacia atrás y lo miró por sobre la nariz.

—Veremos..., ¿ese es el plan?

—Sí —las orejas de Guifré enrojecieron—, y es el plan que hemos de seguir. Como siempre, te olvidas que hablas con el rey.

—Por ahora —musitó.

—¿Perdón..., tío? —Guifré se inclinó hacia él—. No te oí bien.

—Sobrino —el duque elevó la voz—, este reino no soportará otro asedio, necesitamos alguien que actúe.

—Estamos actuando.

Acai miró alrededor.

—¿Estamos? ¿Quiénes? Ni siquiera veo al rey aquí.

—Estoy yo.

—Ah, sí..., estás tú —Acai se mesó la rubia barba—, pero no eres la única opción que tiene este reino.

—Soy la legítima. —Guifré apretó las mandíbulas.

El duque rio.

—La legitimidad está dada por lo que acepta el pueblo. —Sonrió—. Ya veremos, como ustedes dicen, ya veremos.

Tura se vio empujada hacia atrás. Jaume la metió en una habitación y le tapó la boca. Los pasos de Acai se oyeron poco después por el pasillo.

—Debes tener más cuidado con las escuchas, joven —dijo el mago—, el arte está en saber cuándo una conversación termina.

—Yo no estaba escuchando.

—Claro.

Tura frunció la nariz y la boca se le torció.

—Ese hombre —caminó de un lado a otro dentro de la habitación—, no sé por qué le permiten hablarles así.

—Es el primo del rey —explicó con calma Jaume, sin quitar la mirada de la joven.

—No tiene ningún respeto.

—Tú tampoco.

Tura se detuvo en seco y lo miró con ojos de piedra.

—Es distinto.

—Es lo mismo.

—Yo no busco... —bajó la voz— derrocarlo.

—Tal vez no, pero si no lo respetas es lo mismo. Aunque debo concederte que no inspira mucho. El príncipe, por otro lado, está empezando a tomar en serio su lugar.

Tura sonrió.

—Sí, aunque yo le digo que debería prohibirle la entrada al castillo al duque. Es como si anduviera por su casa, cada vez que quiere...

—¿Tú le dices?

Tura se cubrió la boca con la mano. Jaume rio con un sonido seco.

—No es de extrañar que Guifré haya encontrado la fuerza necesaria. Y creo que, si es así, entonces, mi querida joven, deberías examinar si es verdad que no tratas de derrocar al rey.

—Yo no soy Acai.

—No dije que lo fueras, pero ¿lo que tú quieres es tan distinto de lo que desea él?

—¡Sí! Guifré es el heredero legítimo y él es más inteligente y compasivo y tiene más carácter...

Tura se detuvo cuando vio la ancha sonrisa del mago.

—Se ve que tienes en gran estima al príncipe. —Jugueteó con el pañuelo que tenía en las manos—. Eso es un alivio en parte, aunque hubiera preferido evitarle esta distracción... Aunque esta sería una ocupación más apropiada para ti.

—Es un amigo.

Jaume asintió en silencio.

—Es un amigo —repitió Tura.

—Te escuché la primera vez.

—Pero no me crees.

—Y ¿eso importa? —Jaume se encogió de hombros—. Lo que yo piense... o lo que tú prefieres creer.

Tura dio un paso atrás.

—Eres... —Sacudió la cabeza—. No, no, tenemos que ocuparnos de otra cosa ahora, tenemos que despertar a las demás.

Hizo a un lado al mago y abrió la puerta de la habitación. Salió al pasillo sin fijarse si había alguien por allí.

—Voy a la biblioteca —anunció.

—Yo también. —La siguió Jaume.

Encontraron a Guifré allí, mirando por la ventana. Se dio vuelta poco después de que entraran. Tura se detuvo y frunció el ceño.

—¿Cuándo...? ¿Cómo...?

—Debemos trabajar —anunció el príncipe.

Se reunieron alrededor de la mesa y no se levantaron hasta que cayó la noche y fueron a la muralla exterior para guiar a la gárgola a la batalla. El rey estuvo ausente.

Apenas llegaron, Biel se acercó a Guifré. Llevaba el uniforme sucio y con rastros de sangre, aunque no parecía estar herido. La piel tenía un tono grisáceo y los ojos estaban apagados, las líneas alrededor de la boca se habían profundizado.

—Señor, desde el mediodía no volvieron a atacar más allá de pequeñas revueltas dispersas. —Apretó las mandíbulas—. Estamos rodeados, debe haber alrededor de ochocientos de ellos.

—¿Y nosotros?

—Quedan menos de cien soldados, algunos heridos.

Guifré se acercó al borde de la muralla y miró hace la masa de uniformes verdes que estaban a pocos metros de la pared. La plata refulgía como algas bajo el agua.

—¿Tura?

—Sí —asintió ella, y apretó los cubos entre los dedos.

Los días siguientes, pasaron interminables horas en la biblioteca con decenas de libros abiertos a su alrededor. Jaume había subido algunos de los que había en su cuarto de las mazmorras y también llevó el resto de los que guardaba en su habitación.

Al anochecer, volvían a la muralla. Luego de la primera noche, se hizo evidente que una sola gárgola no alcanzaría para aquel ejército que no dejaba de inundar las laderas de la colina. El daño que hacía cada vez era menor y el enemigo ya había aprendido a ocultar a la mayoría de los soldados durante la noche. Estaban rodeados y las provisiones les durarían no más que unas pocas semanas.

Durante el día, cada tanto Guifré debía ausentarse para detener los avances de Acai dentro del castillo. El rey se había refugiado en sus habitaciones y ya casi no salía de ellas. Pero las peores noticias las habían tenido la noche anterior, cuando la gárgola había comenzado a fallar otra vez. Tardaba en obedecer las órdenes de Tura y una vez..., una vez sencillamente no había acatado. Casi no la pudieron hacer regresar.

—Aquí —señaló Jaume—, probemos esta combinación.

Tura y Guifré lo observaron acomodar los símbolos de los cubos y tratar de traducir el papiro.

—Ya casi —dijo Jaume—, miren en esta parte, ya casi lo tenemos.

—Pero hay palabras que no tienen sentido —comentó Tura.

El mago la miró de reojo.

—¿Tienes algo mejor?

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué dice? —preguntó Guifré.

—A ver —Jaume se guio con un dedo rechoncho—: la reina... castigó al rey... Su hermana... un hijo... enloqueció... una nueva magia... furia de gárgolas... un nuevo ejército... animado por eh..., eh..., ¿la furia?... las almas... del rey en piedra. —Jaume frunció el ceño—. Esto no puede estar bien.

—¿Qué?

—No, no puede ser.

—¿Qué? —insistieron Tura y Guifré al unísono.

—Es..., es muy raro, pero esto no es posible —Jaume apretó los labios y echó una ojeada a Guifré—, diría que implica esclavizar almas.

El príncipe inspiró con fuerza.

—¿Almas? —preguntó Tura.

—Sí, este..., las gárgolas estarían animadas por almas de... personas.

—¿Qué? Todo este tiempo estuve... —Tura se puso de pie y se alejó de la mesa, se llevó las manos a la cabeza—, ¿es una persona?

Guifré se puso de pie y se acercó a ella.

—Tú no podías saberlo, ninguno de nosotros pudo hacerlo.

Tura se abrazó a sí misma.

—No es una persona —dijo Jaume—. De eso estoy seguro, no hay una magia suficientemente fuerte, esclavizadora o no, que pueda arrancar el alma de una persona y ponerla en..., en donde sea.

—¿Entonces? —preguntó Tura.

—Debe de decir otra cosa, a lo mejor algo como que están animadas o que parecen tener alma propia, tal vez.

—Es obvio que esa no es la traducción correcta —opinó Guifré, que estaba a medio camino entre la mesa y Tura—, creo que será mejor que descansemos un poco.

—Estoy de acuerdo —dijo Jaume frotándose los ojos.

—¿Tura?

Ella asintió y se dejó conducir hasta su habitación. Los pasillos estaban fríos y nadie merodeaba por ellos.

—No te preocupes —musitó Guifré con suavidad—, estoy seguro de que no es así.

—¿Y si lo fuera?

Guifré suspiró.

—No tendríamos la culpa, ninguno de nosotros, no podíamos saberlo.

—Pero ¿la seguiríamos usando?

Guifré titubeó. Se frotó la nuca y bajó las manos de golpe, y después volvió a subirlas para acomodarse las gafas.

—¿Guifré?

—No lo sé, no lo sé.

Tura se quedó mirándolo.

—Tal vez... a veces hay que hacer... ¿Hasta dónde está bien...?
—Sacudió la cabeza con fuerza—. ¿Dónde está el límite?

—No lo sé —cerró los ojos un momento—, es una de las preguntas más difíciles de contestar y me la he hecho varias veces... por otros motivos.

Abrió los ojos y se quedó mirando los de Tura, de un marrón cremoso. Se contemplaron en silencio un largo rato.

—¿Es que todo se reduce siempre a «ellos o nosotros»? —gimió ella—, ¿«él o yo»?

—Será mejor que descansemos —insistió el príncipe y esperó a que ella entrara a su habitación y cerrara la puerta.

Tura se alegró de no encontrar a Roser en el cuarto, aunque ello implicara que nadie había encendido del fuego. Esa tarde no hubiera podido soportar sus preguntas o su incesante parloteo. Estaba tan agotada que, durante una hora, no hizo más que dar vueltas en la cama y revolver las sábanas y mantas.

Al final se cansó y volvió a la biblioteca, que estaba vacía. Tomó una de las copias del papiro que había hecho Guifré para no dañar el original y unos cuantos libros y volvió a su habitación. Pasó dos horas más tratando de encontrar el sentido y, cuando creyó que lo había hecho, se quedó dormida.

Esa noche volvieron a liberar la gárgola. El ejército enemigo había aprendido a esquivarla. Por fortuna, obedeció todas las órdenes de una enardecida Tura.

Temprano al día siguiente, volvieron a la biblioteca, donde Acai no tardó en interrumpirlos. Guifré cada vez lo echaba con menos educación. A media tarde, decidieron dar por terminada la búsqueda y descansar un poco antes del anochecer.

Tura volvió sola a su habitación y encontró la puerta abierta, voces de hombres sonaban dentro.

—Allí está —exclamó Acai apenas se acercó al umbral—. Capitán, arréstela.

Biel miró al rey que estaba sentado frente al tocador, en una de las pocas veces que se lo veía fuera de su habitación. Los libros y la copia del papiro estaban delante de él.

—Ha estado envenenando con palabras al príncipe, es claro que busca poder para ella misma —acusó el duque sin una pizca de vergüenza—. Es posible que hasta sea la razón por la cual la gárgola dejó de funcionar. A lo mejor no es cierto que no se mueve durante el día, ¿cómo sabemos eso? Es ella quien la controla.

—¿Eso es verdad? —preguntó Ferran con la mirada cansada.

—¡No! —Tura miró desde el rey hasta el capitán—. Por supuesto que no.

El duque se acercó a la cómoda frente a la cual estaba sentado el rey. Tomó uno de los papiros, lo miró y volvió a tirarlo sobre un libro.

—Entonces, ¿qué hacen todas estas cosas en tu habitación?

—Estoy ayudando con la investigación, como todos saben.

Tura retrocedió unos pasos hacia la puerta, pero Biel se encontraba cerca y le hizo una leve seña con la cabeza. Ella frunció el ceño.

—En la biblioteca, pero ¿aquí? —El duque se dirigió al rey—. ¿Por qué hacerlo a escondidas? Para poder tomar el poder de la gárgola para sí.

—Eso no es cierto. —Tura jadeó y se adelantó—. No podía dormir...

—Ah, admites que lo trajiste sin el conocimiento de los demás.

—¡No digas pavadas!

—Ahí lo tienes, primo, ningún respeto por la familia. Le das un poco de lugar a esta gente y...

—¿Guifré sabía de esto? —Dudó Ferran.

—Claro que sabe que... estoy investigando con él.

El rey suspiró. Se frotó las sienes con ambas manos. Miró del duque hacia el capitán y luego hacia Tura.

—No, me refiero a si sabe de esto —señaló los libros— en tu habitación.

—Pues..., pues... —Tura miró a Biel— solo lo traje porque no podía dormir.

Ferran se levantó de la silla con lentitud.

—Biel.

El hombre dudó unos segundos y luego se acercó a Tura.

—¿Qué es esto? —Ella retrocedió con los ojos agrandados—. Jaume también tiene libros en su habitación, él...

—Es el mago de la corte —sonrió Acai— y los libros son suyos.

Biel tomó a Tura de las muñecas y le colocó los brazos a la espalda. Con un firme empujón, la llevó fuera de la habitación.

Capítulo X

Pasó una hora antes de que Guifré apareciera por los calabozos. Ella se había arremangado el vestido y su trenza estaba prácticamente deshecha.

—¡Tura! —Pegó la boca a la pequeña ventanilla de la puerta—. Tura, ¿estás ahí?

—¿Y dónde más voy a estar? —Ella caminaba en círculos dentro de la celda.

—Tura, voy a arreglar esto, no te preocupes. —Guifré trataba de verla a través de la pequeña ventana, pero solo distinguía la tela de su vestido revolotear de un lado a otro.

—¿Que no me preocupe? —Elevó la voz—. ¿Notaste dónde estoy?

—Ya lo sé, estoy haciendo todo lo posible para sacarte cuanto antes.

Tura se acercó a la puerta y se puso en puntas de pie para poder mirar por la ventana. Los ojos calmos de Guifré se encendieron del otro lado.

—¿Qué quiere decir eso?

El príncipe calló un momento, sin dejar de mirarla.

—¿Guifré?

—Mi padre está muy alterado por todo esto —murmuró.

—¿Por qué? Yo no hice nada.

—Lo sé, lo sé, pero sufre muchas presiones, necesita actuar y...

—¿Y? Yo soy una buena opción, ¿no? ¿Es que no se da cuenta de que Acai lo está manipulando?

—No es así, él...

—Guifré, tú lo sabes bien.

El príncipe suspiró.

—Acai... está presionando mucho últimamente.

—Tú sabes por qué hizo esto, yo no tengo la culpa de nada. Solo seguía investigando y creo...

—Lo sé, lo sé. —Se detuvo y se acercó más a la puerta, aunque ya estaba pegado a ella—. ¿Qué es lo que crees?

—Bueno, estaba bastante cerca de..., creo que..., pero no estoy segura, tendría que probar algunas cosas primero.

Guifré calló durante un largo rato antes de contestar.

—Veré lo que puedo hacer.

—¿Cuándo crees que podré salir?

—No lo sé, unos días.

—¿Unos días? —Tura se mesó los cabellos, la trenza que llevaba se le había desarmado por completo—. Guifré, no podemos perder tanto tiempo.

—Créeme, lo sé. Justamente esa es la razón por la cual no puedo acelerar el proceso, todo parece indicar que habrá un ataque importante dentro de poco.

Tura clavó los dedos en la madera.

—Esas son buenas noticias —se mordió la lengua—, me refiero a que, si hay un ataque, tienen que dejarme salir para que puede dirigir a la gárgola.

—Al contrario —suspiró Guifré—, lo que temen es que aproveches esa oportunidad para aliarte con el enemigo.

—¡¿Qué?! Eso no tiene sentido. —Tura cerró los ojos y apoyó la frente en la puerta—. Guifré, es Acai el que está esperando esta oportunidad para tomar el control.

—Él no... —El príncipe apretó los labios—. Escúchame, Tura, todos sabemos que no es cierto, incluso mi padre lo sabe. Cuando vea las cosas con calma, se dará cuenta de que estas acusaciones no tienen sentido.

—¿Qué harán si atacan?

—No lo sé todavía, por eso debo volver con mi padre y el duque, no puedo perderme ninguna reunión que tengan.

Tura se dio la vuelta a la vez que contenía un gemido, apoyó la espalda en la puerta y apretó los puños.

—Estoy cerca de algo importante —murmuró—, lo sé.

—Encontraré la forma, Tura, tal vez Jaume... Debes confiar en mí.

Ella abrió los ojos, casi no había luz dentro de la celda, la única fuente era la antorcha del pasillo que se filtraba a través de la ventana de la puerta. A pesar del frío de la época, el ambiente estaba caldeado allí y respirar era molesto.

—¿Tura? ¿Me escuchaste?

—Sí.

—Entonces, ¿confiarás en mí?

Ella suspiró.

—Tura, no tienes que hacerlo sola, pero sí tienes que decidir, ¿confías en mí o no?

La muchacha se retorció los dedos.

—Sí.

—No te defraudaré. —Sonrió Guifré.

Desde los calabozos, corrió a la biblioteca para buscar a Jaume. El mago estaba sentado a la mesa repleta de libros y con los cubos desparramados frente a sí. Apenas levantó la vista cuando Guifré entró en la habitación.

—Jaume, ¿cómo va?

—Más o menos igual —el mago se limpió la frente con el pañuelo—, más o menos igual.

—Tura cree que consiguió algo.

—Esa muchacha, ¿dónde está? Ya sabía yo que no se podía confiar en una mujer para un trabajo serio...

—Jaume, ¿no lo sabes? Esta tarde Acai acusó a Tura de traición. —El príncipe apretó los labios.

—¿Qué?

—Sí, acabo de verla, está en una de las mazmorras. —Guifré se aferró al respaldo de la silla—. Acai guio a mi padre a la habitación de Tura, donde ella había llevado unos libros y una copia del papiro.

—Yo también tengo una.

—¡Por supuesto que sí! Es lo que todos estábamos investigando. Pero Acai lo retorció todo, solo por sus orígenes y...

—¿Y?

Guifré inspiró.

—Porque ella es la única que puede manejar la gárgola y eso le genera sospechas —o eso es lo que dice—, sobre todo porque fue Tura la que me trajo los primeros cubos.

—Creí que habías sido tú el que los había encontrado.

—Sí, fui yo el que los vio primero, pero en ese momento olvidé guardarlos.

Jaume desvió la mirada.

—Vamos, Jaume, no puedes pensar lo mismo.

El mago miró hacia la puerta abierta y frunció los labios.

—Estuvimos siempre junto a ella y tú fuiste quien le enseñó las palabras, cómo pronunciar las inscripciones —insistió el príncipe.

—Sí, mi joven señor, no es en eso en lo que pensaba, sino —se inclinó hacia delante y bajó la voz— en que es una buena oportunidad para que el duque le proponga un trato a Tura, ¿no?

—¿Un trato? —Guifré frunció el ceño.

—Piénsalo de esta manera, Tura es la única que maneja la gárgola

—dijo con voz tirante— y la gárgola es la única ventaja del rey, una a la que Acai no tiene acceso en este momento y que le está haciendo perder influencia. Si ahora le ofreciera a Tura la libertad a cambio de...

—¡Ella no lo haría!

—Lo sé —lo apaciguó Jaume—, cálmate, muchacho, uno no pasa tanto tiempo con alguien sin llegar a conocerlo al menos un poco. Ella no se aliaría con Acai, lo cual no quiere decir que él no lo intente.

Los nudillos de Guifré emblanquecieron y los dedos se hundieron en el respaldo de la silla.

—Intentaré retenerla allí hasta que pueda convencerla —apretó los dientes el príncipe— y, conociéndola a Tura, ello puede tardar mucho tiempo.

—Una chica testaruda, sí. ¿Y qué dices que descubrió?

Guifré lo miró extrañado unos segundos y después contestó:

—No está segura, necesita volver a revisar el papiro.

Jaume tamborileó los dedos sobre la mesa.

—¿Y cuándo podrás sacarla?

Guifré torció el gesto.

—No lo sé, tengo que conseguir hablar con mi padre a solas, pero Acai está en todo momento rondando a su alrededor. Y si lo que piensas es cierto, va a ser difícil sacarlo de en medio.

—No creo que tengamos mucho tiempo.

—No, por eso necesito tu ayuda.

—Estoy haciendo todo lo posible —Jaume señaló los libros esparcidos en la mesa.

—Lo sé, pero si Tura tuviera acceso...

—Guifré, si está acusada de traición, colaborar con ella...

—Falsamente acusada, y la voy a sacar de allí, pero no podemos perder ese tiempo. Además, no hay nadie vigilando.

—Algo que agradecería que no mencione a todos en el castillo, señor —declaró Biel entrando en la biblioteca.

—Capitán, eh..., ¿cuánto escuchó?

—Solo el comentario sobre la guardia, señor. Y, si me permite decirlo, no estoy convencido de la acusación que pesa sobre la muchacha. Por supuesto, obedeceré todas las órdenes de mi rey. De todas formas, soy el encargado de evaluar los peligros y no creo que ella sea uno.

—Gracias, capitán.

—Solo cumplo con mi deber, señor. —La comisura del labio le tembló levemente—. Ah, acabo de hablar con el rey, estaba solo en la sala de consejo.

—¿En serio? —Guifré se volvió hacia el mago—. Jaume, ¿puedo confiar...?

—En fin —suspiró este—, no hay mucho que perder.

—Bien. —Sonrió Guifré—. Luego te busco, voy a ver a mi padre.

Salió prácticamente corriendo de la biblioteca. Jaume miró a Biel.

—¿Así que tú lo acompañas en su locura?

—Por lo que acabo de oír, lo acompañamos todos.

Jaume estrujó el pañuelo.

—Además —continuó tranquilamente el capitán—, era mi entendimiento que tú apoyabas al príncipe, por sobre... lo demás.

—¿Eh? —El mago dio un respingo—. Yo jamás insinuaría..., solo apoyé a un muchacho sensato, con potencial. —Biel no le quitó la mirada de encima—. Creo que continuaré investigando, eh..., en otro lugar.

Jaume recogió los libros.

—Capitán —dijo el mago cuando Biel ya se iba—, a ti tampoco se te da tan mal.

—Yo obedezco al rey incluso en lo que no estoy de acuerdo, pero también tengo un deber con el pueblo. Y siempre y cuando no dañe al rey ni lo contradiga...

Jaume sonrió.

—Por supuesto, nadie quiere dañarlo.

Abandonó la biblioteca antes que el capitán.

Tura seguía de pie desde que había entrado en la celda. Caminó un poco más y probó acuclillarse para descansar, no quería tocar el piso inmundo, pero las piernas ya se le estaban cansando.

—¿Tura?

—¿Quién anda ahí? —Se puso de pie de un salto y tuvo que apoyar la mano en la pared para mantener el equilibrio. La quitó de inmediato y se limpió la humedad contra la falda del vestido.

—¿Quién más, muchacha?

—¿Jaume?

—¿Quién más? —resopló el mago.

—¿Dónde está Guifré?

—Trabajando por ti, querida.

Jaume suspiró al ver que Tura no contestaba.

—Está con el rey, pidiendo por ti.

—No puedo creer que Acai haya hecho esto. —Tura bufó y sus pasos resonaron dentro de la pequeña celda.

—¿No puedes?

—Quiero decir que no puedo creer que el rey le haya hecho caso.

—Voy a repetir mi pregunta, ¿no puedes?

Tura bufó con más fuerza.

—Está bien, está bien.

—Muchacha, te advertí que tuvieras cuidado, este no es un juego para mujeres.

—Esto no tiene nada que ver con ser mujer.

Jaume sonrió.

—¿En serio crees que no? Es una parte importante de por qué estás aquí, aunque tienes algo de razón, no es solo por eso, pero de ese otro tema también te previne.

—¿Para eso viniste? ¿Para regodearte?

—No, no, y no vine, más bien me mandaron, pero... bueno, Guifré me dijo que estabas cerca de resolver algo.

Tura caminó una y otra vez por delante de la puerta.

—Sí, aunque no estoy segura, casi puedo sentirlo, tengo que examinar el último papiro otra vez.

—Pues, qué suerte que lo traje.

—¿Lo tienes? —Se detuvo—. Dámelo.

—Con cuidado —dijo Jaume a la vez que introducía el papel por la ventanilla de la puerta.

Tura lo tomó con avidez.

—¿Tienes los cubos?

—No, no podía traer todo, tengo solo dos manos, ¿sabes?

—Creí que tenías magia.

—Muy graciosa, joven, pero ¿sabes?, no tengo que estar aquí. Me estoy arriesgando al colaborar con una traidora.

—¡No soy una traidora!

—Tal vez no, tal vez sí. Ahora mismo, en este calabozo, es lo que eres. Y eso es un peligro para mí.

—Lo entiendo y... eh, gracias.

—Bien, quería que eso quedara claro.

—Pero necesito los cubos o el libro pequeño donde está el hechizo para despertar la gárgola.

—Ese sí lo tengo, o al menos una copia. Ten.

Tura acercó todos los papeles a la ventanilla.

—Necesito más luz.

Jaume suspiró, pero acercó una de las antorchas. Tura murmuraba por lo bajo mientras pasaba de un papel a otro.

—Y, ¿lo tienes? —preguntó Jaume después de unos minutos.

—Sí —susurró Tura y luego repitió en voz más alta—. Sí, lo tengo.

—¿Qué es? —Jaume se apretujó contra la puerta.

—Esto es lo que dice: «Las gárgolas fueron creadas por la reina, luego de que descubriera la traición de su marido». No entiendo el nombre.

—No importa, continúa.

—«Luego de que se descubriera su traición, la reina, una maga poderosa, lo convirtió en piedra, siempre atado a su voluntad, viviendo en la noche que había amparado su crimen. Una magia utilizada únicamente por mujeres y solo en hombres, una magia para vengar su vergüenza y apaciguar su furia». Esto confirma que solo las mujeres pueden controlar las gárgolas, como lo sospechaba. —La voz de Tura sonó alegre.

Jaume resopló.

—Eso tiene sentido si la loca de esa reina creó una magia tan oscura que solo puede ser despertada por la furia. —El mago bajó la voz—. ¿Tanta es tu cólera, joven?

Tura frunció el ceño.

—Yo no...

—Claro que sí, si pudiste despertarla es porque odias a los hombres tanto como aquella reina... o tal vez solo a uno de ellos. Nunca supe mucho de tu familia. ¿O fue algún novio anterior?

—No hubo... No hay mucho que decir. —La voz de Tura sonó acerada—. No tengo familia, mi madre murió.

—¿Y tu padre?

—Él no tiene nada que ver con esto —masculló.

—Oh —sonrió Jaume—, pero yo creo que sí.

—¿Acaso importa cómo? Yo puedo despertar a la gárgola, ya sabemos cómo, solo tenemos que encontrar a otras que tengan... motivos.

—No creo que eso sea un problema, pero encontrar una que tenga tanto el motivo como el talento... Aún hay algo que no cierra, ¿por qué no pudiste

despertar a las demás?

Tura revisó los papeles.

—Pues no está claro, en teoría está atada al rey.

—¿Atada al rey o es el rey? —preguntó Jaume—. ¿Y qué hay de las demás? No se pueden hacer tantas gárgolas con un solo hombre —bajó la voz—, ya es difícil hacerlo con uno solo.

Se escucharon ruidos de hojas del otro lado de la puerta. Tura murmuraba por lo bajo y releía una y otra vez. Jaume esperó con paciencia.

—Espera..., aquí dice que la reina fue perdiendo la cordura poco a poco. Comenzó a castigar cada crimen convirtiendo al criminal en gárgola, hasta que el más mínimo error de un criado se convirtió en una ofensa al reino y a su persona, y en una nueva estatua para su colección. —Tura calló un momento y luego agregó para sí—: Eso explica adónde fue toda la gente y por qué todo quedó en este estado.

—¿Qué más dice?

—«Pronto tuvo un ejército de gárgolas que le permitió controlar a todos sus vecinos y reinar por siempre».

—Sabemos que esa parte no se cumplió —dijo Jaume—, pero sigo sin comprender por qué no podemos despertar a las demás.

—Algo podrías averiguar tú, ¿no?

—No te pases de lista, joven, ¿o no recuerdas dónde estás?

Tura apoyó la espalda en la puerta, bajó los brazos y suspiró.

—Lo sé —susurró.

—Todo un pueblo convertido en gárgolas, al menos todos los hombres, solo una de ellas se despierta, ¿qué tiene de diferente?

Se quedaron en silencio largo rato hasta que Jaume anunció que debía irse.

—¿Por qué?

—No puedo quedarme tanto tiempo, menos con Acai dando vueltas por el castillo. Además tengo otras actividades.

—¿Cuáles?

—Unas que no te incumben. —Pasó la mano por la ventana.

—¿Qué?

—Vamos, niña, no tengo todo el día.

—¿No puedes...?

—¿Y qué crees que pasaría si a nuestro querido duque o incluso al rey se les ocurre venir y te encuentran con esas copias del libro y del papiro?

Tura suspiró y le alcanzó todas las hojas.

—Ya volveré luego —prometió Jaume.

Todavía pasaron horas hasta que Tura recibió otra visita. Dio vueltas por la celda murmurando por lo bajo.

—Una sola despierta, ¿qué tiene de distinto?, ¿qué?

—¿Quién anda ahí? —llamó el soldado que estaba de guardia.

Los pasos se hicieron más rápidos, frenéticos y las sombras temblaron a su alrededor, inundando las paredes.

—¿Quién es? Estas son las habitaciones reales y...

El golpe le dio en el pecho y, antes de que pudiera dar la voz de alarma, le habían tapado la boca y yacía inconsciente en el piso.

—Esto es de lo más impropio —suspiró Acai.

—Necesario —dijo la mujer que se había arrodillado junto al soldado.

Se puso de pie y se sacudió el vestido. Era una simple tela basta y amarronada, casi sin forma, solo con los hoyos necesarios para la cabeza, los brazos y las piernas. Acai la miró de arriba abajo y frunció los labios.

—Eres una mujer peculiar, Ivonne.

Ella sonrió.

—No me extraña que pienses así, todas las que conoces son mujeres débiles, que no creen en nada.

—Tal vez —comentó Acai mientras caminaba lentamente a través del pasillo que iba a la habitación de Ferran.

Además de ellos dos, un grupo de soldados le rodeaban y había otros más en diferentes partes del castillo.

—Pero nunca conocí a una que matara sin remordimientos.

—¿Por qué habría de tenerlos? —Frunció el ceño—. Él está mejor ahora, lejos de la vida falta de fe que llevaba, he rezado por él.

—Ojalá no lo hagas por mí —murmuró para sí Acai y se paró frente a la puerta—. Es aquí.

—Bien. —Sonrió Ivonne.

Se disponían a ingresar cuando oyeron pasos que se acercaban por el pasillo. Se ocultaron en las sombras que proveía una de las esquinas. La mujer hizo un gesto con el ceño fruncido a Acai, quien negó lentamente con la cabeza.

—¿Padre? —preguntó Guifré antes de girar el picaporte—. ¿Puedo hablar contigo?

Ferran abrió la puerta.

—Sabía que vendrías otra vez. —Suspiró—. Entra, pero no esperes mucho.

Ivonne salió de su escondite cuando la puerta se volvió a cerrar.

—¿Qué esperamos? —susurró.

—Que esté solo.

La mujer rio por lo bajo.

—Así nos ahorraremos tiempo. —Estiró el brazo hacia la aldaba.

—No —Acai la detuvo—, el joven todavía me puede servir.

Ivonne miró de reojo la habitación real y volvió hacia las sombras, mientras el duque vestía una sonrisa y golpeaba la puerta.

Horas después, Guifré cerró con fuerza la puerta de la habitación de su padre. Estaba despeinado y sus gafas, empañadas. No miró alrededor, a las varias sombras que se movieron mientras refunfuñaba por lo bajo.

Pasó primero por las habitaciones de Tura y luego por la cocina, los criados lo saludaron con respeto. Él se quedó esperando hasta que tuvieron listo lo que les había pedido. Recién volvió a los calabozos hacia el amanecer.

—Lo siento, Tura, no pude hacer nada, ya casi lo convencía cuando llegó Acai.

—Maldito —dijo Tura dando un golpe a la pared.

—Te sacaré de aquí, nunca te dejaría sufrir —se irguió—, encontraré la forma.

—Lo sé —susurró Tura contra la puerta—, tú no eres así.

El príncipe levantó la vista de golpe y se le enrojecieron las orejas. Casi se le cayó lo que llevaba en las manos.

—Te..., te traje algo de comer —dijo Guifré, que miraba la ventana y la bandeja que llevaba—, te lo iré pasando de a poco, ¿está bien?

—Sí —contestó Tura y se relamió los labios—, creo que no había pensado en ello hasta que lo mencionaste.

—No encontré a Roser —dijo Guifré mientras le pasaba pan, queso, galletas y un poco de sopa a través del ventanuco.

Tura frunció el ceño y tragó un bocado.

—Hace unos días que no la veo. Tal vez por su madre, ya sabes cómo la controla.

—La cuida —corrigió Guifré—, pero le preguntaré.

—¿Hablaste con Jaume? ¿Te contó?

—Sí —se animó el príncipe—, mientras esperaba que te prepararan la comida me contó todo. Es impresionante, Tura, eres muy lista.

Ella se sonrojó y tosió un poco.

—¿Estás bien?

—Sí, solo me atraganté.

—No, me refería a..., ¿recuerdas la conversación cuando creímos...?

Tura se inmovilizó cuando llevaba otro bocado a la boca.

—Sí —dijo con voz pequeña—, estuve pensando y, la verdad, no sé cuál es la respuesta. ¿Cómo deberíamos actuar? ¿Ellos todavía son hombres?

—No lo sé. —Guifré se quitó las gafas y se frotó los ojos—. Prefiero creer que dejaron de serlo cuando esa reina los cambió, que ella los mató y nosotros solo los...

—¿Usamos?

Guifré apoyó la espalda contra la pared, al lado de la puerta tras la cual estaba Tura. Bajó la cabeza y observó la piedra sucia bajo sus pies.

—Tal vez si solo los hacemos esta vez, para terminar con esta guerra y luego les buscamos el descanso que merecen. —Apretó los puños y se golpeó las piernas—. Realmente, no sé si es lo correcto, pero sé que no puedo dejar que destruyan por completo mi reino cuando hay una oportunidad de salvarlo. Aunque tenga que llevar la culpa el resto de mi vida.

Pasó otro momento en silencio, donde solo se escuchaban los ruidos de Tura mientras terminaba de comer.

—Bueno —dijo al fin Guifré con un resoplido—, de todas formas, todavía no tenemos que tomar esa decisión.

—Sí, eh... —dudó Tura—, aún queda el detalle de esa única gárgola. Como dice Jaume, ¿por qué no puedo despertar a las demás?

—Tal vez sea una relación uno a uno.

—No lo creo, porque el manuscrito da a entender que la reina controlaba todo el ejército ella sola, todas las gárgolas.

—Tal vez —sugirió Guifré con lentitud— se necesita más magia.

—Sí, eso lo pensé también —dio otro bocado y continuó hablando con la boca todavía llena—, tuve mucho tiempo. —Tragó—. Se debe necesitar bastante para manejarlas a todas a la vez, pero ¿por qué no puedo despertarlas de a una? ¿Qué tiene de diferente esa?

—Esa era la única que estaba en un sótano, ¿no? El resto estaba en la

muralla. Es como si estuviera escondida, entre las sombras.

Tura se atragantó. Tosió con furia hasta que pudo aclararse.

—Es cierto, es la única que no estaba a la luz del sol. ¿Crees que será eso? ¿Que no pueden exponerse nunca? Por eso solo despierta por las noches, pero entonces ¿dónde guardarían un ejército?

—Eso no es lo que me preocupa ahora —dijo Guifré en un murmullo.

—Si eso es cierto —dijo lentamente Tura—, nunca podremos despertar a las otras.

—Y no tendremos un ejército. —Guifré se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—¡Maldición! —Tura retomó su vaivén por la celda tamborileando sus dedos contra el bol vacío de la sopa—. Tiene que haber otra forma, una manera de despertarlas otra vez o de crear nuevas. Debe de decir cómo lo hizo, alguna de esas páginas debe tener el hechizo que las creó.

—Aunque estuviera y pudieras conseguirlo, ¿a quién convertirías en piedra? Esa es todavía una decisión peor que la de utilizar las gárgolas ya creadas.

Tura apretó los labios.

—No había pensado en eso. —Suspiró—. Debe de haber una forma de reactivar las existentes. Tal vez en alguno de los otros papiros haya algo.

Guifré suspiró.

—Tal vez.

—No podemos rendirnos, Guifré.

—Lo sé, es que va a ser más difícil sin el ejército que le prometimos a mi padre. Y Acai..., él va a ser inmanejable.

—Dame una oportunidad, sé que puedo encontrar la forma, lo sé.

Guifré suspiró de nuevo.

—Tal vez —repitió.

—Tenemos que hacer algo, aun con una sola gárgola, tenemos que pelear. ¿Qué pasó anoche?

—No hubo movimientos por parte de ellos. Mi padre, por su lado, no tiene planeado un ataque por el momento.

—¿Cuándo entonces?

—No lo sé.

—Guifré.

—En verdad no lo sé.

—Guifré, no podemos huir otra vez.

—¿Crees que no lo sé? —Se rascó la nuca con furia—. Acai nos lo recuerda cada día y yo... estoy de acuerdo, aunque no se lo diré a él, pero mi padre...

Tura mantuvo un silencio tenso.

—Guifré..., no quiero pasar otra noche aquí.

—Tura —él volvió a pegarse a la puerta—, si pudiera... Me quedaré contigo.

—¿Lo harías?

—Claro que sí.

—Gracias —susurró Tura.

Al final, no le quedó otra que sentarse en ese suelo asqueroso, había un poco de paja en un rincón, por suerte no había ratas. Guifré le habló hasta que se quedó dormida. Se despertó de un sobresalto, tenía el cuello y los hombros doloridos y las piernas flexionadas y agarrotadas. En la celda seguía oscuro, así que Tura no sabía la hora.

—¿Guifré? —preguntó en un susurro.

—No —respondió Jaime con un suspiro.

—¿Qué hora es?

—Mediodía.

—¿Dónde está Guifré?

El mago calló.

—Jaime.

—Tuvo que irse, Acai llegó muy temprano en la mañana, con varios soldados, supongo que de un ejército personal. Aunque vaya uno a saber cuándo lo consiguió.

Tura se puso de pie de un salto y cayó poco después. Volvió a levantarse con lentitud, estirando las piernas con cuidado.

—¿Qué pasó?

—No lo sé todavía, aún siguen reunidos con el rey, pero...

—¿Qué?

—Es extraño..., el duque parecía sorprendido de verlo y Biel estaba bastante desaliñado, así como los guardias que se mantenían en la entrada del dormitorio real.

—Jaime, debo salir de aquí, tengo que... —dio un puñetazo contra la puerta—, tengo que...

—Lo que debes hacer, lo *único* que puedes hacer, es encontrar la solución a nuestro problema. —Se detuvo un segundo antes de continuar—.

El enemigo comenzó a moverse otra vez, creemos que esta noche sí atacará.

—¿Esta noche?

—Sí.

—Entonces tenemos que hacer más gárgolas, no hay tiempo que perder.

Jaume rio.

—Claro que no, pero no sabemos cómo despertarlas. Y si yo no descubrí...

—¿Guifré no te dijo nada?

—El príncipe tenía temas más urgentes de los que ocuparse. —Se pasó un dedo por los labios—. Dime.

—Creo que, con Guifré, encontramos la respuesta a nuestra pregunta. La única gárgola que logramos despertar estaba en la mazmorra a oscuras, las demás estuvieron fuera, a la luz del sol y eso debió haberlas..., bueno, haberlas matado. Por eso no podemos despertarlas, no funcionan de día.

—Eso suena plausible —dijo Jaume con interés en la voz—, sí, puede ser que sea así. ¿Pero entonces? ¿Cómo podríamos revivirlas?

—¿Dónde está el límite?

—¿Perdón? —El mago se quedó mirando la puerta de la celda.

—Cuando pensamos que había almas esclavizadas —apuntó Tura con voz serena—, yo no quise..., no creí que fuera lo correcto. Todavía no lo sé, parte de mí piensa que no sería realmente yo la que hiciera mal, eso ya está hecho, pero ¿dónde está el límite? —Se oyó el ruido del vestido, como si no dejara de moverse—. Quiero que esta guerra termine, que dejen de acosarnos, pero no quiero volverme...

—¿Ellos?

El silencio se espesó. Tura estaba inmóvil, esperando que Jaume volviera a hablar. Él, por su lado, tenía la mirada perdida y no dejaba de morderse el labio.

—Quisiera tener una respuesta fácil, muchacha, pero no la hay. ¿Cuándo un abusado en la lucha por defenderse se vuelve abusador? No es una pregunta que muchos hombres se hagan y aún menos quieren contestarla. Yo diría que, si tu existencia está en peligro y te estás defendiendo, entonces todo vale.

Tura se enredó un rizo en el dedo hasta que se le volvió morado. Luego lo soltó y tomó aire lentamente.

—Creo que sería más fácil crear nuevas —dijo en un susurro.

—Muchacha —suspiró Jaume—, tal vez deberíamos recordar a dónde

llevó este camino a aquella reina.

—No sabemos qué pasó al final de esa historia. Además, ¿no planeábamos despertarlas de todas formas? ¿Aun con todas las dudas?

El mago dejó pasar otro silencio antes de volver a hablar.

—Dejemos de lado por un momento la cuestión ética, creo que todavía no comprendes las complejidades de la magia. Lo que propones no es empresa fácil.

—Pero ya se hizo, tenemos pruebas y los papiros. —Se detuvo un segundo antes de continuar—. ¿No crees poder reproducirla?

—¡Por supuesto que sí! —Se acercó a la puerta y se puso de puntillas para mirar por la ventana. —No creas que ese truco funcionará conmigo.

Tura se alejó un paso, donde las sombras no permitían distinguir su rostro, ni la sonrisa que desplegaba. Jaume relajó la postura.

—Regresamos al problema original, si lo podemos hacer y decidimos hacerlo, ¿dónde encontraremos voluntarios? Porque no aplicaremos el método de la reina.

—No —Tura se mordió el labio—, eso mismo preguntó Guifré. Estuve pensando en ello y... tal vez los soldados..., algunos..., luego de la última batalla.

—No lo creas, jovencita, aun el más leal se resistiría a convertirse en un monstruo.

—Pero los heridos, aquellos que no tienen otra alternativa...

—Allí encontrarías más voluntarios, sin duda. —Una sonrisa impregnó la voz de Jaume—. Sí, allí habría hombres desesperados, tienes temple, mujer, y también malicia.

El mago entornó los ojos hacia la puerta de la celda de Tura. Del otro lado, ella abrió la boca y la cerró de un golpe tenso.

—Bien, creo que deberé encargarme de los preparativos solo —dijo Jaume—, en vista de las circunstancias.

—¿Puedes decirle a...?

—Sí, hablaré con Guifré, o al menos lo intentaré. —Suspiró—. ¡Vaya uno a saber cuál va a ser su reacción al escuchar la opción que tenemos! Tal vez Biel tenga mejor suerte con la persuasión, es una decisión estratégica.

—Gracias.

El mago arrastró los pies por el pasillo.

—¡Espera! —gritó Tura.

—¿Qué? —gruñó Jaume.

—¿Crees que podrás enviarme algo de agua?

—Claro —se relajó Jaume—, veré si puedo encontrar a esa doncella tuya, hace días que no la veo.

—¿Roser? Su madre debe de haberla castigado por..., por algo.

—Tal vez —respondió Jaume pensativo—. Te enviaré agua y algo de comer también.

Tura no recibió lo prometido hasta media tarde. Lo llevó una Neus aún más rígida que de costumbre y con el rostro agotado. Tura se mordió los labios mientras recibía la comida que le pasaba por la ventana. Al final, Neus tiró la bandeja al piso.

—Debería estar feliz por tu destino, después de lo que hiciste.

—Yo no traicioné al reino —aseguró Tura.

Neus bufó.

—¿Y quién está pensando en eso? Me refiero a que no solo le quitaste a mi hija su oportunidad sino que me quitaste a mí mi hija.

—Yo no...

—¿Dónde está ella? ¿Acaso huyó con esos músicos?

—No sé —susurró Tura—, creí que estaba con usted.

Neus permaneció en silencio. Tura estaba inmóvil.

—La quiero de vuelta.

—Realmente, no sé dónde...

Neus pateó la bandeja que estaba en el piso.

—Entonces estoy feliz de que te quedes aquí.

Se alejó con un caminar lento. Tura volvió a sentarse en la paja y se obligó a comer, aunque ya no tenía hambre.

Horas más tarde, apareció Guifré junto con Biel. Abrieron la puerta.

—¿Qué sucede? —preguntó Tura al ver el rostro tenso de Guifré.

—El enemigo está preparando el ataque. Jaume tiene listo el hechizo y —apretó las mandíbulas a la vez que Biel se tensaba— los voluntarios. Te necesita.

—Guifré. —Apoyó su mano en el brazo del príncipe.

—La decisión fue tomada —confirmó con el rostro rígido, sin quitar la vista del capitán, quien asintió con el ceño fruncido.

—Lo siento —murmuró Tura.

—Ve ahora, no tenemos mucho tiempo.

—¿Y tú?

—Debo ocuparme de otros asuntos. —El joven estaba tenso y se movía

con rigidez.

—Guifré.

—Biel te llevará con Jaume. —El capitán asintió e hizo señas a un oficial que esperaba a poca distancia, quien se situó al lado del príncipe.

—¡Guifré!

—Está bien, Tura, confía en mí.

—Pero ¿qué sucede? Hay algo más, acaso Acai...

Guifré la tomó por los hombros y la forzó a mirarlo.

—Dijiste que confiabas en mí, ¿no?

—Pero...

—Sí o no, Tura. ¿Acaso no vine por ti? Sí o no.

Ella mantuvo su mirada y luego asintió débilmente.

—Sí —susurró.

—Ve con Biel, ayuda a Jaume, yo me ocuparé de Acai.

Tura se mordió el labio y cuando él la soltó dio un paso hacia adelante. Dudó. Luego le dio un beso rápido y torpe y salió corriendo mientras tiraba del brazo del capitán. El príncipe la observó con ojos soñadores y esbozó una sonrisa triste. Al final apretó las mandíbulas en determinación.

—Primero Acai, y luego me uniré a ti —murmuró.

Capítulo XI

Biel guio a Tura hasta una de las construcciones adjuntas a la muralla exterior, esquivando varios grupos de soldados.

—¿Cuántos...?

Biel le tapó la boca y le hizo indicaciones para que callara. Llegaron a una habitación abarrotada y olorosa. La mayoría de los hombres que se encontraban allí estaban sentados en el piso, sosteniéndose por las paredes y quejándose de sus dolores. Tura apartó la vista de esos cuerpos maltratados, o lo que quedaba de ellos. Cuando llegaron al lado del mago, le susurró por lo bajo.

—¿Servirán? A algunos les faltan...

—Basta con que tengan un brazo y una pierna —murmuró Jaume.

Tura aspiró con las fosas nasales dilatadas.

—¿Qué esperabas? ¿Quién más se ofrecería como voluntario?

Ella enrojeció y dio vuelta la cara.

—¿Cuántos son? —le preguntó a Biel sin poder evitar una ojeada en dirección a la muralla exterior.

El capitán captó la dirección de su mirada.

—Miles —dijo con la cicatriz hundida en su frente.

Tura apretó los labios y asintió en silencio.

—¿Por qué esquivamos...?

—Son hombres del duque ahora —la furia del capitán se traslucía en su gesto—, están por todos lados. Aunque, por suerte, aún la mayoría de los soldados está del lado del príncipe.

—Guifré —susurró Tura y esa vez su cara se volvió hacia donde quedaba el castillo.

—Se las arreglará solo —aseguró Jaume—, nosotros tenemos nuestro trabajo. —Tomó a Tura del brazo y la arrastró hacia un rincón—. Empezaremos por él —señaló a un hombre en los cuarenta, recostado contra la pared, con un ojo vendado y solo un brazo—, toma.

Tura agarró los cubos de madera y miró al hombre que tenía enfrente. Sus ojos reflejaban dolor, pero no se apartaban de ella.

—Vamos, niña, haz lo que tengas que hacer —dijo con voz quebrada.

—Piensa en cualquier cosa que te encolerice —sonrió Jaume—, creo

que no te será difícil, y repite conmigo.

Media hora después, Tura sudaba a chorros en ese cuartucho mal ventilado, pero la magia se activó y el hombre frente a ella soltó un grito agónico. Casi se le cayeron los cubos.

—¡No los sueltes! —gritó Jaume—. No dejes de entonar tampoco.

Tura tropezaba con las palabras mientras el hombre se retorció del dolor, con el rostro desfigurado. La piel se endurecía y adquiría el color de la piedra.

Biel sostuvo a Tura antes de que cayera al piso. Ella respiraba con agitación y ese era el único sonido que se oía en la habitación. Cuando alzó la vista, tenía una gárgola frente a ella, con una perpetua mueca en lo que solía ser un rostro humano. Jaume se secó la frente con el pañuelo.

—Bien, creo que lo hemos logrado.

Tura le echó una ojeada y luego miró a su alrededor. Todos los hombres la observaban con los ojos desmesurados y trababan de evitar a la gárgola. Uno de ellos se puso de pie como pudo y se dirigió hacia la puerta. Un soldado le cortó el paso.

—Déjalo —dijo Biel—, esto es voluntario y, como verán, no hay vuelta atrás, pero sí deben jurar que no lo comentarán si deciden retirarse.

—Como si algo así pudiera contenerse —murmuró para sí Jaume.

El hombre sacudió la cabeza con fuerza y volvió a girar hacia la puerta. El soldado miró a su capitán una vez más y luego se hizo a un lado.

—¿Alguien más? —preguntó Biel.

Solo dos hombres más se fueron. De todas formas, eso los dejaba con menos de diez.

—Todavía falta algo. —Jaume se aclaró la garganta—. Tura, dale una orden.

La muchacha se irguió, apretó los cubos e inspiró.

—Da dos pasos adelante.

La gárgola permaneció inmóvil unos segundos y luego obedeció. Tanto Jaume como Biel soltaron el aire.

—El que sigue. —Jaume hizo señas.

—Volveré en dos horas —dijo Biel—, ya será de noche entonces y podremos salir.

—¿Y si atacan antes? —preguntó Tura.

—Combatiremos —Biel se encuadró de hombros—, como siempre.

—Vamos, muchacha —subrayó Jaume una vez el capitán se hubiera ido—, tenemos que trabajar.

Dos horas después, todas las gárgolas estaban hechas y alineadas. El hechizo se volvió más fácil cada vez, algo que hizo a Jaume fruncir el ceño con preocupación. Tura había podido tomarse unos minutos para descansar y comer algo. Biel irrumpió en el cuarto con agitación.

—¿Cómo va? —preguntó Jaume.

—Todavía están lejos de las murallas, pero son demasiados —miró las gárgolas formadas en fila—, demasiados.

Tura se puso de pie.

—No hay opción. ¿Sabes algo de Guifré? Digo, del príncipe.

Biel titubeó.

—No, no hay novedades, ni malas ni buenas.

Tura apretó los puños.

—Vamos —ordenó Jaume—, es hora de comenzar.

Tura sonrió con cansancio.

—Creí que ya lo habíamos hecho.

—Hora de terminar, entonces —dijo el mago y la empujó fuera del cuarto.

Las gárgolas cayeron sobre el enemigo como un derrumbe. Causaban destrozos allí donde se despeñaban. Sin embargo, el ejército se recomponía con rapidez y volvía a llenar los huecos. Pasada la medianoche, Tura estaba agotándose, las mantenía a todas bajo control, aunque no podía darles órdenes separadas: era la misma para todas.

—Mantén la presión allí —dijo Biel señalando hacia un sector donde el ejército enemigo comenzaba a menguar.

Tura incrementó la concentración de gárgolas en ese lugar. Jaume apoyó la mano sobre su espalda y comenzó a murmurar un hechizo. Tura respiró más profundamente, se enderezó y continuó con sus esfuerzos.

Se oyeron gritos desde el lado izquierdo, una multitud corría dentro de la muralla hacia el centro de la ciudad. Poco después, vieron los uniformes verdes que brillaban bajo la luna entrando a través de un hueco.

—¡Han penetrado la muralla! —gritó Biel—. ¡Contención!

Salió corriendo y bajó la escalera casi a los saltos, un pequeño grupo de soldados salió disparado en la misma dirección. El ejército enemigo cada vez ingresaba en mayor cantidad. Tura no podía dejar de mirarlos.

—No te quedes así, muchacha, trata de hacer algo —la increpó el mago.

—¿Qué quieres que haga?

—Dirige a una de las gárgolas hacia el hueco, que detenga la entrada.

—No puedo. —Tura tembló mientras repartía la atención entre lo que sucedía en la ladera y lo que ocurría dentro de la ciudad.

—¿Cómo que no puedes? —Jaume se secó la frente—. Has estado dirigiendo las gárgolas toda la noche.

—No puedo mandar a una sola, ¡sabes que ya lo intenté varias veces! No puedo darles órdenes individuales.

—¡Entonces manda a todas!

Tura asintió entrecortadamente y susurró otra orden a los cubos que hervían en sus manos. Jaume se dirigió hacia la escalera.

—¿A dónde vas?

—A hacer lo que pueda, mantén al enemigo alejado mientras trato de cerrar el hueco o protegerlo.

Tura se quedó sola en la almena. Las gárgolas se reunieron alrededor de la brecha, del otro lado, y comenzaron a tirar soldados de verde en todas direcciones. El enemigo aprovechó para atacar otras secciones de la muralla.

Tura miraba para todos lados, pero no había forma de controlarlo, no podía estar en todos los sitios a la vez.

—Pero la reina sí podía —susurró—, estoy segura de que sí.

Cuando los cubos comenzaron a quemarle las manos, los separó en dos grupos para calmar un poco la sensación y se quedó rígida al ver sus manos separadas.

—¡Eso es! —Sonrió—. ¿Cómo no lo había pensado antes?

Le susurró dos órdenes diferentes a cada grupo de cubos, pero nada sucedió, las gárgolas seguían presionando en el hueco. Del otro lado, Biel defendía la posición con furia, mientras Jaume, detrás de él, trataba de contener.

—¿Cómo, cómo? —Tura murmuraba mirando sus manos.

Las unió frente a sí, con los pulgares juntos, sin dejar de sostener ambos grupos. Volvió a intentarlo. Y esa vez la mitad de las gárgolas se separaron y fueron hacia el otro sector de la muralla que estaba siendo atacada.

—Eso es. —Tura suspiró y casi cayó de rodillas.

Se le estaban cerrando los ojos cuando sintió una mano cálida sobre la espalda.

—Te estás sobrepasando —dijo Jaume—, pero veo que has logrado un avance.

—¿Puedes separarlas en más grupos? —Biel tenía un ojo cerrado por la sangre y se mantenía de pie sosteniéndose las costillas derechas.

—No —declaró Jaime con firmeza—, es demasiado por hoy, no va a resistir mucho más sin descanso.

Biel asintió y se apoyó sobre el borde de la muralla. Observó el campo de batalla con el ceño fruncido.

—Allí —dijo señalando la ladera— y allí.

Tura inspiró e impartió la orden.

Dos horas después, Guifré por fin apareció en la almena. Llegó solo. Se veía demacrado y cojeaba.

—¿Señor? —Se adelantó Biel.

—Todo está bien, capitán, no hay de qué preocuparse.

—¿Acai? —preguntó Jaime.

—Ya no es un problema. —Guifré frunció el ceño—. Capitán, ahora yo estoy al mando, ¿cómo vamos?

Biel se irguió y asintió con un gesto seco.

—Las gárgolas son eficaces, pero son pocas y el enemigo cuenta con demasiados soldados.

—¿Podremos resistir?

—Podríamos, pero... —Biel desvió la mirada hacia el horizonte.

—En unas horas amanecerá —completó Guifré—. ¿Podríamos aguantar todo el día y llegar a la noche?

—Si continúan atacando como ahora, no lo creo. Saben que el día es su única ventana para avanzar.

Se miraron entre sí, en una mirada de igual a igual. El rostro del príncipe mostraba seguridad y decisión; el del capitán, respeto y orgullo. Guifré suspiró y miró a su alrededor; por primera vez, pareció reparar en Tura.

—Bien, capitán. —Se volvió hacia ella—. ¿Cómo estás? Te ves cansada.

—Estoy bien y no creo verme tan mal como tú.

Guifré sonrió levemente, aunque sus ojos grises seguían opacos. Miró hacia las gárgolas, estaban peleando muy cerca de las murallas. Tura lo vio apretar las mandíbulas y aferrarse al borde de piedras.

—Tal vez —susurró ella—, estaba pensando...

—¿Qué?

—No —sacudió la cabeza—, no puede ser.

—No, dime, acepto cualquier idea.

—No sabía que era cualquiera. —Sonrió y se sonrojó a la vez.

Guifré sonrió con más entusiasmo.

—Acepto cualquiera, pero las tuyas son especiales.

—Bueno. —Tura miró hacia todos lados, los únicos lo suficientemente cerca para escuchar eran Biel y Jaume.

—Necesitamos más gárgolas, ¿no? Pero no tenemos suficientes voluntarios.

—Sí —dijo Jaume—, creo que ya sabemos el problema.

Tura lo fulminó con la mirada.

—Tal vez podríamos, eh..., no esperar a que sean voluntarios.

Biel se puso tenso.

—No.

—No —repitió Guifré y miró confundido—, no voy a hacerles eso a mis hombres. ¿Cómo puedes...? ¿Acaso no es suficiente lo que ya estamos haciendo?

—¡No! No, yo no estaba pensando en eso sino... —Tura se mordió el labio—. No realmente, o sea... ¿acaso no estamos desesperados? —Miró a los tres hombres que tenía a su alrededor—. Todos sabemos que no es una decisión fácil, pero es ellos o nosotros y ya no tenemos más salidas.

—No seré como esa reina —replicó con severidad Guifré—, no convertiré a mi pueblo en esclavo. ¡Es justamente de lo que quiero salvarlos!

Tura le sostuvo la mirada.

—Yo también, por eso no me refería a nuestros hombres. —Bajó la mirada lentamente hacia el campo de batalla.

Los tres hombres miraron también, había una gárgola rodeada por soldados enemigos. Jaume estalló en carcajadas. Guifré suspiró y cerró los ojos, aún con el ceño fruncido.

—Es brillante, muchacha, realmente brillante. No solo obtenemos un ejército, sino que nos libramos del otro. —Sacó el pañuelo del bolsillo—. A ver, déjame ver cómo hacemos para que la magia llegue hasta allí, tal vez tengamos que bajar...

—No creo que sea la mejor solución —consideró Biel.

—¿Qué? —Enarcó las cejas el mago—. Es perfecto, hasta soluciona algunas otras cuestiones que nos inquietaban.

—No podemos condenar a esos hombres.

El capitán sacó pecho y la cicatriz en su rostro se oscureció. Tura miraba

de uno a otro, mientras el mago entornaba los ojos para observar a Biel.

—¿Recuerdas quiénes son?

—También recuerdo el honor de una batalla justa.

—Pero —dijo Tura— ¿no, eh..., no morirían de todas formas?

—¿Tan dispuesta estás a matar? —El capitán se envaró.

Tura enrojeció.

—Solo trato de ayudar —masculló con voz pequeña.

—No la trates así —dijo Guifré con tirantez—. Es una opción... válida, ¿o acaso tú no has matado hombres en defensa del reino?

—Sí, en una batalla de igual a igual.

—¿En la misma igualdad que ahora, peleando con las gárgolas mientras ustedes están dentro? —cuestionó Jaume.

Biel apretó los labios.

—No tiene sentido llevar a los hombres a una batalla perdida, aunque eso es lo que haré si no queda otra opción.

—¡Basta! —exclamó Guifré—. Entiendo lo que sientes, Biel, pero ya estamos luchando una guerra desigual, desde que comenzó el conflicto, y cuando elegimos las gárgolas también optamos por ganarla como sea. ¿O acaso preferirías rendirte?

—No, señor —dijo entre dientes—. Estaría orgulloso de dar mi vida por mi reino y un rey que lo merece.

—No quiero que nadie más de mi reino dé su vida, si puedo evitarlo. Pagaré el precio con mi culpa.

Tura se paró a su lado.

—No lo harás solo.

El capitán se demoró en la expresión de Guifré. Luego, lentamente, se encuadró de hombros y le hizo un saludo a su señor. Guifré tembló, se puso tenso y luego asintió. Le dio un pequeño apretón a Tura en el brazo, con una leve sonrisa, y se volvió hacia el mago.

—¿Se puede hacer?

Jaume se limpió la frente varias veces antes de contestar.

—Sí —dijo luego en un susurro—, sería más complejo, pero se puede.

Guifré miró la batalla, el enemigo no descendía en número; volvió a mirar hacia el horizonte.

—¿Cuánto falta para el amanecer?

—Tres horas —replicó Biel.

Guifré bajó la cabeza y apretó los ojos. Todos esperaban a su alrededor.

Cuando levantó la vista, la fijó en Tura.

—A veces, no hay otra opción —dijo ella—, aunque la decisión que sabemos que debemos tomar no nos gusta y ni siquiera podemos decir que está bien.

El príncipe se miró la pierna lastimada y se rascó la nuca con lentitud antes de dirigirse a Biel.

—Todavía no estoy dispuesto a pedirle el último sacrificio, capitán, este reino merece otra oportunidad. —Se volvió hacia Jaume—. Háganlo.

El mago tardó unos segundos en reaccionar. Poco después, ya revoloteaba alrededor de Tura. Biel se paró al lado de su príncipe, ambos hombres miraban el horizonte.

—Ya estamos listos —anunció Jaume una hora después.

Guifré miró a Tura, quien asintió.

Luego todas las miradas se concentraron en los hombres que luchaban debajo. Pasó casi media hora antes de que algunos de los soldados enemigos se detuvieran de repente y quedaran tiesos. Habían alejado a las gárgolas de una zona y diez soldados se quedaron parados de repente. Sus gritos llegaron hasta la almena. Guifré observaba con ojos agrandados la transformación, se obligó a no apartar la mirada. Cuando el último resplandor se apagó, había diez gárgolas nuevas allí.

Todos los soldados enemigos alrededor se detuvieron y el silencio los envolvió. Hasta que Tura murmuró unas palabras. Entonces las diez gárgolas saltaron a la vez y el enemigo se desbandó. Realizaron el conjuro varias veces más, hasta que Tura ya casi no se podía mantener en pie. Cada vez era más rápido y podía convertir más soldados a la vez, pero controlarlos a todos estaba cobrando su precio. Guifré la sostuvo en brazos mientras miraban al enemigo ser diezmado por las gárgolas, su ejército gris.

Jaume observó a Tura manejando el ejército, sostenida por Guifré, y se alejó. Mientras estaban ocupados ganando la batalla, el mago descendió de las murallas y se dirigió al cuarto donde habían convertido a los hombres. Como no sabían todavía si la magia se acababa luego de un tiempo, habían hecho regresar a algunas de las gárgolas, las primeras. Jaume se acercó a una de ellas, la más vieja, la que habían encontrado en el sótano.

—Creo que ahora probaré algo. —Sonrió el mago mientras embadurnaba la cabeza y los hombros de la mole con una pasta verduzca—. Bien, así es suficiente —tomó unos cubos es su mano, los caracteres eran similares a los que usaba Tura—, veamos...

Buscó en el libro que sostenía con la otra mano y comenzó a leer con fervor. La gárgola se movió apenas y Jaume ensanchó la sonrisa.

—Qué muchacha ni muchacha, no necesito a una mujer.

Siguió repitiendo las palabras con más fuerza, pero la gárgola había vuelto a quedar inmóvil.

—Vamos, mole de piedra, muévete otra vez.

La cabeza de la gárgola se giró unos pocos grados y Jaume rozó su mano pétrea.

—Vamos, mueve otra vez la mano.

Repitió y repitió las palabras, hasta que se quedó sin aliento. Entonces se dejó caer en el piso y se recostó contra las piernas de piedra.

—¿Cómo puede ser que no funcione? —Se limpió la frente con el pañuelo—. Ya no sé qué más intentar.

Luego de un momento, se puso de pie lentamente. Le dio la espalda a la gárgola mientras se sacudía la ropa.

—Tal vez una vez más —murmuró antes de darse vuelta.

En las murallas sobre él, todos estaban tan concentrados en la batalla que no lo encontrarían hasta una hora después, tirado entre las gárgolas, inconsciente.

—Señor —se acercó Biel a su príncipe—, están en retirada y ya comienza a clarear.

Guifré asintió en silencio y miró a Tura, casi desmayada en sus brazos. Poco después, las gárgolas corrían dentro de la ciudad.

Abandonaron la muralla cuando el sol subía.

Capítulo XII

Durante el mes siguiente, las incursiones del enemigo se hicieron cada vez más escasas hasta que desaparecieron. Contaban con un ejército de más de doscientas gárgolas que guardaban en los cuartos encontrados cerca de las murallas. Habían hallado a otra muchacha que era capaz de manejarlas, aunque no más de tres a la vez y Jaume, sin dejar de suspirar y quejarse, la estaba entrenando en la magia a la par de Tura. Si bien le fue concedido el cargo de mago real, Jaume se veía abatido; nunca comentó lo que había sucedido en ese cuarto, cuando lo encontraron inconsciente.

Ferran había abdicado en favor de Guifré. Nadie supo cómo fue esa conversación, solo que el exrey se mostraba mucho más animado después que se conoció la noticia y comenzó a abandonar su habitación para pasar más tiempo paseando por el castillo, llenando la caballeriza de los mejores animales que lograba conseguir en el pueblo y reconstruyendo un jardín abandonado.

El compromiso de Tura con Guifré se anunció poco después de que cesaran los ataques. La fiesta fue tan grande que las puertas del castillo permanecieron abiertas para que el pueblo también disfrutara de las festividades.

Al día siguiente del anuncio, Tura caminaba por las calles de la ciudad, todavía en busca de otra muchacha con talento. Por primera vez en su vida, marchaba con una sonrisa en los labios, la cual desapareció cuando se dio cuenta de que había llegado hasta su antigua casa. O por lo menos, la que había reclamado para sí al separarse de su padre. No pudo evitar acercarse, la puerta estaba abierta.

Estaba bastante arreglada para lo pobre del mobiliario. Dudaba que su padre la mantuviera así, tal vez otra familia se había mudado. Estaba por volverse, cuando vio un movimiento a través del rabillo del ojo.

—¿Hola? —Se acercó a lo que solía ser su dormitorio—. ¿Hay alguien ahí? No quise invadir, esta solía ser mi casa.

Se escuchó un ruido y unos pasos apresurados.

—¿Hola?

Los pasos otra vez y un golpe contra el piso.

Turra corrió hacia la habitación, había una joven desparramada en el

piso. La ropa estaba remendada por todos lados e iba descalza. Tura se detuvo al ver sus pies, los dedos se encorvaban en formas innaturales. Se acercó a ella con cautela.

—¿Estás bien? No quise asustarte. —Le tocó levemente el hombro.

La muchacha gimió y ocultó su rostro contra el piso.

—No quiero lastimarte —Tura se arrodilló a su lado—, déjame ayudarte por lo menos a llegar a la cama.

La muchacha se encogió y Tura avanzó otra vez.

—Por favor —murmuró.

Ella se quedó quieta y Tura la hizo voltearse. Sofocó un grito cuando vio a Roser mirándola a través de unas greñas inmundas.

—¡Roser! ¿Cómo...? ¿Cuándo...? Apóyate en mí —la tomó por los brazos—, vamos, te ayudaré a llegar a la cama.

—No, por favor, Tura, déjame.

—No, Roser, vamos, ponte de pie.

La empujó hasta alzarla y cargó con su peso hasta la cama. Allí le sacó el pelo del rostro. Roser apretaba los puños contra el pecho.

—¿Qué te pasó, Roser? Creí..., creí que tu madre te había castigado —sonrió levemente— o que te habías ido con los músicos.

Una lágrima escapó de la muchacha y escondió la cabeza en la almohada.

—Roser.

—Déjame, Tura, por favor.

Tura vio los puños encogidos de su amiga y tomó uno entre sus manos cuidadosamente. Los dedos estaban deformados, como si los hubieran roto y se hubieran soldado en cualquier posición.

—¿Quién te hizo esto?

Roser retiró la mano y se encogió en la cama.

—Roser, ¿qué pasó? Por favor, yo nunca quise que te pasara esto. —Se atragantó con las palabras—. No debí decirte que dejaras a tu madre, fui una tonta al pensar...

—No fue tu culpa. —La voz sonó aplastada contra la almohada.

—Sí, yo no debí decirte...

—¡No! —Se volvió de espaldas a Tura—. No fuiste tú, sino yo, creí que..., creí que podía ser más inteligente que... —sollozó—, pero tú siempre sospechaste de él y yo no le presté la suficiente atención. Pensé que podía ser como tú.

—¿Como yo? No tienes que ser como yo, Roser, me gusta que seas como eres.

Roser sollozó más intensamente.

—Roser, ¿qué fue lo que te pasó? Por favor, creí que éramos amigas.

—Lo somos, lo hice por ti, creí que podría ayudarte.

Tura trató de que la mirara.

—¿Quién fue?

—El duque —susurró Roser.

—¿Acai? —Tura apretó las mandíbulas—. ¿Él te hizo esto?

Roser se dio vuelta de repente y se aferró al vestido de Tura.

—Por favor, déjame, solo quiero olvidarlo y que él me olvide a mí.

—Pues te prometo que yo no lo voy a olvidar, le voy a hacer pagar por lo que te hizo. Pero dime, ¿cuándo sucedió esto? ¿Cómo pasó?

Roser se mordió el labio, las lágrimas no dejaban de bajar.

—Fue poco después del primer ataque, el que llegó al amanecer, me reuní con su asesor porque me había dicho que querían saber más sobre tus gustos para hacerte un regalo apropiado. —Enrojeció—. Creí que era una buena oportunidad para ver qué tramaban y prevenirte.

—¿Qué sucedió? —Tura le acarició lentamente el cabello.

—El duque..., él quería que le contara todo lo que supiera, lo que no era mucho, pero me retuvo en unos calabozos —miró a Tura con fervor—, yo no sabía que en las mansiones había calabozos. Y ellos... —Se largó a llorar convulsamente cuando miró sus manos—. Ya no podré tocar nunca más, nunca más.

—Te pondrás bien. —Tura la acurrucó contra ella—. Ya lo verás, Jaume encontrará la forma de arreglarte las manos y los pies. Mi madre era sanadora, ¿no te lo dije? Seguro que yo puedo hacer algo.

—¿En serio?

—Te lo prometo. —Sonrió Tura—. Somos amigas, ¿o no?

Roser sonrió y se le nublaron los ojos, luego se puso seria otra vez.

—Yo no era la única que estaba en los calabozos.

—¿Había otros?

—Solo uno más —Roser titubeó—. Creo que era tu padre.

Tura encajó la mandíbula.

—Es mejor que te saquemos de aquí, irás al castillo, donde cuidaremos te ti.

—¿No quieres saber lo que le sucedió?

—No me importa. —Tura se puso de pie y buscó en el armario una ropa más adecuada para Roser, pero estaba vacío.

—Fueron más crueles con él.

—Roser, en verdad, no me importa.

—Sé que fue malo contigo, no sé qué te hizo, pero me lo imagino. Aun así, era tu padre.

Tura suspiró.

—Necesito seguir enojada con él.

—¿Por qué? —Roser frunció el ceño.

—Porque —bajó la voz— la magia de las gárgolas funciona con la furia, la furia contra los hombres, y él fue siempre mi motivación.

Roser se sacó un mechón de pelo de la cara con su mano deforme.

—¿Y si no estás enojada no funciona?

—No —dijo Tura mirando sus manos, las cuales la muchacha escondió apenas lo notó—, no sé, pero supongo que no. Por suerte siempre hay hombres a los cuales odiar.

—No sé si eso es una suerte —expresó Roser sentándose en la cama.

Tura se mordió el labio.

—También hay otros a los cuales amar.

El rostro de Roser se iluminó.

—Entonces es cierto, ¿se van a casar? ¿Lo amas?

Tura sonrió.

—Sí que lo haces —Roser rio por primera vez—, yo siempre lo supe.

—Creo que sí —concedió Tura—. ¿Piensas que puedes caminar hasta el castillo?

—Preferiría no tener que hacerlo. —Suspiró Roser.

—Podría pedir a unos guardias que trajeran una camilla, ¿te parece?

—Supongo. —Se encogió de hombros.

—Vamos, Roser, ya verás como todo sale bien. Guifré se alegrará de verte.

—¿Mi madre? —preguntó sin levantar la mirada.

—Ella está preocupada por ti.

—¿En serio?

Tura se arrodilló a su lado.

—Claro que sí, pero lo expresa de su manera particular. —Tomó las manos de Roser—. Ella no es la única que se preocupa por ti.

Roser sonrió tímidamente.

—Estás distinta.

Tura miró el cuarto del que había huido para ir al castillo, hacía solo unas semanas. Asintió lentamente.

—Sí, creo que sí.

Roser se puso de pie.

—Puedo caminar, si vamos lento.

Les llevó casi dos horas llegar al castillo. En la puerta las recibió Guifré.

—Tura, te estaba buscando. ¿Quién...? ¡¿Roser?!

—Ayúdame, Guifré.

—Claro, sí. —El príncipe se apresuró a tomar a Roser entre sus brazos.

La muchacha enrojeció.

—No es necesario, mi señor.

—Sí lo es —afirmó Tura—. Por favor, Guifré, llévala a mi habitación, iré en busca de Jaume.

El mago observó los dedos uno a uno, mientras Tura le relataba los hechos a Guifré, quien apretaba los labios y los puños a medida que la narración avanzaba.

—¿Cuánto tiempo estuviste ahí, Roser?

—No lo sé, señor —la muchacha bajó la vista—, era difícil llevar la cuenta de las horas o los días.

—¿Y cómo lograste salir? —preguntó Jaume.

Roser dudó.

—Todo lo que digas es confidencial —le aseguró Guifré.

—Fue una de las criadas, la conozco porque su hermana trabaja aquí en el castillo, pero si el duque se llega a enterar...

—No lo hará —afirmó Guifré y se volvió al mago—. ¿Y?

—No es tan grave como parece —se secó la frente con el pañuelo—, aunque va a necesitar una sanación continua durante un mes como mínimo y constante reposo.

—No hay problema por eso —dijo Tura—, ¿crees que yo pueda hacerlo? Mi madre era sanadora, después de todo.

—Tal vez, pero creo que será mejor acudir a una mujer de la ciudad. —Frunció el ceño—. No sé por qué no está registrada, porque por lo que me enteré, hace rato que practica y es bastante buena.

—Tal vez tenga miedo. —Tura suprimió una sonrisa y desvió la mirada—. Creo que yo podría contactar con ella y convencerla de que venga.

—Hazlo. —Se irguió Guifré—. No quiero que nadie en mi reino tenga

miedo, ya no más.

—Es una gran declaración, mi joven príncipe —dijo el mago—, tal vez demasiado grande para cualquier hombre.

—Eso no quiere decir que no haya que intentarlo —proclamó Tura parándose al lado de Guifré. Se volvió hacia él—. Acai —susurró.

Guifré asintió.

—Roser, por favor —se inclinó el muchacho sobre ella y le acarició levemente la sien—, deja que nos ocupemos de ti.

—Gracias, mi señor.

—Enviaré a que te traigan agua. —Sonrió Tura—. Después de un baño y una comida caliente te sentirás mucho mejor.

—¿Mi madre?

Tura hizo una mueca.

—También la buscaré a ella.

Un día, meses después, notaron que hacía tiempo que no tenían novedades de lo que quedaba del enemigo y su propio reino se hacía fuerte y prosperaba. Como rey actuante, Guifré había publicado varios edictos, el primero había despojado de sus títulos a Acai y había desmembrado a su guardia personal. Todos ellos fueron desterrados. Tura había apretado las mandíbulas frente al castigo del duque, pero acató la decisión de su prometido.

Las fiestas de casamiento y coronación se realizaron el mismo día, para lo cual se invitó a dos reinos vecinos que habían venido a saludar al nuevo reino de la colina. Roser tocó en la fiesta; aunque todavía no había recuperado toda su habilidad, estaba feliz de poder volver a tener un arpa en las manos. Su madre la observó desde una de las esquinas, aunque desvió su mirada cuando su hija le sonrió. El rostro de Roser se apagó un poco, pero siguió tocando.

Tura miró a un Guifré sonriente. Solo hacía unos minutos que se habían casado y ahora estaban siendo coronados en una fresca noche de primavera. Todo el mundo en la sala tenía la vista puesta en ellos. Excepto las gárgolas pétreas al lado de las puertas. Tura les había ordenado que se quedaran allí durante la celebración, que se había realizado durante la noche a propósito. Vigilaban la entrada y nadie podía pasar por la puerta sin sentir su presencia a ambos lados.

Cuando Tura y Guifré se pusieron de pie, el clamor se elevó en la multitud. Nadie vio cómo una de las gárgolas se movía sola y clavaba su torva mirada en los nuevos reyes.

Obtén tu libro gratuito



Cuentos mitológicos

Estas historias se han transmitido durante siglos, pero ¿conocemos realmente a todos sus personajes?

¿Qué era lo que pensaba Ulises cuando llevaba a sus marineros entre dos muertes seguras? ¿Acaso Andrómeda aceptó el error de su madre de manera tan sumisa?

Estos diez cuentos recogen mitos griegos desde otro punto de vista, a veces desde los personajes más callados.

Haz clic aquí para obtenerlo:

<https://librocuentosmitologicos.blogspot.com>

Sobre la autora

Lorena A. Falcón es una escritora argentina, nacida y radicada en Buenos Aires. Su carrera inició con la inclusión de un cuento en una de las selecciones de una conocida editorial de autor. Publicó su primera novela poco después e inició un blog de cuentos que mantuvo durante varios años.

Visítala en su [blog](#), o en [twitter](#), o echa un vistazo a sus [libros](#). También puedes contactarla [aquí](#).

Agradecimientos

Quisiera agradecer a todos aquellos autores que llenaron mi niñez de historias y aventuras.

Table of Contents

[Portada](#)

[Copyright](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Obtén tu libro gratuito](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)